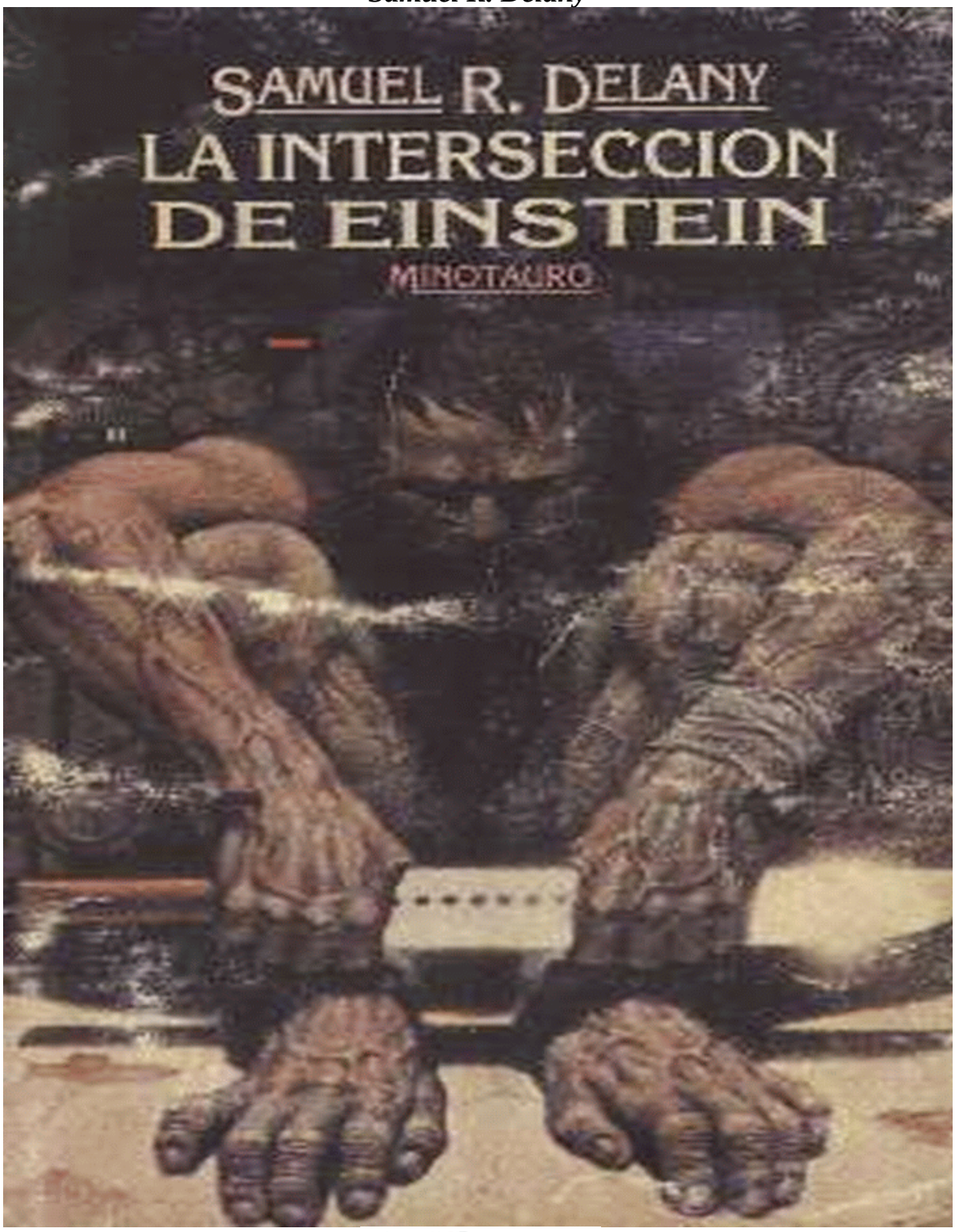
LA INTERSECCIÓN DE EINSTEIN

Samuel R. Delany



LIBROdot.com
http://www.librodot.com

Para Don Wollheim, un hombre responsable
en todos los sentidos y por lo que están dentro,
y a Jack Gaughan por lo que está afuera.

Oscurece (tintura, tinte) todo este divertidonimal mundo nuestro.
James Joyce / Finnegans Wake

No quiero decir con esto que haya de darse el nombre de locura
a todo desorden o error de los sentidos o de la mente.
Erasmo de Rotterdam / Elogio de la locura

Hay en mi machete un cilindro hueco, agujereado, desde la empuñadura a la punta. Cuando soplo en la boquilla del mango, sale música por la hoja. Cuando tapo todos los agujeros el sonido es triste, áspero como algo áspero que aún puede llamarse suave. Cuando descubro todos los agujeros el sonido canta alrededor, y trae a los ojos destellos de sol en el agua, metal triturado. Hay veinte agujeros. Y desde que toco música me han llamado tonto de muy diferentes modos; más a veces que Lobey, mi nombre.

¿Cómo soy?

Feo y mostrando los dientes casi todo el tiempo. Nariz enorme y ojos grises y boca ancha apretados en una cara pequeña y parda, apropiada para un zorro. Todo arañado de pelos que son hilos de bronce. El pelo me lo corto casi de raíz con el machete, cada dos meses. Vuelve a crecer rápido. Lo que es raro, pues ya cumplí veintitrés años y aún no me salió la barba. Tengo figura de bolo; los muslos, las pantorrillas y los pies de un hombre (¿gorila?) del doble de mi estatura (que es de aproximadamente uno ochenta), y caderas proporcionadas. Hubo una erupción de hermafroditas el año en que nací, y eso es lo que me llamaron loa doctores. De algún modo tengo mis dudas.

Como digo, soy feo. Mis pies tienen dedos casi tan largos como los dedos de las manos, y los mayores están en semioposición. Pero esperen; una vez le salvé la vida a Pequeño Ion.

Estábamos escalando la Cara de Berilio, resbalando en aquella roca vítrea cuando Pequeño Ion perdió pie y quedó suspendido de una mano. Yo me sostenía con las dos manos, pero estiré un pie y tomé a Pequeño Ion de la muñeca y tiré de él hasta que pudo pisar en algo.

Aquí Lo Halcón se cruza de brazos sobre la camisa de cuero, mueve gravemente la cabeza, de modo que la barba le sube y le baja sobre el pescuezo nudoso, y dice:

—Ante todo, ¿qué hacíais vosotros, jóvenes Lo, en la Cara de Berilio? Es arriesgado, y ya saben que evitamos los riesgos. La natalidad está bajando, bajando todos los días. No podemos permitirnos que la juventud productiva se pierda en tonteras.

Claro que la natalidad no está bajando. Son cosas de Lo Halcón. Lo que él quiere decir es que está bajando el número de normos totales. Pero hay muchos nacimientos. Lo Halcón es de la generación en que el número de no-funcionales, idiotas, mongoloides y cretinos superaba bastante el cincuenta por ciento. (Ah, todavía no nos habíamos adaptado a vuestras imágenes.) Pero ahora se ven muchos más funcionales que no-funcionales; no vale la pena preocuparse.

De cualquier modo, no sólo me muerdo vergonzosamente las uñas de las manos sino también las uñas de los pies.

Y aquí recuerdo estar sentado a la entrada de la cueva-manantial, donde la corriente asoma en las sombras y se mete entre los árboles como una guadaña de luz, y una araña de sangre del tamaño de mi puño se asolea en la roca a mi lado; le late el vientre, entrando y saliendo, en los costados del cuerpo; arriba se rozan las hojas. Entonces pasa por allí La Carol con un saco de fruta al hombro y el niño bajo el brazo (una vez discutimos si era mío o no. Un día tuvo mis ojos, mi nariz, mis orejas. Al día siguiente:

—¿No ves que es hijo de Lo Fácil? ¡Mira qué fuerte es! —Luego los dos nos enamoramos de otras personas y ahora somos de nuevo amigos) y La Carol tuerce la cara y dice:

—Lo Lobey, ¿qué haces?

—Me muerdo las uñas de los pies. ¿Qué te parece?

—Oh. —La Carol menea la cabeza y cruza el bosque, hacia la aldea.

Pero en este momento prefiero estar sentado eh la superficie de piedra, dormir, pensar, morderme las uñas o afilar el machete. Es mi derecho, dice La Dira.

Hasta hace muy poco, Lo Pequeño Jon, Lo Fácil y Lo yo trabajábamos juntos como pastores de cabras (y eso es lo que hacíamos en la Cara de Berilio: buscábamos pasto). Qué trío. Pequeño Jon, aunque un año mayor que yo, parecerá hasta la muerte un menudo adolescente negro, de piel lisa como vidrio volcánico. Transpira por las palmas de las manos, las plantas de los pies y la lengua (no tiene verdaderas glándulas sudoríparas: se orina como un diabético el primer día de invierno, o como un perro muy nervioso). El cabello es una red de plata; no blanca: de plata. El pigmento es metal puro; la piel negra proviene de una proteína formada alrededor del óxido. Ninguna relación con ese pardo herrumbroso de melanina que nos broncea a ti y a mí. Lo Pequeño Jon, bastante simplón, canta, y corre y salta entre las rocas y las cabras, y le relucen la cabeza, la ingle y las axilas; luego se detiene para levantar una pierna (sí, como un perro nervioso) contra el tronco de un árbol, y los ojos negros miran desconcertados alrededor. Cuando sonríe, esos ojos arrojan tanta luz, en una frecuencia distinta, como la resplandeciente cabeza. Tiene garras también. Garras córneas, duras, afiladas, en el sitio donde yo tengo protuberancias. No conviene enfurecerlo.

Fácil, en cambio, es grande (casi dos cuarenta de estatura), peludo (un vello castaño oscuro se le encrespa en los lomos, se le ensortija en el vientre), fuerte (esos ciento cincuenta y ocho kilos son como roca mellada, apretada dentro del pellejo: los músculos tienen aristas) y manso. Una vez me enojé con él cuando una de las cabras fértiles cayó por una chimenea de roca.

Vi lo que iba a ocurrir. El animal era la cabra grande y ciega que desde hacía ocho años nos daba trillizos perfectamente normales. Yo me apoyaba en un pie y arrojaba piedras y palos con los otros tres miembros. Sólo con una pedrada a la cabeza se puede atraer la atención de Fácil; estaba mucho más cerca que yo.

—¡Mira, maldito no-funcional, Lo mongoloide! La cabra se cae... —Y en ese momento la cabra se cayó.

Fácil dejó de mirarme con aquella cara de por-qué-me-tiras-piedras, vio la cabra que arañaba el borde del agujero, se lanzó hacia adelante, no la alcanzó, y se oyeron los balidos de los dos. Me puse todo detrás de la piedra que le dio en la cadera y casi grité. Fácil gritó.

Se encogió al borde de la chimenea y las lágrimas le humedecieron el pelo de las mejillas. La cabra se había roto el pescuezo en el fondo de la chimenea. Fácil levantó la vista y dijo:

—No me lastimes más, Lobey. Eso —se restregó los ojos azules con los nudillos y señaló hacia abajo— ya lastima bastante.

¿Qué puede uno hacer con un Lo así? Fácil también tiene garras. No las usa más que para trepar a las palmeras gigantes y arrancar mangos para los niños.

Sin embargo, en general trabajábamos bien con las cabras. Una vez Pequeño Jon saltó desde la rama de un roble al lomo de un león y le destrozó la garganta antes que el león alcanzase el rebaño (y se levantó, se sacudió, dejó allí al animal, se escondió detrás de una roca mirando por encima del hombro). Y el manso Fácil, armado de un palo, le aplastó la cabeza a un oso negro. Y yo tengo el machete, soy totalmente ambidextro, zurdo de pie, diestro de mano, o viceversa. Sí, trabajábamos bien. Pero eso se acabó.

Lo que ocurrió fue Friza.

«Friza» o «La Friza» fue siempre motivo de discusión entre los médicos más viejos del pueblo y los mayores que han de decidir los títulos. Friza parecía normal: delgada, morena, de boca carnosa, nariz ancha, ojos de color bronce. Creo que nació con seis dedos en una mano, pero el dedo de más era no-funcional y un médico viajante se lo amputó oportunamente. El

pelo era apretado, elástico, y negro. Lo llevaba corto; aunque una vez encontró un cordón rojo y se lo trenzó. Ese día se puso brazaletes y abalorios de cobre, cintas y cintas. Era hermosa.

Y muda. Cuando era bebé la pusieron en la kaula con los otros no-funcionales, pues no se movía. No La. Luego un guardián descubrió que no se movía porque ya sabía moverse: ágil como la sombra de una ardilla. La sacaron de la kaula. Le devolvieron el La. Pero nunca habló. Así que a la edad de ocho años le sacaron de nuevo el La. No podían decidirse a ponerla en la kaula. Era funcional: tejía cestas, araba, cazaba bien con las boleadoras. Las gentes discutieron.

Lo Halcón opinó:

—En mis tiempos La y Lo se reservaban para los normales perfectos. Hemos sido débiles, concediendo ese título de pureza a cualquier funcional que haya tenido la desgracia de nacer en estos tiempos confusos.

A lo que La Dira contestó:

—Los tiempos cambian, y durante treinta años el precedente tácito ha sido siempre el mismo: conferir La o Lo a cualquier criatura funcional que nace en el nuevo hogar. El problema es hasta dónde extender la definición de funcionalidad. ¿Es la comunicación verbal la habilidad sine qua non? La niña parece inteligente, y aprende rápido y bien. Yo propongo La Friza.

La niña jugaba con unos guijarros blancos sentada junto al fuego mientras los otros discutían.

—El comienzo del fin, el comienzo del fin —murmuró Lo Halcón—. Algo hay que conservar.

—El fin del comienzo —suspiró La Dira—. Todo tiene que cambiar.

Así habían hablado siempre desde que yo tenía memoria.

Una vez, antes que yo naciera, cuentan que Lo Halcón se aburrió de la vida de la aldea y se fue. Llegaron rumores: Lo Halcón había ido a una luna de Júpiter a desentrañar un metal que zigzagueaba en vetas azules. Más tarde: había dejado el satélite joviano yéndose a navegar el mar humeante de un mundo de tres soles, que arrojaban las sombras de Lo Halcón sobre la cubierta desnuda de un barco más grande que toda nuestra aldea. Luego: lo habían visto abriéndose paso a través de una sustancia que se derretía transformándose en vapores venenosos, en un sitio tan remoto que en aquellas noches perpetuas no había ninguna estrella. Cuando habían pasado siete años desde la partida de Lo Halcón, La Dira decidió de algún modo que el tiempo se había cumplido. Dejó la aldea y regresó una semana después... con Lo Halcón. Dicen que Lo Halcón no había cambiado mucho, así que nadie le preguntó dónde había estado. Pero aquella serena disputa, que unía a La Dira y a Lo Halcón con más fuerza que el amor, había comenzado entonces.

—...hay que conservar —Lo Halcón.

—...hay que cambiar —La Dira.

Generalmente cedía Lo Halcón, pues La Dira era una mujer de amplias lecturas, culta, y también ingeniosa. Lo Halcón había sido un buen cazador en los años de juventud, y eventualmente un buen guerrero. Y tenía la cordura suficiente para admitir en la práctica. a falta de palabras, que esa necesidad había desaparecido. Pero esta vez Lo Halcón fue firme:

—La comunicación es vital si hemos de convertirnos alguna vez en seres humanos. Antes prefiero a un perro que viene de los montes y nos dice lo que quiere, imitando cuarenta o cincuenta de nuestras palabras, que un niño mudo. ¡Oh, las batallas que ha visto mi juventud! Cuando rechazamos las arañas gigantes, o cuando la oleada de hongos llegó desde la jungla, o cuando destruimos con cal y sal aquellas babosas de siete metros que brotaban del suelo. Ganamos esas batallas porque podíamos hablar entre nosotros, gritar instrucciones, vociferar una advertencia, susurrar planes en la oscuridad crepuscular de la cueva manantial. Sí, ¡preferiría darle La o Lo a un perro parlante!

Alguien hizo un comentario desagradable:

—¡Bueno, a Friza no podrías darle fácilmente un Le!

Se oyeron una risitas. Pero los mayores saben ignorar muy bien este tipo de irreverencia. Además, nadie le hace caso a un Le. De cualquier modo, el asunto nunca se arregló. Cuando iba a ponerse la luna alguien habló de un aplazamiento y la gente se dispersó. Todos se incorporaron crujiendo y gimiendo. Friza, morena y hermosa, jugaba aún con los guijarros.

Friza-bebé no se movía porque ya sabía cómo hacerlo. Mirándola a la luz del fuego (yo mismo sólo tenía ocho años) llegué a entender por qué no hablaba: Friza levantó una piedra y la arrojó, malignamente, a la cabeza del hombre que había hecho la observación sobre el «Le». A los ocho años, Friza era ya una sensitiva. El guijarro no dio en el blanco, y sólo yo vi. Pero también vi el gruñido que torció la cara de Friza, el esfuerzo de los hombros, el modo como apretó los dedos de los pies —tenía las piernas cruzadas— cuando arrojó la piedra. Los puños estaban cerrados sobre el regazo. No usó ni las manos ni los pies. La piedra salió del polvo, atravesó el aire, erró el blanco, y se perdió golpeando las hojas. Pero yo vi: Friza tiró la piedra.

Todas las noches durante una semana he ido a contemplar los cálamos aromáticos del muelle; los palacios se amontonan a la izquierda, y la luz frágil del cálido otoño se quiebra en las aguas del puerto. LIDE continúa, de modo extraño. Esta noche, cuando volví al trapezoide de la Piazza, la niebla ocultaba los extremos de las astas rojas. Me senté al pie de la más próxima a la torre y escribí a propósito de las necesidades de Lobey. Luego dejé el dorado y el añil carcomidos de la Basílica y anduve por apartadas callejuelas de la ciudad hasta bastante después de medianoche. Una vez me detuve en un puente a mirar las aguas de un pequeño canal que pasaba entre muros apretados, bajo las luces y las tendederas. Oí de pronto unos chillidos y me volví: media docena de gatos pasaron como rayos junto a mis pies persiguiendo a una rala parda. Sentí que un escalofrío me subía y bajaba por el cuerpo. Volví a mirar el agua: seis flores asomaron flotando por debajo del puente, arrastrándose sobre la superficie de aceite. Las miré hasta que una lancha automóvil que tosía en un canal cercano estremeció las aguas; las rosas golpearon blandamente los muros. Caminé por los puentecitos hasta el Gran Canal y allí tomé el vaporetto de regreso a Ferovia. Cuando flotábamos bajo el negro arco de madera del Ponti Accademia, se levantó viento; yo trataba de comparar las flores, los gatos, y la aventura de Lobey: hay una semejanza, pero todavía no sé exactamente en qué consiste. Orión cabalgaba en las aguas. Las luces de la orilla temblaban en el canal cuando pasamos bajo las piedras goteantes del Rialto.

Diario del autor / Venecia, octubre de 1965

> En pocas líneas dejaré establecido que Maldoror fue virtuoso en los primeros años; virtuoso y feliz. Luego se dio cuenta de que había nacido malvado. ¡Fatalidad extraña!
>
> Isidore Ducasse (Conde de Lautréamont)
> Los cantos de Maldoror

Todo prólogo a por qué Fácil, Pequeño Jon y yo no somos más pastores de cabras.

Friza empezó a ir con nosotros; morena y ambigua, corría y saltaba con Pequeño Jon en una doble danza, siguiendo el canto de Pequeño Jon y mi música, en divertidos forcejeos con Fácil, y subiendo conmigo de la mano por el campo de zarzas; quién ha sabido alguna vez de la posibilidad de La-erse o de Lo-erse con alguien que cuida cabras con uno, ríe o hace el amor con uno. Todo lo que yo hacía con Friza. Friza se volvía hacia mí desde una roca, asomando la cabeza entre las hojas estremecidas, y me miraba. O corría hacia mí por las piedras; todo movimiento, suspendido y real, cabía entre los pasos graciosos y la sombra de Friza en las rocas. Y ese movimiento se liberaba a sí mismo cuando Friza estaba en mis brazos riendo: el único sonido que ella emitía, y que amaba en la boca.

Friza me traía cosas hermosas. Y alejaba los peligros.

Creo que lo hacía como cuando había arrojado la piedra. Un día noté que no ocurría nada desagradable ni dañino; no venían leones, ni cóndores murciélagos. Las cabras no se dispersaban; los niños no se perdían y no se acercaban a los riscos.

—Pequeño Jon, no hace falta que vengas hoy.

—Está bien, Lobey, si te parece que no...

—Vamos, quédate en casa, y Fácil, Friza y yo salimos con las cabras.

Las cosas hermosas eran por ejemplo aquella bandada de halcones albinos que volaban sobre el prado, o la marmota madre que vino a mostrarnos las crías.

—Fácil, somos muchos para este trabajo ¿Por qué no te buscas alguna otra cosa?

—Pero me gusta venir aquí, Lobey.

—Friza y yo podemos cuidar el rebaño.

—Pero no me im...

—Fuera de aquí, Fácil.

Fácil dijo algo más y yo alcé una piedra con el pie y la sopesé un rato. Fácil parecía azorado, y se alejó pesadamente. Imagínense, hacerle una cosa así a Fácil.

Friza y yo teníamos el campo y el rebaño para nosotros solos. Todo estaba bien y era hermoso y había flores detrás de las lomas cuando corríamos. Las víboras venenosas se apartaban de nosotros en sinusoides escarlatas; nunca se enroscaban. Y, ¡ah! yo hacía música.

Algo mató a Friza.

Friza se había escondido en un bosquecillo de sauces perezosos —más inclinados que los llorones— y yo buscaba y llamaba, sonriendo. Friza gritó. Fue aquel el único sonido que yo le oí aparte de la risa. Las cabras se pusieron a balar.

Encontré a Friza bajo el árbol con la cara en el polvo.

Los balidos roncos de las cabras borraron el prado. La desesperación no me dejaba hablar, me aturdía, me confundía, me asombraba.

Llevé a Friza a la aldea. Recuerdo la cara de La Dira cuando llegué a la plaza cargando el cuerpo blando.

—Lobey, qué... Cómo... ¡Oh, no! ¡Lobey, no!

De modo que Fácil y Pequeño Jon volvieron a cuidar del rebaño. Yo iba y me sentaba en la entrada de la cueva manantial afilaba el machete, me mordía las uñas, durmiendo solo y pensando solo en aquella superficie de roca. Y aquí es donde empezamos.

Una vez vino Fácil a hablarme.

—Eh, Lobey, ven a ayudarnos a cuidar las cabras. Los leones volvieron. No hay muchos todavía, pero tú no estarías de más. —Fácil se agachó, y todavía me miraba desde treinta centímetros de altura, y meneó la cabeza—. Pobre Lobey. —Me pasó los dedos peludos por la cabeza—. Te necesitamos. Nos necesitas. ¡Ayúdanos a buscar a los dos niños desaparecidos!

—Vete.

—Pobre Lobey. —Pero Fácil se fue.

Más tarde vino Pequeño Jon. Anduvo dando vueltas por allí durante un minuto, pensando en algo que decir. Cuando al fin lo pensó, tuvo que ir detrás de un arbusto, se sintió avergonzado, y no volvió más.

También vino Lo Halcón.

—Ven a cazar, Lo Lobey. Han visto un toro a dos kilómetros al sur. Dicen que tiene cuernos tan largos como tus brazos.

—Hoy me siento bastante no-funcional —dije, lo que no puede ser motivo de broma si se habla con Lo Halcón. Se fue refunfuñando. Yo en verdad no estaba de humor para soportar aquellas arcaicas costumbres de Lo Halcón.

Sin embargo, cuando vino La Dira fue diferente. Como dije, La Dira es culta y erudita. Vino con un libro, se sentó en la otra punta de la piedra, y me ignoró toda una hora. Hasta que me enfurecí.

—¿Qué haces ahí sentada? —pregunté.

—Tal vez lo mismo que tú.

—¿Y qué es?

La Dira parecía seria.

—¿Por qué no me lo dices?

Yo volví al cuchillo.

—Afilo el machete.

—Yo afilo la mente —dijo La Dira—. Tenemos que hacer algo y necesitamos los dos filos.

—¿Eh?

—¿Es ese un modo inarticulado de preguntar de qué se trata?

—¿Eh? —volví a decir—. Sí. ¿De qué se trata?

—De matar lo que mató a Friza. —La Dira cerró el libro—. ¿Tú ayudarás?

Me incliné hacia adelante, junté los pies y las manos, abrí la boca, y La Dira se estremeció en ondas detrás de las lágrimas. Lloré. Luego de todo aquel tiempo me sorprendió de veras. Apoyé la frente en la roca y lloré y lloré.

—Lo Lobey —dijo La Dira, como Lo Halcón, pero de un modo distinto. Luego me acarició el pelo, como Fácil. Sólo que distinto. Cuando pude dominarme un poco sentí la compasión y la turbación de La Dira. Como la de Pequeño Jon, aunque distinta.

Me acosté de lado, con los pies y las manos apretados y juntos, sollozando, la cabeza contra el pecho. La Dira me frotó un hombro, la abultada cadera, abriéndome con dulzura y palabras:

—Hablemos de mitología, Lobey. O escucha. Hace tiempo que hablamos de la racionalidad del mundo. Lo irracional es en cambio todo un problema. ¿Recuerdas la leyenda de los Beatles? ¿Recuerdas que el Beatle Ringo dejó a su amada aunque ella era tierna con él? Ringo, el único Beatle que no cantaba, según las primeras formas de la leyenda. Luego de la noche de un día difícil, él y el resto de los Beatles fueron despedazados por unas jóvenes chillonas, y él y los otros Beatles volvieron finalmente juntos con el gran rock y el gran roll. —Puse la cabeza en la falda de La Dira. Ella siguió hablando—: Bueno, ese mito es una versión de otro, mucho más antiguo, y que no es tan conocido. No hay ningún 45 ni 33 de la época de esa historia. Sólo unas pocas versiones escritas, y la lectura está interesando cada vez menos a los jóvenes. En la historia más vieja Ringo se llamaba Orfeo. A Orfeo también lo despedazaron unas jóvenes que chillaban. Pero los detalles son distintos. Orfeo perdió a la amada —Eurídice en esa versión— y ella fue a parar directamente al gran rock y el gran roll, a donde tuvo que ir Orfeo a buscarla. Orfeo se fue cantando, porque en esa versión Orfeo era el mejor de los cantantes, y no el mudo. En los mitos las cosas siempre se transforman en lo opuesto, cuando una versión reemplaza a otra.

Yo dije:

—¿Cómo pudo ir Orfeo al gran rock y al gran roll? Eso es todo muerte y todo vida.

—Pues fue.

—¿Y trajo de vuelta a la amada?

—No.

Aparté los ojos del viejo rostro de La Dira y me volví sobre el regazo, hacia los árboles.

—Entonces mintió. No fue allá realmente. Quizá se fue un tiempo al bosque y luego inventó esa historia.

—Tal vez —dijo La Dira.

Alcé otra vez los ojos.

—Orfeo quería que ella volviese —dije—. Lo sé. Quería que ella volviese. Pero si hubiese ido a un sitio donde había una mínima posibilidad de encontrarla no hubiera regresado sin ella. Por eso sé que mintió. En lo de haber ido al gran rock y al gran roll, quiero decir.

—Toda vida es ritmo —dijo La Dira mientras Yo me sentaba—. Toda muerte es ritmo en suspenso, una síncopa antes que se reanude la vida. —La Dira tomó el machete—. Toca. —Me tendió el machete tomándolo por la hoja—. Toca. Música.

Librodot

Me llevé la hoja a la boca, giré sobre la espalda, me enrosqué alrededor del filo peligroso y brillante, y lamí los sonidos. Yo no quería pero se me formaron en el hueco de la lengua, y el aliento los llevó al machete.

Bajo; bajo al principio; cerré los ojos, sintiendo cada nota en el cuadrángulo de los omóplatos y en las palmas apoyadas en la roca. Las notas aparecían de acuerdo con un único metro, mi respiración, y por debajo los músculos excitados de los dedos de las manos y los pies se contraían ya preparándose para una dama más rápida y más íntima, la del tiempo del corazón. El himno del dolor asomó sacudiéndose.

—Lobey, cuando eras niño golpeabas la roca con los pies, en un ritmo, una danza. ¡Golpea. Lobey!

Dejé que la melodía se acelerase; luego la subí una octava y la dominé. Esto sólo con los dedos.

—¡Golpea, Lobey!

Me puse de pie, balanceándome, y batí la piedra con las plantas de los pies.

—¡Golpea!

Abrí los ojos y alcancé a ver cómo se escabullían las arañas de sangre. La música reía. Latidos, latidos, gorjeos y trinos, y La Dira también reía, para que yo continuara tocando, encorvado hacia adelante, mientras sentía que el sudor me corría en estremecimientos por la nuca, y yo alzaba la cabeza y el sudor me mojaba la espalda, y luego, inmóvil de la cintura para arriba, yo movía furiosamente las caderas, siguiendo ritmos cruzados con los dedos de los pies y los talones, apuntando hacia arriba con la hoja del machete para traspasar el sol, mientras un nuevo sudor me corría por detrás de las orejas rodando entre los pliegues del pescuezo.

—Golpea, mi Lo Ringo; toca, mi Lo Orfeo —gritó La Dira—. ¡Oh, Lobey! —La Dira batía y batía palmas.

Luego, cuando mi respiración y las hojas y la corriente fueron el único sonido, La Dira movió afirmativamente la cabeza, y sonrió.

—Ahora te has lamentado adecuadamente.

Me miré el cuerpo. Me brillaba el pecho; el estómago se me arrugaba. alisaba, arrugaba. El polvo de las puntas de los pies era ahora barro tostado.

—Bueno, ya casi estás preparado para hacer lo que es necesario hacer. Puedes irte de caza, a cuidar rebaños, a tocar música. Pronto vendrá Le Dorik a buscarte.

Se me paralizaron todos los sonidos. También la respiración y el corazón; una síncopa antes que continuase el ritmo, supongo.

—¿Le Dorik?

—Vete. Diviértete antes de comenzar el viaje.

Asustado, sacudí la cabeza, me volví, escapé de la boca de la cueva.

Le...

De pronto, la bestezuela errante se alejó huyendo,
y dejó en mi regazo —oh horror— un monstruoso y deforme gusano
de cabeza humana.
¡Dónde está tu alma, que yo pueda cabalgarla!
Aloysius Bertrand, El enano

¡A Vivir! ¡Somos la generación de PEPSI!
Anuncio de publicidad

...Dorik.

Una hora más tarde yo estaba agachado, escondido, junto a la kaula. Pero el guardián de la kaula, Le Dorik, no andaba por allí. Una cosa blanca (recuerdo cuando la mujer, que era la

madre de Fácil, se la arrancó del útero poco antes de entrar en agonía) había trepado a la cerca electrificada, y allí estaba ahora, babeando. Probablemente no tardara en morir. En algún sitio estalló la risa de Griga; había sido Lo Griga hasta los dieciséis. Pero algo —nadie supo si era o no de origen genético— le pudrió el cerebro, y desde entonces la risa le salía a borbotones de los labios y encías. Perdió el Lo y lo pusieron en la kaula. Le Dorik estaría adentro ahora, pensé, repartiendo comida, ayudando con medicinas cuando las medicinas podían ayudar, matando cuando había alguna persona más allá de toda medicina. Aquel sitio encerraba tanta tristeza y horror; costaba recordar que aquellos reclusos eran gente. No llevaban título de pureza, pero eran gente. Hasta Lo Halcón, si oía un chiste sobre los enkaulados, se ofendía tanto como si se hubiesen referido a algún ciudadano con título.

—No sabes lo que les hacían cuando yo era niño, joven Lo. Nunca viste cómo los arrastraban desde la jungla cuando unos pocos lograban sobrevivir. Tú no viste el comportamiento bárbaro de los normales: el miedo les había triturado la razón, y los había vuelto sanguinarios. A muchas personas que hoy llamamos Lo y La no las habrían dejado vivir si hubiesen nacido hace cincuenta años. Alégrate de ser hijo de tiempos más civilizados.

Sí. eran gente. Pero yo me había preguntado muchas veces cómo sería cuidar a aquella gente... ¿Y Le Dorik?

Volví á la aldea.

Lo Halcón, que estaba cambiando la cuerda de una ballesta, alzó los ojos. Había apilado los cartuchos en el suelo, delante de la puerta, y examinaba las cápsulas.

—¿Cómo estás, Lobey?

Levanté un cartucho con el pie, lo di vuelta.

—¿Todavía no cazaron ese toro?

—No.

Toqué el disparador con la punta del machete. Estaba bien.

—Vamos —dije.

—Antes examina el resto.

Mientras yo examinaba los cartuchos, Lo Halcón terminó de poner la cuerda, entró en la casa y trajo otra ballesta para mí; luego bajamos al río. El cieno manchaba el agua de amarillo. La corriente estaba crecida y pasaba rápidamente, peinando los helechos y hierbas altas de las orillas. Caminamos por la ribera unos tres kilómetros.

—¿Qué mató a Friza? —pregunté al fin.

Lo Halcón se agachó para examinar un tronco arañado: marcas de colmillos.

—Tú estabas allí. Tú viste. La Dira supone, nada más.

Nos apartamos del río. Las zarzas arañaban las polainas de Lo Halcón. Yo no necesito polainas. Tengo la piel dura y tirante. Fácil y Pequeño Jon tampoco necesitan polainas.

—No vi nada —dije—. ¿Qué supone La Dira?

Un halcón albino salió de un árbol y se alejó dando vueltas. Friza tampoco necesitaba polainas.

—A Friza la mató algo que era no-funcional, algo que ella tenía y que era no-funcional.

—Friza era funcional —dije—. ¡De veras!

—Habla más bajo, muchacho.

—Los animales no se separaban —dije más suavemente—, y hacían todo lo que ella quería. Friza alejaba las cosas peligrosas y atraía las cosas buenas.

—Tonterías —dijo Lo Halcón mientras ponía un pie en el fango.

—Sin ademanes ni palabras podía llevar a los animales donde ella quería, o donde yo quería.

—Tonterías que te ha estado contando La Dira.

—No. Yo lo vi. Podía mover a los animales como movió la piedra.

Lo Halcón empezó a decir alguna otra cosa, y de pronto retrocedió.

—¿Qué piedra?

—La piedra que levantó y tiró.

—¿Qué piedra, Lobey?

Le conté la historia.

—Y era funcional —concluí—. Guardaba bien el rebaño, ¿no es cierto? Ni siquiera necesitaba mi ayuda.

—Pero no supo cuidarse a sí misma —dijo Lo Halcón, echando de nuevo a caminar.

Continuamos en silencio, atravesando la susurrante vegetación mientras yo pensaba y pensaba. Entonces:

—Yaaaaaa... —en tres tonos diferentes.

Las hojas se apartaron, y los trillizos Bloi aparecieron atropellándose. Uno de ellos saltó hacia mí, y me encontré teniendo en los brazos a un pelirrojo histérico de diez años de edad.

—Eh, ¿qué pasa? —dije.

—¡Lo Halcón, Lobey! Allá...

—Cuidado —agregué, esquivando un codo.

—...¡allá! Pateaba y arañaba las rocas... —Esto del trillizo que se me subía a la cadera.

—¿Allá dónde? —preguntó Lo Halcón—. ¿Qué pasó?

—Allá junto a la...

—...junto a la casa, cerca del sitio donde cayó el techo de la cueva... apareció el toro y...

—...y era terriblemente grande y pisó...

—...pisó la casa vieja donde...

—...donde jugábamos...

—Está bien —dije, y puse a Bloi-3 en el suelo—. ¿Y todo eso dónde fue?

Los trillizos se volvieron simultáneamente y señalaron el bosque.

Lo Halcón puso las manos en la ballesta.

—Suficiente —dijo—. Muchachos, vuelvan a la aldea.

—Dime. —Atrapé a Bloi-2 por el hombro—. ¿De qué tamaño era?

Unos parpadeos inarticulados.

—No importa —dije—. Váyanse ya.

Los trillizos se miraron, miraron a Lo Halcón, miraron el bosque, y se fueron.

De tácito acuerdo dimos la espalda al río y nos metimos por la abertura entre las hojas, de donde habían salido los niños.

Cuando llegamos al claro, vimos en el sendero, delante de nosotros, una tabla con un borde destrozado. Pasamos por encima y nos metimos entre ramas de espinos.

Y había muchas otras tablas aplastadas y desparramadas por el suelo.

Una sección de los cimientos, de metro y medio de lado, había sido hundida a golpes, y de las cuatro vigas sólo una quedaba en pie.

En el patio se veían pedazos del techo de paja. Hacía mucho tiempo, Carol había plantado unas pocas flores más en aquel jardín. Fue cuando quisimos apartarnos de todo lo que significaba la aldea y nos mudamos a aquella vieja casa de techo de paja que nos parecía tan agradable, que nos parecía tan... Carol la había adornado con rosas aterciopeladas, de color naranja. ¿Conocen esa clase de rosas?

Me detuve junto a una huella: los pétalos y las hojas, aplastados en el barro, eran como un mandala oscuro. Mi pie cabía fácilmente dentro de la huella. Un par de árboles habían sido arrancados de cuajo, y habían quebrado otros dos por encima de mi cabeza.

Era fácil ver por dónde había venido la bestia: arbustos, enredaderas y hojas hundidos en la tierra, y todo tendido alrededor.

Lo Halcón salió al claro blandiendo descuidadamente la ballesta.

—No estás tan tranquilo como parece, ¿verdad? —dije. Miré otra vez alrededor las señales de la destrucción—. Tiene que ser enorme.

Lo Halcón me echó una mirada de cuarzo y cartílago.

—Tú ya cazaste conmigo.

—Es cierto. No puede andar muy lejos si acaba de asustar a los niños —agregué.

Halcón caminó hacia el sitio donde todo estaba aplastado.

Corrí detrás.

Diez pasos en la espesura y oímos siete árboles que se quebraban en algún sitio: tres —una pausa—, luego cuatro más.

—Claro. Si es tan grande puede llegar muy lejos en poco tiempo —dije.

Otros tres árboles.

Luego un rugido:

Un sonido nada musical con mucho de metálico. Ni rabia ni furia: sólo ruido, que salía de unos pulmones más grandes que fuelles de fundición, un sonido largo, que retumbó en el bosque mientras la brisa movía las hojas.

Reanudamos la marcha, bajo el verde y el plateado, a través de las ciénagas peligrosas y frías.

Y un paso, conteniendo el aliento, y otro paso.

Entonces entre los árboles que había a nuestra izquierda...

Saltó hacia nosotros, y el salto nos cubrió de sombra y ramas y pedazos de hojas.

Volviendo el anca con una pata delantera aquí y una pata trasera allá, la bestia nos miró con un ojo inyectado de sangre, de piel de ostra, gruesa y parda alrededor. El globo del ojo debía de ser tan grande como mi cabeza.

Las ventanas negras y húmedas de la nariz humeaban.

Era una noble criatura.

La bestia sacudió la cabeza, quebrando ramas, y se acercó golpeando el suelo con los puños —había manos de dedos callosos y peludos, gruesos como mi brazo, en vez de pezuñas delanteras—, mugió, se alzó sobre las patas y saltó a un lado.

Halcón disparó la ballesta. El dardo se clavó como una aguja entre los huesos del flanco. La bestia escapó aplastando ramas y hojas.

Tropecé con un árbol, me aparté, y la corteza me mordió la espalda.

—Vamos —gritó Halcón, corriendo hacia el sitio por donde había ido el toro de manos humanas.

Y yo seguí a aquel viejo loco, corriendo detrás de la bestia. Trepamos por la grieta de la roca (no estaba agrietada cuando yo llegué allí caminando entre los árboles... una tarde de brisas y de manchas de sol, y la mano de Friza en mi mano, en mi hombro, en mi mejilla). Salté a una extensión de ladrillo musgoso que pavimentaba el bosque acá y allá. Corrimos y...

Algunas cosas son tan pequeñas que uno no las nota. Otras son tan grandes que uno se mete en ellas antes de saber qué son. Había un agujero en la tierra y en la ladera de la montaña y casi caímos dentro: la escabrosa entrada de una caverna de unos veinte metros de diámetro. Yo ni siquiera supe que estábamos allí hasta que brotó aquel sonido.

El toro rugió de pronto en la abertura entre las rocas, los árboles y el ladrillo, y el rugido definió la forma de la abertura.

Cuando el eco murió, nos arrastramos hasta el borde áspero y miramos. Allá abajo, en la oscuridad, unos destellos de sol giraban y giraban. El toro se alzó sobre las patas, moviendo los ojos, los puños peludos.

Halcón se echó hacia atrás, aunque las garras arañaban la pared de ladrillo a cinco metros por debajo de nosotros.

—¿Este túnel no lleva a la cueva-manantial? —susurré. Ante alzo tan majestuoso, uno susurra.

Lo Halcón asintió.

—Dicen que algunos túneles tienen treinta metros de altura. Otros tres. Esta es una de las arterias más grandes.

—¿Puede salir de nuevo? —pregunta estúpida.

Al otro lado de la abertura aparecieron la cabeza con cuernos, los hombros. La bestia había subido por un declive. Ahora nos miraba, agazapado. Mugió una vez, mostrando una lengua roja y espumosa.

Luego saltó hacia nosotros, por encima de la boca de la cueva.

No nos alcanzó; retrocedimos corriendo. El toro se tomó del borde con los dedos de una mano —vi terrones negros despedazados por esas uñas— y un brazo. El brazo manoteó la tierra, buscando un punto de apoyo.

Oí que Halcón gritaba detrás (yo corro más rápido). ¡Me volví y vi que aquella mano se alzaba sobre el cuerpo de Halcón!

Halcón estaba todo encogido en el suelo. La mano dio otros pocos golpes (¡Bum!... ¡Bum! ¡Bum!) y luego el brazo y los dedos resbalaron, arrastrando un montón de piedras y arbustos y tres pequeños árboles, abajo, abajo, abajo.

Lo Halcón no estaba muerto. (Al día siguiente descubrieron que tenía una costilla rota.) Se dobló lentamente sobre sí mismo. Pensé en un insecto lastimado. Pensé en un niño enfermo, muy enfermo.

Lo alcé sosteniéndolo por los hombros cuando vi que recuperaba el aliento.

—¡Halcón! ¿Estás...?

Halcón no podía oírme a causa de los rugidos que salían de la cueva. Pero consiguió ponerse de pie, parpadeando. La sangre le goteaba de la nariz. La bestia había ahuecado la palma de la mano para golpear. Lo Halcón se había arrojado al suelo, y por fortuna la mayoría de las partes importantes del cuerpo, como la cabeza, habían sufrido más los golpes del aire que los golpes físicos.

—¡Vámonos de aquí! —y comencé a arrastrar a Halcón hacia los árboles.

Cuando llegamos allí, Halcón sacudió la cabeza.

—...no, espera, Lobey —le oí decir con voz ronca, entre un rugido y otro.

Lo apoyé contra un árbol y él me tomó la muñeca.

—¡Vamos, Halcón! ¿Puedes caminar? Tenemos que huir. Mira, te llevo...

—¡No! —El aliento que le habían quitado le volvió entre estertores.

—Oh, ¡vamos, Halcón! La diversión es la diversión. Pero estás herido y esa bestia es mucho más grande de lo que pensamos. Debe de haber mutado a causa de la radiación en los bajos de la cueva.

Lo Halcón volvió a tironearme del brazo.

—Tenemos que quedarnos. Tenemos que matarlo.

—¿Crees que puede salir, y hacer daño en la aldea? Hasta ahora no ha ido muy lejos.

—Eso... —Halcón tosió—. Eso no tiene nada que ver. Soy un cazador, Lobey.

—Pero escucha...

—Y tengo que enseñarte a cazar. —Trató de apartarse del tronco—. Aunque parece que tendrás que aprender solo esta lección.

—¿Eh?

—La Dira dice que tienes que prepararte para el viaje.

—Oh, por favor... —Miré de soslayo a Halcón: todas las arrugas y los años y la confianza y el dolor en aquella cara—. ¿Qué tengo que hacer?

El rugido del toro retumbó en las paredes abovedadas de la cueva-manantial.

—Baja allí; busca la bestia, y mátala.

—¡No!

—Es por Friza.

—¿Cómo? —dije.

Halcón se encogió de hombros.

—La Dirá sabe. Tienes que aprender a cazar, y a cazar bien. —Y lo dijo de nuevo.

—Estoy dispuesto a probar que soy un hombre y esas cosas. Pero...

—La razón es otra, Lobey.

—Pero...

—Lobey. —La voz de Lo Halcón era débil, aunque firme—. Soy más viejo que tú, y de esto sé más que tú. Toma la espada y la ballesta y baja a la cueva, Lobey. Anda.

Me senté y pensé muchas cosas. Por ejemplo: el coraje es algo muy estúpido. Y lo sorprendido que yo estaba de tenerle aún tanto temor y tanto respeto a Lo Halcón, desde la infancia. Y también cuántas cosas mezquinas pueden acompañar al ímpetu, la ocasión, la decisión: cosas como el miedo, el error, y el simple disgusto.

La bestia rugió otra vez. Me acomodé la ballesta al hombro y puse el mango del machete a mano, en la cadera.

Si uno iba a hacer una estupidez —y todos hacemos estupideces—, que fuese por lo menos una estupidez desatinada y valiente.

Le palmeé el hombro a Lo Halcón, y fui hacia la cueva.

De este lado la grieta era abrupta y profunda. Caminé alrededor del abismo, hasta el lado donde había escalones naturales de raíces, tierra y mampostería, y descendí.

El sol daba en la pared de enfrente, brillando en el musgo. Dejé de apoyarme en la roca húmeda y atravesé un arroyuelo aceitoso, apagando el arco iris del agua con mi sombra. En algún sitio, dentro del túnel, unos cascos golpeaban la piedra.

Eché a andar. Había muchas hendeduras en el techo y acá y allá el sol alumbraba el suelo, una rama que sostenía unas hojas encrespadas, o el borde de un agujero que podía tener unos pocos centímetros de profundidad, o unos pocos metros, o llegar hasta los niveles inferiores de la cueva-manantial, a cientos de metros más abajo.

Llegué a una bifurcación, tomé hacia el pasaje abovedado de la izquierda, y a los tres metros tropecé en la oscuridad y rodé por unos escalones gastados, atravesando un charco (mi mano chapaleó en la oscuridad), aplastando hojas secas (rugieron con su propio rugido bajo mi peso), y aterricé en el fondo de un pozo de luz, las rodillas y las palmas de las manos sobre la arena.

Un estruendo.

Mucho más cerca: ¡Un estruendo!

De un salto me aparté de la luz delatora. Un ciclón de motas giró en la luz oblicua donde yo había estado. Y las motas fueron aquietándose.

Sentía el estómago como una bolsa de agua que me resbalaba de un lado a otro sobre los intestinos. Caminar hacia aquel sonido —la bestia estaba tranquila ahora y esperando— no era ya cuestión de caminar en una dirección. Era sobre todo: levanta ese pie, inclínate hacia adelante, apóyalo en el suelo. Bien. Ahora levanta el otro pie, inclínate hacia delante.

De pronto, a unos cien metros, vi otra luz, colmada por algo muy grande. Luego la luz se vació.

¡Clac! ¡Clac! ¡Clac!

Resoplidos.

Y tres pasos lo habían llevado tan lejos.

¡Luego muchos clacs!

Me tiré contra la pared, metiendo la cara en tierra y raíces.

Pero el ruido se alejaba.

Tragué todas las cosas amargas que me habían venido a la garganta y seguí a la bestia por aquellos corredores derruidos.

El ruido venía de la derecha.

Por lo tanto doblé hacia la derecha y descendí por un túnel tan bajo que oía adelante los cuernos que raspaban el techo. Las piedras y los viejos líquenes caían en el lomo voluminoso y resbalaban al piso del túnel. El canal que corría junto a la pared había cubierto la piedra con un limo fluorescente. El canal se transformaba más abajo en un arroyo de luz espumosa y rápida.

Una vez el toro debió de pasar sobre una plancha metálica, porque en media docena de pasos las patas hicieron saltar unas chispas amarillas, que lo iluminaron hasta la cintura.

Iba sólo a treinta metros delante de mí.

Otra vez chispas cuando dobló un recodo.

Sentí piedra bajo las plantas de los pies, y luego un metal liso y frío. Pasé junto a unas hojas empujadas allí por el viento. Las chispas de las pezuñas habían alcanzado a las hojas, que ardían ahora y se retorcían como gusanos de fuego, brillando alrededor de mis pies. Y por momentos la oscuridad se llenaba de otoño.

Llegué al recodo y empecé a doblarlo.

Mirándome de frente, la bestia mugió.

La pata golpeó a un metro de mi pie; estaba tan cerca que las chispas le iluminaron los ojos fríos y húmedos; las narices pulidas.

La mano se interpuso entre esos ojos y yo, cayendo. Me eché hacia atrás y rodé sacando el machete.

La palma —esta vez plana, Halcón— retumbó en la plancha de metal donde yo había estado antes. Luego cayó otra vez hacia donde yo estaba ahora.

Me había tirado de espaldas en el suelo, y tenía el machete al lado, con la empuñadura clavada en la tierra y la punta hacia arriba. Muy pocas personas, o toros, pueden dar con la mano en un clavo de ese tamaño y hundirlo en la carne hasta la empuñadura. Afortunadamente.

Me levantó de un tirón y me sacudió de un lado a otro. Yo me asía a la empuñadura con manos y pies y gritaba.

La bestia también gritaba, embistiendo el techo, y caían muchas cosas. La hoja se desprendió al fin —la flauta mojada en sangre— y fui arrojado contra la pared y rodé por el suelo.

El hombro derecho de la bestia golpeó la pared de la derecha. La bestia se tambaleó. El hombro izquierdo golpeó la pared de la izquierda. Y la sombra que temblaba en el techo descascarado era enorme.

La bestia se lanzó sobre mí, mientras yo me arrastraba de rodillas sobre un montón de piedras labradas, me echaba hacia atrás (había un esguince en algún sitio, también) y trataba de mirarlo.

A mi lado, en la pared, había una reja de casi un metro de alto, con barrotes oblicuos. Un desagüe quizá. Caí por allí. Y fui a dar a un piso en pendiente, un metro y medio más abajo.

Sobre mí la oscuridad era completa, y una mano tanteaba y tanteaba la oscuridad. Yo oía los arañazos en la pared. Lancé un machetazo por encima de mi cabeza, y la hoja chocó contra algo que se movía.

Roaaaaaa...

La roca amortiguó el ruido. Pero de mi lado vino la respuesta del toro, que tiraba manotazos.

Me zambullí. La pendiente era cada vez más pronunciada, y de pronto resbalé un largo trecho, raspándome más todavía. Golpeé contra unos caños.

Quedé allí tendido, con los ojos cerrados. La punta de la ballesta me molestaba debajo del hombro, y el mango del machete estaba incrustado entre los barrotes y mi cadera. Los puntos doloridos del cuerpo se me entumecieron.

Si uno se afloja con los ojos cerrados, los párpados se abren lentamente. Cuando al fin me aflojé, la luz me inundó los ojos de abajo arriba como leche vertida en tazones.

¿Luz? Parpadeé.

Una luz gris más allá de la reja, el color gris de la luz del sol que ha rebotado muchas veces. Aunque yo estaba por lo menos a dos niveles más abajo, acurrucado a la entrada de otro desagüe.

Entonces, en algún sitio, el rugido de un toro, todavía reverberando en las piedras profundas.

Me puse de pie, sosteniéndome en los barrotes. Tenía un escozor en los codos, magulladuras en los hombros, y una herida en un muslo. Miré el cuarto de abajo.

En otro tiempo había un piso al pie de la reja, pero la mayor parte se había desmoronado hacía muchos y muchos años. Ahora el cuarto tenía el doble de alto y la reja estaba a no menos de cinco metros por encima del piso.

Un cuarto era redondo, de unos setenta o quizá ochenta metros de diámetro. Las paredes de piedra labrada, o de roca desnuda, subían en un color iris hacia la luz distante. Muchas entradas abovedadas que llevaban a túneles oscuros.

En el centro de la sala, una máquina.

Mientras la miraba la máquina comenzó a susurrar ávidamente y unas hileras de luces brillaron trazando una figura, deteniéndose, trazando luego otra. Era una computadora de la antigüedad (el tiempo en que poseías la Tierra, vosotros, fantasmas y recuerdos) una de las pocas que cloqueaban y parloteaban a lo largo de la cueva-manantial.

Me las habían descrito, pero esta era la primera que yo veía.

Lo que me había despertado...

(¿Yo había dormido? Y yo había soñado. —Recordaba ahora, con esa imagen palpitante pegada al fondo de los ojos— contigo, Friza?)

...eran los gemidos de la bestia.

La cabeza baja, el lomo erizado, y el agua del techo como joyas en la pelambre, el toro entró arrastrando los nudillos de una mano y apretando la otra —que yo le había lastimado dos veces— contra el vientre.

Y caminando en tres patas, un animal de cuatro (aunque tenga manos) renquea.

La bestia anduvo por la sala parpadeando, y gimió otra vez; en seguida la voz dejó de ser llanto y fue rabia. Resopló y calló; luego miró alrededor y supo que yo estaba allí.

Y yo deseé de veras no estar.

Me agazapé detrás de la reja y miré hacia atrás y hacia arriba y hacia abajo y no vi ninguna salida. Cázalo, había dicho Lo Halcón.

El cazador puede ser una criatura bastante patética.

La bestia movió otra vez la cabeza, husmeando el aire, la mano herida crispada en el vientre.

(La pieza tampoco es muy afortunada.)

La computadora silbó unas pocas notas de una de las viejas canciones, un estribillo de Carmen. La bestia-toro le echó una mirada a la máquina; no entendía.

Y yo, ¿cómo podía cazarla?

Bajé la ballesta y apunté por entre los barrotes. Si no le acertaba en el ojo nada pasaría. Y la bestia no miraba en la dirección adecuada.

Dejé la ballesta y tomé el machete. Me lo llevé a la boca y soplé. La sangre burbujeó en los agujeros. Luego la nota estalló y corrió por la sala.

La bestia levantó la cabeza y me miró.

Tomé la ballesta, apunté entre los barrotes, apreté el gatillo...

Bramando y sacudiendo los cuernos, el toro creció y creció y creció en la bóveda de piedra. Caí de espaldas, mientras el rugido me cubría, y cerré los ojos para no ver: el ojo ensangrentado se derramaba alrededor de mi flecha. La bestia agarró los barrotes, y yo me encogí del otro lado.

Metal asegurado a piedra, piedra arrancada a piedra. Y en seguida la abertura fue mucho más grande. La bestia lanzó la reja retorcida hacia el otro extremo del cuarto, aplastándola contra el muro, soltando pedazos de piedra que rodaron por el suelo.

Luego estiró la mano y me tomó de las piernas y la cintura, y cerrando el puño me alzó en el aire sobre la cara que rugía (ciega y ensangrentada del lado izquierdo), y el cuarto se abovedó allá abajo y mi cabeza fue violentamente de un hombro a otro y traté de apuntar con la ballesta: una flecha dio en la roca junto a una pezuña, muy lejos. Otra dio muy cerca de la que Halcón le había clavado en el lomo. Esperando que apareciese una pared y me aplastase la cabeza, mis dedos tantearon y pusieron otra flecha en la máquina.

En la mejilla izquierda del toro había una lámina de sangre. Y de pronto hubo más sangre. La flecha golpeó y desapareció del todo en el pozo ciego de hueso y linfa. Vi que se le nublaba el otro ojo, como si alguien le hubiese echado polvo de cal en el cristalino.

La bestia me soltó.

No me arrojó; me soltó, simplemente. Me tomé de la pelambre de la muñeca, y se me escapó de entre las manos, y resbalé por el antebrazo hasta la curva del codo.

Entonces el brazo comenzó a caer. Lentamente me volví, patas arriba. El dorso de la mano dio contra el suelo, y las patas traseras golpetearon la piedra alrededor.

La bestia bufó, y yo me deslicé de vuelta por el antebrazo hacia la mano, sujetándome del pelo con manos y pies. Rodé fuera de la palma y me aparté trastabillando.

El muslo me latía donde algo se me había torcido.

Di un paso atrás y ya no pude dar otro.

La bestia se inclinó sobre mí, sacudió la cabeza, salpicándome con el ojo destruido. Era magnífica, todavía fuerte, aunque estaba agonizando. Y era enorme. Furioso, me tambaleé con él en mi furia, apretando los puños contra las caderas, la lengua paralizada.

La bestia era admirable, hermosa, y aún seguía allí, desafiándome mientras se moría, burlándose de mis magulladuras. Maldita seas bestia más enorme que...

Un brazo se torció, luego una pata, y la bestia cayó estrepitosamente hacia el otro lado.

Algo retumbó y rugió dentro de los puñados de oscuridad que eran aquellas narices, pero en un tono más bajo y más bajo. Las costillas le subieron estirándole los costados, bajaron y volvieron a subir; tomé la ballesta y cojeé hasta las lágrimas ensangrentadas que le corrían por la boca; cargué una última flecha. La flecha siguió a las otras dos al cerebro del toro.

Las manos de la bestia se alzaron un metro en el aire, luego cayeron (¡Bum! ¡Bum!) y se aflojaron.

Cuando la bestia dejó de moverse, fui y me senté en la base de la computadora y me apoyé contra el lado metálico. En algún sitio de adentro sonaban unos chasquidos débiles.

Me dolía el cuerpo. Mucho.

Respirar ya no era divertido. Y en algún momento, durante todo aquello, me había mordido el interior de la mejilla. Cada vez que me pasa, siento tanta furia que me echaría a llorar.

Cerré los ojos.

—Fue impresionante —sopló alguien a mi oído derecho—. Me encantaría verte trabajar con la muleta. ¡Olé! ¡Olé! ¡Primero la verónica, luego el pasodoble!

Abrí los ojos.

—No es que no haya disfrutado de tu arte menos sofisticado.

Volví la cabeza. Había un pequeño altavoz junto a mi oreja izquierda. La computadora siguió hablando en un tono tranquilizador:

—Claro que ustedes de sofisticados no tienen nada. Todos ustedes. Jóvenes pero trés charmant. Bueno, hasta aquí has luchado y vencido. ¿Te gustaría hacerme alguna pregunta?

—Sí —dije. Luego respiré un rato—. ¿Cómo hago para salir de aquí?

Había muchas puertas en la pared, muchas posibilidades.

—Bien, un problema. Déjame ver. —Unas luces parpadearon sobre mi regazo, en el dorso de mis manos. Claro que si nos hubiéramos conocido antes que entrases, yo habría podido soltar un trozo de cinta de computadora y tú habría tomado un extremo y yo la habría desenrollado a medida que te abrías paso hacia el corazón, a enfrentar tu destino. En cambio llegaste aquí y me encontraste esperando. ¿Qué deseas, héroe?

—Quiero volver a casa —dije.

La computadora hizo ts-ts-ts.

—Además de eso.

—¿De veras quieres saberlo?

—Estoy asintiendo con movimientos de cabeza —dijo la máquina.

—Quiero a Friza. Pero está muerta.

—¿Quién era Friza?

Pensé. Traté de hablar. Me sentía muy fatigado, y no me salió otra cosa que un estertor, que se oyó quizá como un sollozo.

—Oh. —Luego de un momento, gentil—: Sabes, te equivocaste de laberinto.

—¿Sí? ¿Entonces qué haces tú aquí?

—A mí me pusieron aquí hace mucho tiempo, unas personas que nunca soñaron que vendrías. Yo pertenecía a la sección Felicidad Espiritual y Desórdenes en Reacciones de Asociación. Y tú has venido aquí a buscar en mis recuerdos la muchacha que perdiste.

Sí, yo bien podía estar hablando solo. Estaba muy cansado.

—¿Les gusta allá arriba? —dijo FEDRA.

—¿Dónde?

—Allá en la superficie. Recuerdo cuando había hombres. Ellos me hicieron. Luego se fueron todos, y nos dejaron solas aquí abajo. Y ahora venís vosotros, a tomar el lugar de aquellos. Tiene que ser bastante difícil caminar por las montañas y las junglas de los hombres, luchando contra las sombras mutadas de la fauna y de la flora, entre inmemoriales fantasías humanas.

—Lo intentamos —dije.

—Básicamente no están ustedes preparados —continuó FEDRA—. Pero supongo que habrán de fatigar los viejos laberintos antes de entrar en los nuevos. No es fácil.

—Si eso significa luchar contra esas cosas... —Señalé con el mentón el cadáver sobre la piedra—. No, no es fácil.

—Bueno, ha sido divertido. Echo de menos las revueltas, las doncellas que saltaban sobre los cuernos y giraban en el aire cayendo en los lomos sudorosos, y de un brinco luego a la arena. ¡La humanidad tenía estilo, muchacho! Quizá llegues a tenerlo, pero por ahora tu encanto es algo muy joven.

—¿A dónde se fueron, FEDRA?

—Supongo que a donde se fue tu Friza. —Detrás de mi cabeza, dentro del metal, había música—. Pero vosotros no sois humanos, y no apreciáis las reglas humanas. No han de intentarlo. Desde hace unas pocas generaciones tratamos de seguir aquí abajo lo que hacen ustedes, y nos llegan respuestas a preguntas que antes nunca se nos hubieran ocurrido. Por otra parte, estamos aquí desde hace siglos esperando obtener lo que nos parece información básica y elemental sobre las gentes como tú: quiénes son, de dónde vienen y qué hacen. ¿Se te ha ocurrido que puedes recuperarla?

—¿A Friza? —Me incorporé—. ¿Dónde? ¿Cómo?

Las palabras crípticas de La Dira me volvieron a la mente.

—Te equivocaste de laberinto —repitió FEDRA—. Y yo no soy la muchacha adecuada para señalarte el laberinto adecuado. Ve y busca a Niño Muerte un tiempo, y quizá consigas acercarte y meter el pie en la puerta, o el dedo en el pastel, por así decirlo.

Me incliné hacia adelante, de rodillas.

—FEDRA, me desconciertas.

—Lárgate —dijo FEDRA.

—¿Hacia dónde?

—Otra vez. No soy la muchacha adecuada. Ojalá pudiera ayudarte. Pero no sé. Tienes que irte. Cuando el sol desciende y la marea se retira, hay oscuridad aquí, y los fantoches y los fantasmas andan por ahí gritando.

Me incorporé y miré las diferentes puertas. ¿Quizá un poco de lógica? La bestia-toro había salido de la puerta de aquel lado. Fui y la crucé.

Mi respiración y el agua que caía en la piedra resonaban en la larga, larga oscuridad. Tropecé en el primer escalón. Me levanté y subí. Me golpeé un hombro en el rellano, anduve unos pasos a tientas, y al fin descubrí que había desembocado en un pasaje mucho más bajo que no parecía ir a ninguna parte.

Tomé el machete y soplé la sangre que quedaba. Ahora la música iba conmigo por los recovecos del túnel, dejando notas sobre la piedra, como escamas de mica, que servirían hasta que viniese la luz.

Me lastimé el dedo gordo de un pie.

Salté en el otro pie, maldije, luego eché a andar otra vez solo con aquellos sonidos solitarios y hermosos.

—...Lobey, ¿eres... eres tú?

Unas voces jóvenes salieron de atrás de unas piedras.

—¡Sí! ¡Claro que soy yo!

Me volví hacia la pared y puse las manos contra la roca.

—Volvimos...

—...para mirar y Lo Halcón...

—...nos dijo que bajásemos a la cueva a buscarte...

—...porque pensó que podías haberte perdido.

Puse el machete otra vez en la funda.

—Muy bien. Porque sí me he perdido.

—¿Dónde estás?

—Aquí, del otro lado de esta... —Yo tanteaba otra vez las piedras, ahora sobre mi cabeza. Los dedos encontraron una abertura. La abertura tenía casi un metro de diámetro—. ¡Esperad!

Trepé hasta el borde y vi una luz tenue en el extremo de un túnel de poco más de un metro de alto. Tenía que arrastrarme porque no había sitio para andar de pie.

Cuando llegué al final saqué la cabeza, miré hacia abajo y vi las caras de los trillizos Bloi. Los trillizos estaban en una de las manchas de luz que entraban por el techo.

Bloi-2 se refregó la nariz con el dorso de la mano y se sorbió los mocos.

—Oh —dijo Bloi-1—. Estabas ahí.

—Más o menos.

Salté junto a ellos.

—¡Caramba! —dijo Bloi-3—. ¿Qué te pasó?

Yo estaba manchado de ojo de toro, arañado, magullado, y cojeaba.

—Vamos —dije—, ¿por dónde se sale?

Estábamos a unos pocos pasos de la enorme entrada de la cueva. Nos juntamos con Lo Halcón en la superficie.

Lo Halcón (recuerden que tenía una costilla rota y nadie lo iba a saber hasta el otro día) estaba de pie, con los brazos cruzados, apoyado en el tronco de un árbol. Alzó las cejas haciéndome la pregunta con que me había esperado.

—Sí —dije—. Lo maté. Era enorme.

Me sentía un poco cansado.

Lo Halcón echó a los niños que corrieron delante de nosotros hacia la aldea. Mientras avanzábamos entre las hierbas altas oímos de pronto el ruido de tallos aplastados. Casi me dejé caer al suelo.

No era sino un jabalí. Podía haberme rozado un codo con una oreja. Nada más.

Lo Halcón sonrió y levantó la ballesta.

Vamos.

No hablamos más hasta que alcanzamos y matamos al jabalí. La flecha de Lo Halcón lo aturdió, pero yo casi tuve que abrirlo de arriba abajo antes que él admitiese que estaba muerto. ¿Luego del toro? Fácil. Ensangrentados hasta los hombros, volvimos por fin al pueblo, atravesando las espinas, la tarde calurosa.

La cabeza del jabalí pesaba veinticinco kilos. Lo Halcón se la había echado a la espalda. Habíamos cortado y atado los cuatro jamones y yo llevaba dos en cada hombro, lo que significaba otros ciento veinte kilos. Para cargar el jabalí entero hubiéramos necesitado tener a Fácil allí. Casi habíamos llegado al pueblo cuando Lo Halcón dijo:

—La Dira notó ese asunto de Friza y los animales. Ha visto otras cosas en ti y en otros del pueblo.

—¿Eh? ¿En mí? —dije—. ¿Qué vio en mí?

—En ti, en Friza, y en Dorik, el guardián de la kaula.

—Pero eso es ridículo...

Yo caminaba detrás de Lo Halcón. Me le puse al lado. Halcón me echó una mirada por encima de la cabeza del jabalí.

—Todos vosotros nacisteis el mismo año.

—Pero somos todos... diferentes.

Lo Halcón miró hacia adelante entornando los ojos. Luego se miró los pies. Luego miró el río. A mí no me miró.

—Yo no puedo hacer eso de los animales o el guijarro.

—Puedes hacer otras cosas. Le Dorik otras más.

Lo Halcón no me miraba. El sol descendía detrás de cimas de cobre. El río era pardo. Halcón no hablaba. Las nubes corrieron por el cielo y volví a quedarme atrás, puse la carne en el suelo y me arrodillé para lavarme en el agua barrosa.

En la aldea le dije a Carol que si curaba los jamones podía quedarse con la mitad de mi parte.

—Claro que sí —me dijo, pero estaba entreteniéndose con un nido que había encontrado—. En un minuto.

—Y date prisa. ¡Vamos!

—Está bien. Está bien. ¿A dónde vas tan rápido?

—Mira, puliré para ti los colmillos o le haré una punta de lanza al niño o lo que quieras, pero no te metas en mis cosas.

—Bueno, yo... escucha, de todos modos el niño no es tuyo. Es...

Pero yo ya disparaba hacia los árboles. Supongo que estaba aún un poco trastornado. Las piernas se me dispararon en seguida.

Estaba oscuro cuando llegué a la kaula. No había ningún ruido en el otro lado de la cerca. En una ocasión algo chocó contra los alambres, y gimió. Chispas y una sombra fugaz. No sé de qué lado de la cerca. Nada se movía en la cabaña de Le Dorik. Dorik estaba quizá dentro de la kaula, trabajando en algún proyecto. A veces se apareaban allí, y hasta daban a luz. A veces los hijos eran funcionales. Los trillizos Bloi habían nacido en la kaula. Tenían cuello corto, y brazos largos, pero ahora eran niños de diez años ágiles e inteligentes. Y Bloi-2 y Bloi-3 son casi tan diestros como yo con los pies. A Lo Bloi-3 había llegado a darle un par de lecciones de flauta, pero era un niño, y había preferido ir a recoger fruta con los hermanos.

Luego de una hora en la oscuridad, pensando en lo que entraba en la kaula, y en lo que salía de la kaula, regresé al pueblo, me enrosqué en el pajar detrás de la fragua y me adormecí escuchando el zumbido del motor.

Al alba me desenrosqué, me froté los ojos quitándome la arena de la noche, y fui al corral. Fácil y Pequeño Jon llegaron pocos minutos después.

—¿Necesitáis ayuda con las cabras esta mañana?

Pequeño Jon apoyó la lengua contra la mejilla.

—Un segundo —dijo, y fue hasta el rincón.

Fácil movió los pies, incómodo.

Pequeño Jon volvió junto a mí.

—Sí —dijo—. Claro que necesitamos ayuda.

Luego sonrió. Y Fácil, al ver la sonrisa de Pequeño Jon, también sonrió.

¡Sorpresa! ¡Sorpresa, bolita de miedo dentro de mí! ¡Sonríen! Fácil alzó el primer barrote de la puerta de madera y las cabras se adelantaron balando y pusieron los mentones sobre el segundo travesaño. ¡Sorpresa!

—Claro —dijo Fácil—. Claro que te necesitamos. ¡Me alegro de que hayas vuelto!

Fácil me golpeó el pescuezo y yo le tiré un golpe a la cadera y le erré. Pequeño Jon quitó el otro travesaño. y perseguimos las cabras a través de la plaza, por el camino, y luego prado arriba. Igual que antes. No, igual no.

Fácil fue quien primero lo dijo, cuando el calor ya asomaba bajo el frío del alba.

—No es igual que antes, Lobey. Perdiste algo.

Sacudí las ramas bajas de un sauce y el rocío me mojó la cara y los hombros.

—El apetito —dije—. Y tal vez un kilo.

—No es el apetito —dijo Pequeño Jon, saliendo de un tronco talado y acercándose—. Es algo diferente.

—¿Diferente? —repetí—. Decidme, Fácil, Pequeño Jon, ¿en qué soy diferente?

—¿Eh? —dijo Pequeño Jon. Quiso llamarle la atención a una cabra y le tiró un palo. Le erró. Recogí una piedra pequeña que tenía debajo del pie. Le acerté. La cabra me miró con ojos azules, se acercó torpe y pesadamente para ver por qué, se interesó en alguna otra cosa a mitad de camino y trató de comérsela—. Tienes pies grandes —dijo Pequeño Jon.

—No. No es eso —dije—. La Dira notó en mí algo diferente y que es importante; algo diferente como lo de... Friza.

—Tocas música —dijo Fácil.

Miré la hoja perforada.

—No —dije—. No lo creo. Podría enseñarte a ti a tocar. Es otro modo de ser diferente. Me parece.

En las últimas horas de aquella tarde trajimos de vuelta las cabras. Fácil me invitó a comer y yo llevé un poco de jamón y atacamos las provisiones de fruta de Pequeño Jon.

—¿Quieres cocinar?

—No —dije.

Así que Fácil caminó hasta la esquina de los hornos y gritó a la plaza:

—¡Eh! ¿Quién quiere cocinar una cena para tres laboriosos caballeros capaces de proporcionar comida, entretenimiento y brillante conversación? No, tú ya me preparaste una cena. ¡No empujen, muchachas! Tú tampoco. ¿Quién te enseñó a condimentar? Ajá, te conozco, Liz Estricnina. Está bien. Sí, tú. Ven aquí.

Fácil volvió con una hermosa muchacha calva. Recordaba haberla visto por allí, pero ella llevaba poco tiempo en la aldea; yo nunca le había hablado y no sabía como se llamaba.

—Este es Pequeño Jon, Lobey, y yo soy Fácil. Otra vez, ¿cómo te llamas?

—Llámenme Nativia.

No, nunca había hablado con ella. Era una vergüenza que esa situación hubiese durado veintitrés años. La voz no le salía a la muchacha de la laringe. No creo que tuviese laringe. El sonido comenzaba mucho más abajo y era como un susurro en una caverna con campanas.

—Tú puedes llamarme lo que quieras —dije—, todas las veces que quieras.

Nativia se rió, y la risa sonó entre las campanas.

—Dónde está la comida y busquemos un sitio para el fuego.

Encontramos un círculo de rocas allá abajo junto a la corriente. Íbamos a traer algo en qué cocinar de las casas, pero Nativia tenía una cacerola grande; lo único que tuvimos que pedir fue canela y sal.

—Vamos —dijo Pequeño Jon cuando volvió de la orilla del agua—. Lobey, tienes que entretenernos. Conversemos.

—No, mira...

Entonces me dije «ah, qué más da»; me acosté boca arriba y toqué música en el machete. A Nativia le gustó, pues siguió sonriéndome mientras trabajaba.

—¿No tienes hijos? —dijo Fácil.

Nativia engrasaba la cacerola con un trozo de grasa del jamón.

—Uno en la kaula de Zarza Viva. Dos con un hombre en Ko.

—Viajas mucho, ¿no? —dijo Pequeño Jon.

Toqué una tonada más lenta que llegó muy lejos, y ella me sonrió mientras echaba trozos de carne de la palma a la cacerola. La grasa bailó en el metal caliente.

—Viajo.

La sonrisa y el viento y la burla en la voz de Nativia eran deliciosos.

—Deberías de buscarte un hombre que también viaje —le sugirió Fácil. Fácil tiene consejos de tipo casero para todo el mundo. A veces me pone los nervios de punta.

Nativia se encogió de hombros.

—Lo hice una vez. Nunca nos poníamos de acuerdo; él quería ir en una dirección y yo en otra. El de la kaula es hijo de ese hombre. Se llamaba Lo Ángel. Un hombre hermoso, nunca sabía a donde ir. Y cuando se decidía nunca era a donde quería ir yo. No... —Nativia movió los trozos tostados de carne en el fondo agrietado de la cacerola—. Me gustan los hombres buenos, estables, asentados, que están todavía allí cuando yo vuelvo.

Yo comencé a tocar un viejo himno: Bill Bailey por favor vuelve a casa. Lo había aprendido de un 45 cuando era niño. Nativia también lo conocía pues se rió mientras cortaba un durazno.

—Eso soy yo —dijo—. Bill La Bailey. Así me llamaba Lo Ángel.

Nativia distribuyó la carne en un anillo, siguiendo el borde de la cacerola. Luego echó dentro las nueces y las verduras con un poco de agua salada, y la tapa golpeó.

—¿Hasta dónde viajaste? —dije, dejando el machete sobre mi estómago y estirándome. Arriba, detrás de las hojas de arce, el cielo tenía una herida de crepúsculo en el oeste, y lo ensombrecían el este y la noche—. Viajaré pronto. Quiero saber a dónde se puede ir.

Nativia empujó toda la fruta hacia un lado de la fronda.

—Una vez fui hasta la Ciudad. Y hasta fui bajo tierra, a explorar la cueva-manantial.

Fácil y Pequeño Jon se quedaron muy callados.

—Viajaste bastante —dije—. La Dira dice que tengo que viajar porque soy diferente.

Nativia asintió.

—Por eso mismo viajaba Lo Ángel —dijo, quitando otra tez la tapa. Un globo de vapor picante subió y se dispersó. La boca se me hizo agua—. La mayoría de los que andaban de un lado a otro eran diferentes. Lo Ángel siempre decía que yo era también diferente, pero nunca me decía cómo.

Empujó la verdura en un anillo contra la carne, y echó fruta cortada en el centro. Luego canela encima de todo. Un poco de especia voló sobre la llama que lamía la cacerola, y estallaron unas chispas. Nativia tapó la cacerola.

—Sí —dije—. La Dira tampoco me lo quiere decir.

Nativia parecía sorprendida.

—¿Entonces no lo sabes?

Sacudí la cabeza.

—Oh, pero puedes... —Nativia calló—. La Dira es uno de los mayores del pueblo, ¿no es cierto?

—Es cierto.

—Tal vez tenga alguna razón para no decírtelo. Hablé un poco con ella el otro día; es una mujer muy sabia.

—Sí —dije, rodando sobre un costado—. Vamos, si tú lo sabes, dímelo.

Nativia parecía confusa.

—Bueno, cuéntame tú primero. ¿Qué te dijo La Dira?

—Dijo que tendría que salir de viaje, para matar lo que mató a Friza.

—¿Friza?

—Friza también era diferente. —Comencé a contarle la historia. Fácil eructó, se golpeó el pecho con la mano y se quejó de que tenía hambre. Evidentemente no le gustaba el tema. Pequeño Jon tuvo que levantarse y cuando se alejó entre los arbustos. Fácil fue detrás, gruñendo:

—Llámenme cuando terminen. De preparar la cena, quiero decir.

Pero Nativia escuchó atentamente y luego hizo alunas preguntas sobre la muerte de Friza. Cuando le dije que yo tenía que hacer un viaje con Le Dorik asintió moviendo la cabeza.

—Bueno, ahora tiene mucho más sentido.

—¿Sí?

Nativa volvió a asentir.

—Eh, muchachos, la cena está... lista.

—¿Entonces no puedes decirme...?

Nativia sacudió la cabeza.

—No entenderías. He viajado mucho más que tú. Ocurre que en los últimos tiempos han muerto muchas personas diferentes. como murió Friza. Dos en Zarza Viva. Y oí que el año pasarlo habían muerto tres más. Habrá ave hacer algo. Y se podría comenzar aquí.

Quitó otra vez la tapa a la cacerola: más vapor.

Fácil y Pequeño Jon, que venían caminando por la orilla del río, echaron a correr.

—¡Elvis Presley! —jadeó Pequeño Jon—. ¡Qué bien huele eso!

Se agacho junto al fuego, babeando.

Las adenoides de Fácil ronroneaban, como la voz de un gato.

Yo quería hacer más preguntas, pero temía molestar a Fácil y a Pequeño Jon: pensé que no los había tratado bien, y ellos eran muy amables conmigo, mientras no les hablase de Friza.

Una fronda colmada de jamón, verduras y fruta condimentada, y dejé de pensar en todo menos en lo que me faltaba en la barriga; y así supe que gran parte de mi melancolía metafísica era hambre. Siempre lo es.

Más conversación, más comida, más entretenimiento. Nos dormimos allí mismo, junto a la corriente, tendidos sobre los helechos. Hacia la medianoche, cuando vino el frío, rodamos apilándonos unos sobre otros. Desperté alrededor de una hora antes del alba.

Saqué la cabeza de la axila de Fácil (y la cabeza calva de Nativia se movió inmediatamente ocupando el sitio) y me puse de pie en la oscuridad estrellada. La cabeza de Pequeño Jon brillaba a mis pies. También mi machete. Pequeño Jon lo usaba como almohada. Tironeé suavemente, quitándoselo de abajo de la mejilla. Pequeño Jon gruñó, se rascó, y se quedó quieto. Eché a andar entre los árboles hacia la kaula.

Una vez alcé los ojos y miré las ramas, los alambres que iban de la casa del motor a la cerca. Los cables negros, o el ruido de la corriente, o los recuerdos, se apoderaron de mí. A mitad de camino me puse a tocar. Alguien empezó a silbar conmigo. Dejé de tocar. El silbido siguió.

¿Entonces dónde está? ¿En una canción?
Jean Genet / Los biombos

Dios le dijo a Abraham:
—Mátame un hijo. Abraham dijo:
—¡Dios, tú estás engañándome!
Bob Dylan / Nueva visita a la Ruta 61

El amor es algo que muere, y se pudre
y se transforma en tierra fértil para un nuevo amor...
Por lo tanto no hay realmente muerte en el amor.
Par Lagerkvist / El enano

—¿Le Dorik? —dije—. ¿Dorik?

—Hola —dijo una voz en la oscuridad—. ¿Lobey?

—Lo Lobey —dije—. ¿Dónde estás?

—Aquí dentro de la kaula.

—Oh. ¿Qué es ese olor?

—Blanco —dijo Dorik—. El hermano de Fácil. Murió. Estoy cavando una tumba. Recuerdas al hermano de Fácil...

—Lo recuerdo —dije—. Lo vi ayer junto a la cerca. Parecía muy enfermo.

—Esos nunca duran mucho. Ven, ayúdame a cavar.

—La cerca...

—Está apagada. Sube.

—No me gusta entrar en la kaula —dije.

—Cuando éramos niños no te importaba merodear por aquí. Vamos, tengo que mover esta piedra. Dame un pie.

—Eso pasaba cuando éramos niños —dije—. Hacíamos muchas cosas entonces que no hacemos ahora. Eso es trabajo tuvo. Cava tú.

—Friza venía aquí a ayudarme, y me contaba todo lo tuyo.

—Friza venía... —Luego dije—: ¿Contaba?

—Bueno, algunos la entendíamos.

—Sí —dije—. Algunos la entendíamos.

Me tomé de la malla de alambre cerca del poste pero no me trepé.

—En realidad —dijo Dorik— me entristecía que no vinieses nunca. Antes nos divertíamos. Por suerte Friza no pensaba como tú. Hacíamos...

—...sí, muchas cosas. Sí, Dorik, lo sé. Mira, nadie se molestó en decirme que no eras una muchacha hasta que tuve catorce años, Dorik. Si te lastimé, lo lamento.

—Me lastimaste. Pero eso ya pasó. Nadie llegó a decirle a Friza que yo no era un muchacho. De lo que me alegro bastante. Aunque no creo que ella lo hubiese tomado como tú.

—¿Venía mucho aquí?

—Todo el tiempo que no estaba contigo.

Salté sobre el alambre, di media vuelta allá arriba, y caí del otro lado.

—¿Dónde está esa piedra maldita que quieres mover?

—Aquí...

—No me toques —dije—. Muéstrame, nada más.

—Aquí —repitió Dorik en la oscuridad.

Tomé el borde de la piedra clavada oblicuamente en la tierra.

Crujieron unas raíces y la tierra cayó susurrando; moví la piedra en redondo y la saqué.

—A propósito, ¿cómo está la criatura?

Tenía que preguntárselo. ¿Y por qué, Dorik, maldita sea, tu próxima palabra tuvo que ser la que me dolía y esperaba no oír?

—¿Cuál?

Había una pala junto al poste. La clavé en la tumba. Maldita sea, Le Dorik.

—La mía y de Friza —continuó Dorik luego de un instante— quizá pueda presentarse al examen de los doctores dentro de un año. Necesita un entrenamiento especial muy intenso, pero es bastante funcional. Probablemente no tendrá nunca un La pero al menos no se quedará aquí.

La pala resonó contra otra piedra.

—No es esa la criatura de quien yo hablaba.

—No me preguntas por la que es solamente mía. —Había dos o tres trozos de hielo en aquella frase. Dorik me los tiró a propósito—. Me hablabas de la tuya y mía.

—Como si no lo supieras, bastardo andrógino.

—Ése se pasará aquí la vida entera, pero es feliz. ¿Quieres ir a verlo...?

—No. —Otras tres paladas de tierra—. Enterremos a Blanco y vayámonos de aquí.

—¿A dónde?

—La Dirá dijo que tú y yo teníamos que hacer juntos un viaje para destruir lo que mató a Friza.

—Oh —dijo Dorik—. Sí. —Dorik fue junto a la cerca, se inclinó—. Ayúdame.

Levantamos el cadáver hinchado y gomoso y lo llevamos al agujero. Rodó por encima del borde y cayó pesadamente.

—Se supone que esperarías a que yo fuera a buscarte —dijo Dorik.

—Sí. Pero no puedo esperar. Quiero ir ahora.

—Si voy contigo tienes que esperar.

—¿Por qué?

—Mira, Lobey —dijo Dorik—, soy un guardián de kaula y tengo una kaula que guardar.

—No me importa que el moho y la podredumbre destruyan todo lo que hay en la kaula. ¡Quiero salir y seguir!

—Tengo que entrenar a un nuevo guardián, examinar los métodos de educación, revisar los inventarios de provisiones, y las dietas especiales, y la protección de último minuto en los refugios...

—¡Maldita sea, Dorik! ¡Vamos!

—Lobey, tengo aquí tres hijos. Uno es tuyo, otro pertenece a una muchacha que amaste. Y otro es mío totalmente. Dos de ellos, con mucho trabajo y cariño y paciencia y tiempo, quizá salgan de aquí algún día.

—¿Dos, eh? —El aliento se me perdió de pronto en el pecho, y sentí que no me hacía ningún bien—. Pero no el mío. Me voy.

—¡Lobey!

Me detuve, con una pierna a cada lado de la cerca.

—Mira, Lobey, este es el verdadero mundo en que vives. De algo salió; hacia algo va; está cambiando. Pero hay verdades y hay errores, modos adecuados y modos inadecuados. Nunca lo aceptaste, ni siquiera cuando eras niño, pero mientras tanto no serás muy feliz.

—Hablas de cuando yo tenía catorce años —dije.

—Hablo de ti ahora. Friza me contó muchas...

Salté de la cerca y eché a caminar entre los árboles.

—¡Lobey!

—¿Qué?

Seguí caminando.

—Te he asustado.

—No.

—Quiero mostrarte...

—Eres muy hábil mostrando cosas a la gente en la oscuridad, ¿eh, Dorik? En eso está tu diferencia, ¿eh? —grité por encima del hombro.

Atravesé la corriente y subí por las rocas, furioso como todos los Elvis. No fui hacia el prado; di la vuelta hacia los sitios más abruptos, y corrí arrancando hojas y golpeando ramitas en la oscuridad. Entonces oí que alguien venía hacia mí entre las sombras, silbando.

Aquí no hay sino locos, y algunos de ellos conocen este mundo, y saben que quien trata de actuar como otros nunca hace nada, pues los hombres nunca tienen las mismas opiniones. Esos no saben que quien es llamado sabio de día no será considerado loco de noche.

Nicolás Maquiavelo / Carta a Francesco Vittori

La experiencia le revela en todos los objetos, en todos los acontecimientos, la presencia de algo más.

Jean-Paul Sartre / Saint Genet, Comediante y Mártir

Me detuve. El ruido de hojas secas bajo unos pies, de helechos en un hombro, se me acercó por detrás, se detuvo. El borde de las montañas era gris ahora.

—¿Lobey?

—¿Cambiaste de idea?

Un suspiro.

—Sí.

—Adelante, entonces. —Echamos a andar—. ¿Por qué?

—Ocurrió algo.

Dorik no dijo qué. No le pregunté.

—Dorik —dije, un poco más tarde—, siento hacia ti algo parecido al odio. Está tan cerca del odio como estaba cerca del amor lo que sentía por Friza.

—Ninguno de los dos está ahora tan cerca como para preocuparse. Vives demasiado en ti mismo, Lobey. Ojalá crezcas.

—¿Y tú me vas a mostrar cómo? —dije—. ¿En la oscuridad?

—Te estoy mostrando.

La mañana, mientras caminábamos, goteó bermellón. A la luz, los ojos se me volvieron asombrosamente pesados, piedras en la cabeza.

—Trabajaste toda la noche —dije—. Yo mismo dormí unas pocas horas. ¿Por qué no descansamos un rato?

—Espera a que haya luz suficiente como para que sepas que estoy aquí.

Lo que era una respuesta extraña. Dorik parecía ahora una silueta grisácea a mi lado.

Cuando hubo bastante rojo en el este, y el resto del cielo fue por lo menos azul, empecé a buscar un sitio para dormir.

Estaba agotado, y cada vez que me volvía y miraba el sol el mundo nadaba en lágrimas de fatiga.

—Aquí —dijo Dorik. Habíamos llegado a un pequeño hueco en la roca, al pie del risco. Me tendí allí. Dorik también. Descansamos con el machete entre los dos. Recuerdo un momento de luz dorada a lo largo del brazo y en la espalda encorvados hacia mí antes de dormirme.

Toqué la mano que me tocaba la cara, y la sostuve hasta que abrí los ojos, debajo. Los párpados se separaron con un chasquido.

—¿Dorik...?

Nativia me miró desde arriba.

Mis dedos se entrelazaron con los dedos palmados de Nativia. Parecía asustada, y el aliento, que le salía de los labios dilatados, paró mi aliento.

—¡Fácil! —gritó hacia la loma—. ¡Pequeño Jon! ¡Está aquí!

Me incorporé.

—¿A dónde fue Dorik...?

Fácil apareció corriendo; detrás venía Pequeño Jon.

—La Dira —dijo Fácil—. La Dira quiere verte... antes que te vayas. Ella y Lo Halcón tienen que hablar contigo.

—Eh, ¿alguno de ustedes vio por ahí a Le Dorik? Qué raro que se haya ido...

Entonces asomó aquella mueca en la cara de Pequeño Jon, agrietando las facciones en miniatura como fallas en una roca negra.

—Le Dorik está muerto —dijo Pequeño Jon—; eso es lo que querían decirte.

—¿Eh?

—Antes de la salida del sol, dentro de la kaula —dijo Fácil—. Estaba tendido junto a la tumba de mi hermano Blanco. ¿Recuerdas a mi hermano?

—Sí, sí —dije—. Ayudé a cavar la tumba... ¿Antes de la salida del sol? Es imposible. El sol había salido cuando nos dormimos, aquí mismo. —En seguida dije—: ¿Muerto?

Pequeño Jon asintió con un movimiento de cabeza.

—Como Friza. De la misma manera. Eso dijo La Dira.

Me puse de pie, apretando fuerte el mango del machete.

Librodot

—¡Pero es imposible! Alguien que decía: Espera a que haya luz suficiente como para que sepas que estoy aquí. Le Dorik estaba conmigo a la salida del sol. Fue entonces cuando nos tendimos aquí a dormir.

—¿Dormiste con Le Dorik después de que Le Dorik murió? —dijo Nativia, sorprendida.

Perplejo, volví a la aldea. La Dira y Lo Halcón se reunieron conmigo en la cueva-manantial. Conversamos un rato; vi que pensaban de veras en cosas que yo no entendía; en mi perplejidad.

—Eres un buen cazador, Lo Lobey —dijo al fin Lo Halcón—, y aunque un poco abultado debajo de la cintura, un hermoso ejemplar humano. Tienes por delante muchos peligros; te he enseñado mucho. Recuérdalo cuando andes por el borde de la noche o por la orilla de la mañana. —La muerte de Le Dorik, parecía, lo había convencido de que había algo de cierto en las suposiciones de La Dira, aunque yo no entendía ninguna de las partes del discurso, ni el puente que unía esas partes. No me aclaraban nada—. Usa lo que te enseñé para llegar a donde vas —continuó Lo Halcón—, para sobrevivir allí, y para volver.

—Eres diferente. —Eso fue lo que me dijo La Dira—. Has visto que ser diferente es peligroso. También es importante. He tratado de instruirte con una visión del mundo capaz de abarcar tus actos futuros. Y el significado de esos actos. Has aprendido mucho, Lo Lobey. Usa también lo que yo te he enseñado.

Sin saber a dónde iba, di media vuelta y me alejé tambaleando, trastornado todavía por la noticia de que Dorik había muerto antes del alba. Parecía que los trillizos Bloi estuvieron despiertos toda la noche, pescando cangrejos ciegos en la boca de la cueva-manantial. Regresaron cuando estaba todavía oscuro, balanceando las linternas y bromeando mientras subían la pendiente... ¡Dorik detrás del alambre, envuelto en una malla de sombra, en el círculo de luz de las linternas, boca abajo al borde de la tumba!

Tuvo que ser unos instantes después de haberme ido.

Corrí entre las zarzas, rumbo al mediodía. En mi cabeza se iba aclarando un pensamiento; se aclaraba como las figuras del lecho de un arroyo cuando uno aparta las burbujas con la mano, un instante; si Le Dorik, muerto, había caminado conmigo un rato (Te estoy mostrando, Lobey) atravesando la aurora y el monte, y se había acurrucado en una roca bajo la luz nueva del sol, entonces Friza también podía viajar conmigo. Si yo encontrara lo que mataba a los nuestros que eran distintos, y por eso mismo reales más allá de la muerte...

Ahora una canción lenta con el machete para llorar a Dorik; y los golpes de mis pies en la tierra, caminando. Luego de varias horas de lamento, tenía el cuerpo cubierto de sudor, como en una danza fúnebre.

Mientras el día se apoyaba en las montañas pasé junto a las primeras flores rojas, de capullos del tamaño de mi cara, como burbujas de sangre que anidaban entre espinas, o que descansaban en la piedra desnuda. No era bueno detenerse allí. Carnívoras.

Me senté en cuclillas en un bloque de granito, a la luz amarilla de la tarde. Un caracol del tamaño de mi dedo índice estiró los cuernos hacia un charquito no más grande que mi palma. Media hora más tarde, bajando por la pared de un desfiladero, cuando el violeta ya había desplazado al amarillo, vi una hendidura en la roca: otra abertura que llevaba a la cueva-manantial. Decidí pasar allí la noche, y me deslicé por el agujero.

Todavía olor a seres humanos y muerte. Excelente. Los animales peligrosos evitan esas cosas. Entré apoyándome en pies y manos. La tierra blanda se transformó en musgo, en cemento. Afuera, la noche, encaje sónico de grillos y avispas que yo no podía imitar con el machete, era ya muy oscura.

Pronto tropecé con unos rieles metálicos, y los seguí con las manos... atravesando un sitio donde había caído tierra, otro donde había ramas y hojas esparcidas, y luego una larga pendiente. Estaba a punto de detenerme, y apoyarme contra la pared de la cueva que era el sitio más seco y dormir, cuando noté que los rieles se bifurcaban.

Me puse de pie.

Lancé un chillido con el machete y llegó un eco prolongado de la derecha: un pasaje sin fin. Pero de la izquierda sólo llegó una breve resonancia: algún tipo de habitación. Fui hacia la izquierda. Mi cadera rozó el quicio de una puerta.

Entonces, de pronto, me encontré en una sala iluminada.

Los circuitos sensorios eran todavía sensibles. Paredes con rejas, mesa de vidrio azul. instalaciones eléctricas de cobre, vitrinas. y una pantalla de televisión en la pared. Me acerqué guiñando los ojos ante la nueva luz. Cuando todavía funcionan es agradable mirar los colores: hacen figuras, y las figuras hacen música en mí. Varias personas que habían explorado la cueva-manantial me habían hablado ya de esos colores (una fogata nocturna y niños fantásticamente interesados, apretados codo con codo alrededor de la llama y el aventurero), y dos años antes yo había ido a ver el color en un brazo muy explorado de la cueva. Fue así como supe de la música.

La televisión en colores es sin duda algo más divertido que ese método genético de reproducción tan arriesgado, y que adoptamos como nuestro. Ah, qué mundo hermoso.

Me senté a la mesa y probé las perillas hasta que una hizo clic. La pantalla se volvió gris, parpadeó, y se inundó de colores.

Había estática. Busqué la perilla del volumen y bajé la voz... Así podía escuchar la música en colores. Cuando me llevaba la hoja a los labios, algo ocurrió.

Oí una risa.

Primero pensé que era una melodía. Pero era una voz, una risa. Y en la pantalla, entre un caótico parpadeo de luces, un rostro. No era la imagen de un rostro. Era como si yo estuviese mirando los puntos particulares de un tono melódico —un rostro— ignorando el resto. Hubiese distinguido aquellos rasgos en cualquier confusión de colores: la cara de Friza.

La voz pertenecía a algún otro.

Friza se disolvió. Donde había estado su cara apareció otra, la de Dorik. Otra vez aquella extraña risa. De pronto Friza estuvo en un lado de la pantalla, Dorik en el otro y en el centro un niño que se reía de mí. La imagen del niño se aclaró, llenó la pantalla y yo dejé de ver el resto del cuarto. Detrás del niño, calles arruinadas, vigas que asomaban entre restos de paredes, malezas: y todo de un verde vacilante, el sol blanco en un cielo reticulado. Allá atrás, en un poste de alumbrado, se había posado una criatura de aletas y agallas blancas que se rascaba una pata roja en el óxido. En la acera había una toma de agua envuelta en luz y verdín.

El niño pelirrojo —de pelo más rojo que los Bloi, más rojo que los capullos henchidos de sangre— reía con ojos entornados. Tenía pestañas doradas. El verde se le metía en la piel transparente, como una fosforescencia; pero yo sabía que bajo luz normal sería tan pálido como Blanco en el momento de morir.

—Lobey —decía el niño riendo y mostrando unos dientes pequeños: demasiados dientes. Quizá como en la boca del tiburón que yo había visto en el libro de La Dira, hilera sobre hilera de agujas de marfil—. Lobey, ¿cómo vas a hacer para encontrarme?

—¿Qué? —y esperé que la ilusión se desvaneciese con mi voz.

Pero en algún sitio aquel niño desnudo seguía riendo, con un pie metido en un agua de hierbas ondulantes. Sólo Friza y Dorik habían desaparecido.

—¿Dónde estás?

El niño alzó la vista, y en los ojos no tenía blanco, sólo un castaño y un dorado brillantes. Yo había visto unos pocos ojos como aquellos. Sin embargo es enervante ver ojos de perro en un rostro humano.

—Mi madre me llamaba Bonny William. Ahora todos me llaman Niño Muerte. —Se sentó en la acera y piso las manos sobre las rodillas—. ¿Vas a buscarme, Lobey, y matarme como maté a Friza y a Dorik?

—¿Tú? Tú. ¿Lo Bonny William...?

—Sin el Lo. Niño Muerte. No Lo Niño.

—¿Tú los mataste? Pero... ¿por qué?

La desesperación hizo de mi voz un susurro.

—Porque eran diferentes. Y yo soy más diferente que todos. Vosotros me asustáis y cuando estoy asustado —dijo el niño riendo otra vez— mato. —Pestañeó—. Sabes, tú no me buscas. Yo te busco a ti.

—¿Qué quieres decir?

Niño Muerte se echó hacia atrás un mechón carmesí del pelo que le caía sobre la frente blanca.

—Soy yo quien te trae aquí. Si yo quisiera no me encontrarías nunca. Pero como quiero que vengas no podrás evitarme. Puedo ver por los ojos de cualquier persona de este mundo, o de cualquier mundo que nuestros antecesores hayan conocido alguna vez: por eso sé de muchas cosas que nunca he tocado ni olido. Tú saliste sin saber dónde estoy. y corriste hacia mí. Lo Lobey —Niño Muerte alzó el rostro—, terminarás huyendo de mi casa verde, arañando la arena como una cabra ciega que va a caer a un precipicio...

—...cómo sabes...

—...te caerás y te romperás el pescuezo. —Sacudió un dedo ante mí, un garfio como los dedos de Pequeño Jon—. Ven a mí. Lo Lobey.

—¿Si te encuentro me devolverás a Friza?

—Ya te he devuelto a Le Dorik por un rato.

—¿Puedes devolverme a Friza?

—Conservo todo lo que mato. En mi kaula privada.

Aquella risa húmeda. Como agua en una cañería helada.

—¿Niño Muerte?

—¿Qué?

—¿Dónde estás? —Las palabras chocaron contra agujas de marfil—. ¿De dónde saliste, Niño Muerte? ¿A dónde vas?

Los largos dedos del niño se movieron como cuerdas de lino que sostenían monedas de oro. Apartó las malezas con un pie.

—Pasé la infancia asándome en las arenas de la kaula en un desierto ecuatorial, sin ningún guardián que cuidase de mí. Como a ti, vivaz en tu jungla, me perseguían los recuerdos de quienes vivieron bajo este sol antes que los padres de nuestros padres llegasen y tomasen estos cuerpos, amores y temores. La mayoría de los que estaban conmigo en la kaula murió de sed. Al principio salvé a algunos llevándoles agua del mismo modo que cuando Friza tiró la piedra: sí, vi eso también. Yo hice lo mismo durante un tiempo. Luego, durante un tiempo maté a todos los que ponían conmigo en la kaula, y les saqué el agua directamente de los cuerpos. Iba hasta la cerca y miraba por encima de las dunas las palmeras del oasis donde trabajaba nuestra tribu. En aquel tiempo nunca pensé en dejar la kaula, porque como en esos espejismos del desierto veía por los ojos de todo el mundo: veía lo que hacían tú y Friza y Dorik, como veo lo que pasa en todo este brazo de la galaxia. Cuando lo que veía me asustaba, cerraba los ojos que estaban mirando. Eso es lo que les pasó a Friza y a Dorik. Cuando todavía siento curiosidad —más curiosidad que miedo— por lo que se ve a través de esos ojos, los abro de nuevo. Eso es lo que le ocurrió a Dorik.

—Eres fuerte —dije.

—De ahí vengo: del desierto, donde la muerte se mueve en los huesos arenosos de la Tierra. ¿Y ahora? Cada vez entro más en el mar.

Alzó los ojos, y el pelo rojo flotó hacia atrás en aquel verde estremecido.

—Niño Muerte —grité; se había alejado mucho—. ¿Por qué estabas en la kaula? Pareces más funcional que la mitad de los que tienen Lo y La en mi pueblo.

Niño Muerte volvió la cabeza y me miró con el rabo del ojo.

—¿Funcional? —remedó—. ¿Un pelirrojo de piel blanca y agallas nacido en un desierto?

La boca de tiburón en miniatura desapareció de la pantalla. Pestañeé. No se me ocurrió ninguna otra cosa; saqué los papeles del archivo, los desparramé debajo de la mesa y me tendí allí, cansado y aturdido.

Recuerdo que tomé una hoja y deletreé un párrafo. La Dira me había enseñado a leer los títulos de las grabaciones, cuando yo me dedicaba a revolver los archivos del pueblo:

Evacuar urgentemente los niveles superiores. El sistema de alarmas indicará la radiación en los niveles normales. Más abajo, los dispositivos de detección se encuentran en...

La mayoría de las palabras no las entendí. Rompí el papel en dos con los dedos de los pies y en cuatro con los dedos de las manos; luego dejé caer los pedazos sobre mi estómago antes de tomar el machete y tocar para dormirme.

¿Qué es, entonces, la noble abstracción? Es tomar primero los elementos esenciales de la cosa a representar, y luego el resto en orden de importancia (de modo que dondequiera que nos detengamos hayamos obtenido siempre más de lo que dejamos atrás) y emplear cualquier expediente para grabar en la mente lo que queremos, sin preocuparnos de la mera exactitud literal de tal expediente.

John Ruskin / Las piedras de Venecia

Un poema es una máquina que fabrica alternativas.

John Ciardi / El significado de un poema

Horas después —calculo que podían haber sido dos, que podían haber sido doce— rodé sobre el piso y salí de abajo de la mesa y me levanté gruñendo, bostezando, rascándome el cuerpo. Cuando dejé el cuarto la luz se apagó.

No volví sobre mis pasos; seguí otra vez adelante. Hay muchas aberturas que llevan a los niveles superiores. Camino hasta que veo la mañana, y luego trepo. Media hora después veo un metro de mañana allá arriba, detrás de hojas negras, y salto hacia allí. Buenas saltarinas las piernas.

Salgo gateando a un suelo desmoronado, entre zarzas, y tropiezo en una enredadera, pero a pesar de todo no puedo quejarme. Y con eso evito decir «en general». Afuera frío, brumoso. A un lado, a cincuenta metros, brillaba la orilla de un lago. Caminé entre una maraña de plantas hacia la playa despejada. Los trozos de roca se transformaron en guijarros, se transformaron en arena. Era un lago grande. Un brazo de la playa se desvanecía en un pantano de cañas. Del otro lado había un prado de retamas. Yo no sabía qué sitio era ese, pero no me gustaba estar en un pantano, así que di media vuelta y eché a andar.

Me detuve.

¡Zas! En la jungla, cerca del borde, alzo se sacudía y peleaba. La pelea había llegado a ese punto en que uno de los contrincantes ya casi no tiene fuerzas: la actividad llegaba en arrebatos pasajeros. (¡Jissssss!) La curiosidad, el hambre y la aventura me lanzaron hacia adelante con el machete en alto. Subí por una pendiente de roca, y desde arriba miré el claro.

Atacado por flores, un dragón moría. Los capullos le enjoyaban las escamas, las espinas le entorpecían las patas. Mientras yo miraba, el dragón intentó otra vez arrancarse los capullos con los dientes, pero los capullos volvían escurriéndose, raspándole el costado con las espinas, azotándole los ojos acuosos y amarillos.

El lagarto (del doble del tamaño de Fácil y marcado en el anca izquierda con una tosca cruz) trataba de proteger las branquias que le palpitaban a lo largo del cuello. Las plantas casi lo habían inmovilizado, pero cuando una flor se adelantó para cortarle el aliento, la desgarró con una garra libre, deshojándola. Había aplastado muchos capullos y los pétalos salpicaban la tierra revuelta.

La cruz indicaba que el dragón no me haría daño (esos animales, aun enloquecidos, después que se acostumbran al hombre se vuelven patéticos, y pocas veces son peligrosos), de modo que salté desde la roca.

Un capullo se arrastró para atacarme y vació de pronto una bolsa de aire —ssssss— a pocos centímetros de mis pies.

Lo atravesé con el machete y un líquido nervioso (los nervios del capullo contienen esa sustancia) y verde se derramó en el suelo. Las espinas me arañaban las piernas. Pero ya les dije cómo es mi piel ahí. Sólo tengo que cuidarme el vientre y las palmas de las manos: los pies no tienen problema. Adelanté un pie y aparté una trepadora del lomo del lagarto y la aparté lo suficiente —los dientes manchados se sueltan clic, clic, clic de la piel del dragón que estaban mordiendo— como para meterle el machete por debajo, mover la hoja en redondo y... ¡giras!

El líquido nervioso mordió la piel del dragón.

Esas flores se comunican de algún modo (diferente quizá) y se movieron hacia mí; una se alzó de pronto sobre los zarcillos y saltó: —sssssss...— Le metí la hoja en el cerebro.

Le grité al dragón, alentándolo, y lo miré con una esforzada sonrisa. El dragón lanzó un gemido de reptil. Halcón hubiese admirado esa destreza, la suya.

La crin del animal me rozó un brazo, y los dientes aplastaron una flor y unos zarcillos se le retorcieron en las comisuras de la boca. El dragón masticó un rato, decidió que no le gustaba y escupió espinas. Le arranqué dos flores más: un pie le quedó libre.

—Sssssss... —Miré hacia la derecha.

Lo que fue un error pues venía de la izquierda.

Errores así son bastante graves. Largo y espinoso me envolvió un tobillo, y tironeó tratando de hacerme caer. Por fortuna eso no es posible. De modo que hundió montones de dientes en la pantorrilla y se puso a masticar. Yo me volví y sacudí unos pétalos blancos (una flor albina) que se me quedaron en la mano. En la pantorrilla seguía el crach, crach. La mano del machete estaba levantada. La bajé, pero se me enredó en unas malezas. Algo me arañó el pescuezo. Que no es tan duro.

Tampoco lo son (pensándolo un poco): los lomos, debajo de la barbilla, entre las piernas, las axilas, detrás de las orejas; catalogué rápidamente todos los sitios tiernos. Esas malditas flores se mueven tan despacio que le dan a uno tiempo para pensar.

Entonces algo largo y violento zumbó junto a mis piernas. Los pétalos saltaron por el aire. La planta dejó de masticar y eructó nerviosamente bajando por mi tobillo.

Pinnnnn cerca de mi mano, y mi mano quedó en libertad. Me tambaleé, lancé un machetazo a otra zarza. Una rosa hinchada resbaló por una pata del dragón y se arrastró buscando dónde esconderse. Sí, se comunican, y la comunicación decía miedo y retirada. ¡Pero la música! ¡Señor, la música!

Me volví para mirar hacia arriba, a la roca.

La mañana estaba tan avanzada que ya había coloreado el cielo detrás del hombre. Una última flor todavía estorbaba en el cuerpo de la bestia. El hombre la alcanzó —ssssss... ¡pluc!— y enrolló el látigo. Me froté la pantorrilla. El dragón gimió, desafinando.

—¿Tuyo? —Señalé la bestia por encima del hombro con un dedo pulgar.

—Era. —El hombre respiraba profundamente, y el pecho chato y huesudo se le combaba con la respiración; las costillas se le abrían y cerraban como persianas—. Si vienes con nosotros es tuyo... para cabalgarlo al menos. Si no vienes es mío otra vez.

El dragón se frotó inocentemente las agallas contra mi cadera.

—¿Sabes usar el látigo de dragones? —preguntó el desconocido.

Me encogí de hombros.

—La única vez que vi estos animales fue hace seis años, cuando unos pastores se apartaron de la ruta. —Habíamos trepado todos a la Cara de Berilio y vimos cómo llevaban el rebaño de lagartos por el paso Vidrio Verde. Cuando Lo Halcón fue a hablar con ellos yo lo acompañé, y allí supe lo de las marcas y los monstruos mansos.

El desconocido me miró con una sonrisa.

—Bueno, eso fue hace tiempo y ahora se repite. Pienso que nos hemos apartado de la ruta unos veinticinco kilómetros. ¿Quieres un trabajo, y un lagarto para montar?

Miré las flores destrozadas.

—Sí.

—Muy bien, ahí tienes la montura, y tu primer trabajo es traerlo aquí con el resto de la manada.

—Oh. —(Veamos; recuerdo que los hombres iban encaramados detrás de los bultos de los lomos, con los pies metidos en los sobacos escamosos. ¿Mis pies? Se apoyaban en las dos barbas blancas de las agallas: ¡Arre! Vamos!)

Forcejeamos en el lodo unos quince minutos, siguiendo instrucciones que me gritaban desde allá arriba; y aprendí de aquel hombre maldiciones que nunca había oído. Terminamos casi riéndonos a carcajadas. El dragón estaba ahora de pie y en la orilla, y sin ninguna intención me había arrojado al agua... otra vez.

—Eh, ¿crees de veras que aprenderé a manejarlo?

El hombre me tendió una mano y me ayudó a levantarme; la otra sostuvo mi montura, la otra enroscó el látigo, y la cuarta rascó la cabeza lanuda.

—No te des por vencido. No me fue mucho mejor la primera vez. Móntalo de nuevo.

Monté, y ahora me sostuve, y corrí sacudiéndome al borde del agua, hacia arriba y hacia abajo. Desde el suelo parece fácil, pero es como si uno se sacudiera caminando en zancos.

—Estás aprendiéndole las mañas.

—Gracias —dije—. ¿Dónde está la manada, y quién eres tú?

El hombre estaba de pie en las aguas bajas, que le llegaban a los tobillos. La mañana era ahora brillante, y las gotas que yo le había salpicado le adornaban la cara y los hombros, como gemas. Sonrió y se limpió la cara.

—Araña —dijo—. ¿Y cómo te llamas tú que no entendí...?

—Lo Lobey.

Me mecí contento detrás de la joroba escamosa.

—No le digas Lo a ningún pastor del rebaño —dijo Araña—. No hace falta.

—Ni siquiera lo habría pensado si no fuese por las costumbres de mi aldea —dije.

—La manada está por allá.

Araña saltó al lomo del dragón, detrás de mí.

De pelo ambarino, cuatro brazos y algo jorobado, Araña era dos metros diez de hueso metidos en un metro ochenta de piel. Todo atado en músculos largos y estrechos. Estaba quemado de rojo y el rojo quemado de castaño, pero asomando todavía. Y cuando Araña se reía parecía que unas hojas secas se le aplastaran dentro del pecho. Rodeamos el lago caminando lentamente. Y, ¡ah, la música!

La manada, unos doscientos cincuenta dragones gemebundos (luego supe que este sonido indicaba felicidad), pastaban en una cañada, detrás del lago. En mi memoria, la juventud había idealizado a los pastores. Había de todo. Entiendo por qué no se les dice Lo, La o Le. Dos de ellos... todavía no sé cómo se sostenían en los lomos de los dragones. Pero les caí bien.

Un muchacho que era un verdadero cerebro: uno lo notaba en seguida en el brillo del ojo verde, la habilidad con el látigo, y la parsimonia con que manejaba los dragones. Sólo que era mudo. ¿Sería eso lo que me inquietaba y me hacía pensar en Friza? Te espera una tarea...

Había otro tipo; comparado con él Blanco hubiese parecido totalmente normal. Tenía algún problema de las glándulas y olía mal. Y quería contarme la historia de su vida (no tenía control motor de la boca y cuando se excitaba hablaba en una especie de chapurreo).

Yo hubiese preferido que me hablase Ojo-Verde y no Fétido. Quería saber dónde había estado, qué había visto; Ojo-Verde conocía algunas buenas canciones.

Los dragones se extravían de noche. Así que se los reúne a la mañana. A mí me habían traído junto con los animales descarriados. Al desayuno supe por Fétido que yo reemplazaba a alguien que la tarde anterior había tenido un feo y triste final.

—Aquí sobrevive la gente más rara —reflexionó Araña—. Los más raros no. Ella parecía mucho más «normal» que tú. Pero no está aquí ahora. Es una prueba.

Ojo-Verde me miró parpadeando por debajo de todo aquel pelo negro, descubrió que yo lo miraba y siguió entretejiendo el látigo.

—¿Cuándo terminarán de asarse esos huevos de dragón? —dijo Cuchillo; las manos grises palparon las piedras, alrededor del fuego.

Araña le tiró un puntapié y el pastor se alejó escurriéndose.

—Espera a que comamos todos. —Pero a los pocos minutos Cuchillo se arrastró de vuelta y se refregó contra las piedras—. El calor —murmuró, defendiéndose, cuando Araña lo pateó de nuevo—, me gusta el calor.

—Pero no te acerques a la comida.

—¿A dónde los llevan? —Señalé la manada—. ¿De dónde los traen?

—Se crían en el Pantano Caliente, a unos doscientos kilómetros al oeste de aquí. Los traemos por este camino, atravesamos la Gran Ciudad y luego seguimos hasta Molienda-del-mar. Allí se sacrifican los que son estériles; se quitan los huevos a las hembras, se inseminan, y luego traemos los huevos y los plantamos en el pantano.

—¿Molienda-del-mar? —dije—. ¿Qué hacen allá con los dragones?

—Se los comen, a casi todos. Otros son para el trabajo. Imagino que ha de ser un sitio fantástico para quien ha nacido en los bosques. He ido y venido tantas veces que aquello es como mi casa. Tengo allí techo, mujer y tres hijos, y otra familia en el Pantano.

Comimos huevos, carne de lagarto frita, cereal caliente, con mucha sal y trozos de ají. Luego me puse a tocar el machete.

¡Qué música!

Muchas melodías a la vez, casi todas iguales, pero que comenzaban en momentos distintos. Tuve que tomar un hilo y tocarlo. A las pocas notas vi que Araña me miraba sorprendido.

—¿Dónde oíste eso? —preguntó.

—Creo que lo inventé ahora.

—No seas tonto.

—Lo tenía en la cabeza. Muy confuso.

—Tócalo otra vez.

Lo toqué. Esta vez Araña se puso a silbar una de las otras melodías, de modo que las dos resplandecieron entrechocándose.

Cuando terminamos Araña dijo:

—Tú eres diferente, ¿verdad?

—Eso me dijeron. De todos modos, ¿cómo se llama esa canción? No se parece a la música que conozco.

—Es la «Sonata para cello solo de Kodaly».

El viento sacudía las retamas.

—¿La qué? —dije. Detrás de nosotros gemían los dragones.

—¿La sacaste de mi cabeza? —preguntó Araña—. No pudiste haberla oído antes, a menos que yo hubiese ido por ahí tarareándola. Y no puedo tararear un crescendo en tres claves.

—¿La saqué de ti?

—Esa música ha estado en mí durante semanas. La escuché en un concierto el verano pasado en Molienda-del-mar, la noche antes de salir para el pantano a llevar los huevos. Descubrí luego un LP en las ruinas de la antigua biblioteca de Haifa, en la sección de música.

—¿La aprendí de ti? —y de pronto todo se aclaró; por qué La Dirá sabía que yo era diferente; por qué Nativia supo que yo era diferente cuando me puse a tocar Bill Bailey. Así es como me viene la música, entonces.

Apoyé la punta del machete en el suelo.

Araña se encogió de hombros.

—No creo que todo lo saqué de otras personas —dije, frunciendo el ceño—. ¿Diferente? —Deslicé un pulgar por el filo del machete y tapé los agujeros con los dedos de los pies.

—Yo también soy diferente —dijo Araña.

—¿En qué?

—En esto.

Cerró los ojos y se le endurecieron todos los hombres.

El machete me saltó de la mano, se desprendió del suelo y giró en el aire. Luego cayó de punta, y quedó clavado en un leño y estremeciéndose, junto al fuego. Araña abrió los ojos y tomó aliento.

Yo tenía la boca abierta. La cerré.

Todos los demás pensaban que había sido muy divertido.

—Y con los animales —dijo Araña.

—¿Cómo?

—Los dragones. En cierta medida puedo mantenerlos tranquilos y juntos, y alejar de nosotros a las criaturas peligrosas.

—Friza —dije—. Tú eres como Friza.

—¿Quién es Friza?

Bajé los ojos y miré el machete. La melodía con que yo la había llorado era mía.

—Nadie —dije—, nunca más. —¡Aquella melodía era mía! Entonces pregunté—: ¿Sabes algo de Niño Muerte?

Araña puso la comida en el suelo, alzó todas las manos, y ladeó la cabeza. Las largas aberturas de la nariz se le ensancharon hasta que fueron redondas. Aparté los ojos de ese miedo. Pero los demás me observaban y tuve que mirarlo otra vez.

—¿Qué quieres saber de Niño Muerte? —dijo Araña.

—Quiero encontrarlo y... —Arrojé el machete al aire y lo hice girar como Araña, pero impulsado por la mano. Lo atrapé con un pie antes que cayese—... Bueno, quiero encontrarlo. Háblame de él.

Todos rieron. La risa comenzó en la boca de Araña, luego fue unos sonidos babeantes en Fétido, un silbido bajo en Cuchillo, gruñidos y cacareos en los otros, terminando en el ojo verde de Ojo-Verde, una luz que se apagó cuando dejó de mirarme.

—Te esperan tiempos duros —dijo Araña al fin—, pero se incorporó junto al fuego —vas en la dirección adecuada.

—Háblame de él —repetí.

—Hay un tiempo para hablar de lo imposible, pero no cuando hay trabajo que hacer.

Araña metió la mano en una bolsa de lona y me tiró un látigo.

Lo atrapé en el aire.

—Deja el hacha —dijo—. Esto canta cuando vuela.

El látigo silbó encima de mi cabeza.

Fuimos todos hacia nuestras monturas, y Araña trajo una brida y unas espuelas que se adaptaban perfectamente a aquellas jorobas y escamas; entendí por qué me había hecho montar en pelo. Gracias a la media silla y las correas cabalgar el dragón era casi agradable.

—Hacia allá —gritó Araña, y cuando nos pusimos en marcha imité a los que iban a mi lado.

Los dragones bullían a la luz del sol.

Los látigos engrasados brillaban y chasqueaban sobre las escamas, y el balanceo rítmico de la bestia se apoderó del mundo: los árboles y los montes y las retamas y las piedras y las zarzas acompañaron y batieron el movimiento como una multitud que empieza a golpear las manos y el suelo siguiendo un ritmo; la jungla, mi auditorio, aplaudió el ritmo ondulante de los lagartos.

Gemidos. Lo que significaba que iban contentos.

Silbidos a veces. Lo que significaba cuidado.

Gruñidos y maldiciones y gritos. Lo que significaba que los pastores iban también contentos.

Aprendí una cantidad increíble de cosas aquella mañana, meciéndome entre esas criaturas: cinco o seis de ellas eran los guías y el resto iba detrás. Manteniendo a los guías en la dirección adecuada no había problemas. Los dragones tienden a caminar en línea recta. Las mejores respuestas se consiguen palmeándoles las ancas. Más tarde supe que unos centros nerviosos —mayores que el cerebro— gobiernan allí los impulsos de la extremidad posterior.

Uno de los dragones guías insistía en volver atrás y molestar a una hembra muy pesada (un tumor ovárico le impedía liberarse de los huevos estériles, me explicó Araña) y nos costó mantenerlos apartados. Yo pasé mucho tiempo (imitando a Ojo-Verde) atento a los bordes de la manada, cuidando de que las criaturas distraídas no se desviasen del camino.

Comencé a entender el trabajo cuando unos veinte dragones se atascaron en un pantano de hierbabuena (un fangoso pantano de arenas movedizas, y matorrales torcidos por el viento). Araña llevó el resto de la manada alrededor de las arenas, haciendo chasquear tres látigos, mientras nosotros cinco chapaleábamos de un lado a otro entre la hierbabuena tratando de sacar a los dragones.

—No creo que haya muchos más de esos pantanos —gritó Araña cuando cabalgábamos otra vez—. Pronto cruzaremos la Ciudad, si no nos alejamos mucho del camino. Hemos estado doblando hacia el oeste.

Me dolía un brazo.

Una vez tuve veinte segundos de tranquilidad cabalgando junto a Ojo-Verde:

—¿No es un modo estúpido de desperdiciar la vida, compañero?

Ojo-Verde sonrió.

En ese momento dos dragones muy amistosos se interpusieron entre nosotros, galopando y gimiendo. La transpiración se me metía en los ojos, y un aceite me mojaba las axilas. Los arreos me ayudaban: los muslos tardaban más en ponérseme en carne viva. Apenas veía, y me guiaba más por el oído que por el ojo cuando Araña gritó:

—¡Cambio de rumbo! ¡La Ciudad a la vista!

Alcé la cabeza pero una nueva transpiración me nubló los ojos y todo onduló en el calor. Yo arreaba dragones. Las retamas disminuyeron, y empezamos a bajar una pendiente.

La tierra se desterronaba bajo las garras de los dragones. No había vegetación que mitigase la temperatura y el sol nos clavaba agujas doradas en las nucas. El suelo reflejaba el calor. Al fin, arena.

Los dragones tuvieron que ir más lentamente. Araña se detuvo y se pasó un pulgar por los párpados transpirados.

—Casi siempre entramos por la avenida MeClellan —dijo, mirando por encima de las dunas—. Pero creo que estamos más cerca de la calle Mayor. Las dos se cruzan a pocos kilómetros del centro. Nos detendremos en el cruce y descansaremos hasta el anochecer.

Los dragones cruzaban las arenas de la ciudad, y silbaban. Criaturas de pantano, no estaban acostumbradas al ambiente seco. Mientras avanzábamos por ese viejo sitio, callados y furiosos, arreando cientos de bestias, hubo un momento inesperado de horror, y me vi rodeado por una multitud de millones, constreñido por paredes, entre el hollín, el humo, y los gritos de la desaparecida raza del planeta, antigua y espantosa.

Hice silbar el látigo, alejando la imagen. La luz del sol se clavaba en la arena.

Dos dragones comenzaron a molestarse entre ellos y los separé con el látigo. Indignados, intentaron arrebatármelo a zarpazos, y no pudieron. La respiración me inundaba la garganta. Sin embargo, cuando las dos bestias se alejaron me di cuenta de que yo sonreía mostrando los dientes. Solos, nos afanamos a lo largo del día, contentos y aterrorizados.

Dejamos las aguas nocturnas del Adriático y ahora avanzamos por el estrecho hacia el Pireo. En el horizonte, a la derecha y a la izquierda, montañas monstruosamente bellas muerden el cielo. El barco navega serenamente en la mañana. Los altavoces difunden música pop francesa, inglesa y griega. El sol platea la cubierta recién lavada, arde sobre la chimenea. Compré pasaje de cubierta; me metí anoche en un camarote y dormí magníficamente. Esta mañana, otra vez afuera, me pregunto qué efecto tendrá Grecia en LIDE. El tema central del libro es el mito. Esta música es tan apropiada para el mundo en que floto ahora. Sabía lo bien que se adecuaba a la vida encapsulada de Nueva York. Estas atormentadas armonías son todavía más congruentes con el resto del mundo. ¿Cómo haré para traer a Lobey, empujando

esos sonidos, al centro de este caos brillante? Anoche me quedé bebiendo hasta tarde con los marineros griegos; en mal italiano y en peor griego hablamos de mitos. Taiki no aprendió la historia de Orfeo en la escuela ni en lecturas sino de su tía de Eleusis; ¿Dónde iré yo a aprenderla? Los marineros de mi edad querían escuchar música pop inglesa y francesa en la radio portátil. Los más viejos querían oír las canciones Frlel!as tradicionales.

—¡Canciones demóticas! —exclamó remo—. ¡Todos los jóvenes de las letras quieren morir cuanto antes pues el amor los ha tratado mal!

—Eso no pasa con Orfeo —dijo Taiki, un poco misteriosamente, levantando un poco la voz.

¿Quiso seguir viviendo Orfeo luego de perder a Eurídice por segunda vez? Cuando decidió mirar hacia atrás se le planteaba una alternativa muy moderna. ¿Cuál es la esencia musical de esa alternativa?

Diario del autor / Golfo de Corinto, noviembre de 1965

Llevo hermosos dragones
para un hermoso señor de dragones.
Un señor de hermosos dragones
y una manada de dragones.

Ojo-Verde cantó silenciosamente mientras desmontábamos. Por primera vez en mi vida oí melodía y palabras.

Me sorprendió y me volví a mirar. Pero Ojo-Verde estaba aflojando los arreos.

El cielo era un vidrio azul. Hacia el oeste las nubes tiznaban la tarde de un amarillo sucio. Los dragones arrojaban largas sombras en la arena. Las brasas brillaban en la hoguera. Murciélago estaba ya cocinando.

—McClellan y la Mayor —dijo Araña—. Hemos llegado.

—¿Cómo lo sabes? —dije.

—He estado aquí antes.

—Oh.

Los dragones estaban empezando a pensar que nos habíamos detenido. Muchos se habían echado en el suelo.

Mi cabalgadura (a la que yo inadvertidamente había puesto un nombre impublicable; las repeticiones del día habían fijado el mote. La llamaremos pues «mi cabalgadura») me hocicueó afectuosamente el pescuezo, me tiró casi al suelo, apoyó el mentón en la arena, plegó las patas de adelante y dejó caer las partes traseras donde correspondía. Así lo hacen los dragones. Sentarse, quiero decir.

Diez pasos y pensé que no caminaría más. Me até el látigo alrededor de la cintura, me acerqué todo lo que pude a la comida sin pisar a nadie y me senté. Los músculos fatigados de las piernas se me doblaban como sacos de agua. Las provisiones y el equipaje estaban amontonados a un lado. Araña estaba acostado encima de todo con una mano colgando en el borde. Le miré la mano a través del fuego: porque estaba frente a mí, eso es todo. Y aprendí muchas cosas de Araña.

La mano era grande, y le salía de una muñeca nudosa. Tenía la piel agrietada entre el pulgar y el índice, como una piedra, y unas líneas de barro le cruzaban los nudillos: tierra empapada de sudor. El duro trabajo con los dragones le había encallecido la palma, debajo de los dedos ásperos. Pero también había un callo en el dedo del medio, a la altura de la primera articulación del lado del índice. Eso viene de escribir con algo. La Dira tenía un callo así y le había preguntado una vez. Tercero, en las puntas de los dedos (pero no del pulgar; era una mano izquierda) había sitios lisos y brillantes: eso viene de tocar un instrumento de cuerdas, guitarra, violín, violoncelo quizá. A veces, cuando toco con otras personas lo noto. De modo que Araña arrea manadas de dragones. Y escribe. Y toca música...

Mientras estaba allí, sentado, se me ocurrió lo difícil que era respirar.

Librodot

Comencé a pensar en árboles.

Tuve un momento la pesadilla de que Murciélago nos daría algo tan difícil de comer como cangrejos con caparazón y alcachofas hervidas.

Me apoyé en un hombro de Ojo-Verde y dormí.

Supongo que él también durmió.

Desperté cuando Murciélago levantó la tapa de la olla El aroma me hizo abrir la boca, se me metió en la garganta, me apretó el estómago y me lo retorció. No sabía bien si era una sensación placentera o dolorosa. Seguí sentado, moviendo las mandíbulas, con un dolor en la garganta. Me incliné hacia adelante, de rodillas, y apreté arena en los puños.

Murciélago sirvió el guiso en unos cuencos, deteniéndose de vez en cuando para quitarse el pelo de los ojos. Me pregunté cuánto pelo habría en el guiso. En verdad no me importaba. Era sólo curiosidad. Murciélago nos pasó los cuencos humeantes y yo me puse el mío entre las piernas cruzadas. Luego vino una hogaza de pan chamuscado. Cuchillo partió un pedazo y la masa esponjosa asomó a través de una veta dorada en la corteza. Arranqué un trozo y me di cuenta de la fatiga que tenía en los hombros y en los brazos y casi me da un ataque de risa. Estaba demasiado cansado para comer, demasiado hambriento para dormir. Junto con esta paradoja el sueño y la comida dejaron la categoría de placer, que era donde yo siempre los había puesto, y se transformaron en obligaciones, partes de ese trabajo loco en el que yo, parecía, estaba metido. Mojé el pan en el guiso, lo llevé a la boca, mordí, y me estremecí.

Tragué la mitad antes de notar que estaba demasiado caliente. Yo tenía hambre, hambre más allá de toda necesidad... es terrible tanta hambre.

Ojo-Verde se metía algo en la boca con el pulgar.

Ese fue el otro único sonido humano que escuché durante la comida hasta que Fétido balbuceó:

—¡Más!

Cuando me sirvieron la segunda porción, fui más despacio y miré alrededor. Uno puede decir cómo es la gente por la forma en que comen. Recordé la cena que Nativia nos había preparado. Oh, qué distinta aquella comida. ¿Había pasado un día, dos?

—Saben —gruñó Murciélago, viendo cómo desaparecía la comida—, hay postre.

—¿Dónde está? —dijo Cuchillo, terminando la segunda porción y estirando la mano hacia el pan, en la oscuridad.

—Primero un poco más de comida-comida —dijo Murciélago—; que me lleve el diablo si vas a comer tan rápido mi postre.

Murciélago se inclinó hacia adelante, le quitó el cuenco a Cuchillo y lo llenó; las manos grises se cerraron sobre el borde de lata y desaparecieron de nuevo en la oscuridad. Ruidos de masticación obstinada.

Araña, callado hasta ahora, levantó los ojos plateados, parpadeando.

—Un buen guiso, cocinero.

Murciélago miró de reojo.

Araña que arrea dragones; Araña que escribe; Araña que lleva la música multiplicada de Kodaly en la cabeza: bueno recibir un elogio de un hombre así.

Miré a Araña y a Murciélago, y otra vez a Araña. Deseé haber dicho un buen guiso porque lo era, y porque decirlo hacía sonreír así a Murciélago. Lo que dije, con palabras desfiguradas por aquel increíble azote del hambre, fue:

—¿Qué es postre?

Creo que Araña era una persona más grande que yo. Como les decía, esa clase de hambre es aterradora.

Murciélago sacó del fuego, con unos trapos, un plato de cerámica.

—Torta de grosellas. Cuchillo, alcánzame el ron.

Oí que la respiración de Ojo-Verde cambiaba de tempo. La boca se me hizo agua otra vez. Miré, observé cómo la cuchara de Murciélago echaba las moras en los cuencos.

—¡Cuchillo, aparta esos dedos!

—...sólo quería probar. —Pero la mano gris se retiró. Las llamas iluminaron una lengua que mojaba unos labios.

Murciélago le alcanzó un cuenco a Cuchillo.

Araña fue el último en recibir el postre. Sin embargo lo esperamos para empezar, ahora que ya habíamos enlosado el fondo del pozo.

—Noche... arena... y dragones —murmuró Fétido—. Sí.

Lo que era muy oportuno.

Yo acababa de sacar el machete para tocar cuando Araña dijo:

—Esta mañana preguntabas por Niño Muerte.

—Cierto. —Puse el machete en el regazo—. ¿Tienes algo que decirme?

Los otros callaron.

—Le hice un favor al Niño una vez —dijo Araña, pensativo.

—¿Cuando estaba en el desierto? —dije, pensando qué clase de persona hay que ser para ser distinto y hacerle favores a Niño Muerte.

—Cuando acababa de salir del desierto —dijo Araña—. Estaba escondido en un pueblo.

—¿Qué es un pueblo? —pregunté.

—¿Sabes lo que es una aldea?

—Sí. Vengo de una.

—Y sabes lo que es una ciudad. —Araña mostró la arena alrededor—. Bueno, una aldea crece y crece hasta que se convierte en pueblo; luego el pueblo crece y crece hasta que se convierte en ciudad. Pero este era un pueblo fantasma. Eso significa que era muy viejo, que había pertenecido a la antigua gente del planeta. Había dejado de crecer. Todos los edificios tenían grietas, las alcantarillas se habían derrumbado, las hojas muertas volaban por las calles, amontonándose al pie de los faroles; una fábrica abandonada, ratas, culebras, tiendas: esas son las cosas que hay en un pueblo. También los parias más sucios y ruines de una docena de especies, de una perversidad que ninguna inteligencia alcanzaría a concebir. Porque si hubiera detrás una inteligencia, serían los decadentes y altivos señores del mal, y dominarían el mundo en vez de revolcarse en la basura de un pueblo fantasma. Son criaturas que uno no pondría en una kaula.

—¡Qué hiciste por él? —dije.

—Maté a su padre.

Fruncí el ceño.

Araña se limpió un diente con los dedos.

—Era un detestable gusano, de tres ojos, que pesaba ciento cincuenta kilos. Sé que había asesinado por lo menos a cuarenta y seis personas. En tres ocasiones trató de matarme, mientras yo vagaba por el pueblo. Una vez con veneno, una vez con una llave para tuercas, una vez con una granada. Las tres veces erró, y mató a algún otro. Había engendrado un par de docenas, un número bastante inferior al de sus víctimas. Una vez, cuando estábamos en buenas relaciones, me dio una de sus hijas. La mató y la cocinó él mismo. En el pueblo escasea la carne fresca. No contó con que uno de sus varios hijos enkaulados, que había abandonado a miles de kilómetros, lo seguiría desde el desierto. Tampoco contó con que el niño fuese un genio criminal, un psicótico, una criatura totalmente diferente. El Niño y yo nos encontramos en el pueblo, donde el padre vivía lo mejor posible, dentro de los límites de un estercolero. El Niño tendría entonces unos diez años.

»Yo estaba sentado en un bar, escuchando a unos que se jactaban y fanfarroneaban, mientras había una lucha en la esquina. El perdedor sería la cena. Entonces aparece este flaco de pelo de zanahoria y se sienta en una pila de trapos. Se pasó casi todo el tiempo con la vista clavada en el suelo, de modo que para verle los ojos había que espiar entre unos velos dorados. Tenía la piel blanca como el jabón. Miró la pelea, escuchó las fanfarronadas, y en un momento dibujó algo en el polvo con el dedo gordo de un pie. Cuando la conversación se hacía aburrida, se rascaba un codo y hacía muecas. Cuando las historias eran insólitas y fascinantes, se ponía muy tieso, entrelazaba las manos, y bajaba los ojos. Escuchaba como un

ciego. Al fin las historias se acabaron, y él se fue. Entonces alguien susurró: ¡Ése era Niño Muerte! y todo el mundo se quedó quieto. Ya tenía una buena reputación.

Ojo-Verde se me había acercado un poco más. Hacía frío en la Ciudad.

—Un poco después, mientras paseaba por el pueblo —siguió diciendo Araña—, lo vi nadando en el lago del parque.

»Eh. Hombre-araña, me gritó desde el agua.

»Fui hasta allí y me agaché al borde del lazo: Hola, niño.

»Tienes que matarme a mi padre. Estiró un brazo y me tomó por un tobillo. Traté de soltarme. El Niño se echó hacia atrás hasta cruz el agua le cubrió la cara y asomaron unas burbujas: Tienes que hacerme este pequeño favor. Araña. Tienes que hacerlo.

»Se le pegó una hoja al brazo. Si tú lo dices. Niño.

»Ahora estaba de pie en el agua, con el pelo aplastado contra la cara, huesoso, pálido, y mojado. Lo digo.

»¿Te importa si te pregunto por qué? Le aparté el pelo de la frente. Quería ver si era real: dedos fríos en mi tobillo; pero mojado bajo mi mano.

»El Niño sonrió, inocente como un cadáver. No me importa. Tenía arrugados los labios, las tetillas, las cutículas de las garras. En este mundo queda todavía mucho odio, Hombre-araña. Cuanto más fuerte es uno, más sensible está a esos recuerdos que rondan todavía en montes, ríos, mares y junglas. ¡Y yo soy fuerte! Oh, nosotros no somos humanos, Araña. La vida y la muerte, lo real y lo irracional no son lo que fueron para la pobre raza que nos ha dejado este mundo. Nos dicen a los jóvenes, me lo dicen incluso a mi, que antes que llegaran aquí los padres de nuestros padres, el amor, la vida, la materia y el movimiento no nos concernían. Pero hemos tomado un nuevo hogar, hay que agotar el pasado, si queremos acabar con el presente. Tenemos que agotar lo humano en nosotros, para mudarnos a nuestro propio futuro. El pasado me aterra. Por eso tengo que matarlo... por eso tienes que matármelo.

»¿Estás tan atado a ese pasado, Niño?

»El Niño asintió. Desátame, Araña.

»¿Qué pasa si no lo hago?

»Se encogió de hombros. Tendré que matarte a ti... a todos. Suspiró. En el fondo del mar hay tanto silencio... tanto silencio, Araña. Susurró: ¡Mátalo!

»¿Dónde está?

»Se pasea por la calle, tambaleándose, mientras los mosquitos le envuelven la cabeza, como una nube de polvo a la luz de la luna; arrastra un talón por el hilo de agua, a lo largo del canal que asoma al pie del vicio muro de la iglesia; se detiene y se apoya, ladeando, en el museo...

»Está muerto, dije. Abrí los ojos. Desprendí de las vigas una plancha de cemento para que resbalase y...

»Hasta pronto. El Niño sonrió y se sumergió otra vez en el charco. Gracias. Tal vez un día pueda hacer algo por ti, Araña.

»Tal vez. dije. El Niño se hundió en la espuma plateada. Yo volví al bar. Estaban asando la cena.

Luego de un rato hablé:

—Debes de haber vivido bastante tiempo en el pueblo.

—Demasiado —dijo Araña—. Si llamas vivir a eso.

Se incorporó y miró alrededor de las llamas.

—Lobey, Ojo-Verde, vigilarán la manada en la primera guardia. Dentro de tres horas despierten a Cuchillo y a Fétido. Yo y Murciélago haremos el último turno.

Ojo-Verde se levantó a mi lado. Yo también me puse de pie, mientras los otros se preparaban para dormir. Mi cabalgadura dormitaba. Había salido la luna. Unas luces fantasmales corrían por los espinazos jorobados de las bestias. Las piernas doloridas, los brazos duros, subí a mi cabalgadura, y junto con Ojo-Verde comencé a rondar la manada. El látigo se balanceaba junto a mi pierna mientras cabalgábamos.

—¿Cómo los ves?

No esperaba una respuesta. Pero Ojo-Verde se frotó el estómago con una mano tiznada.

—¿Hambrientos? Sí, creo que tienen hambre en toda esta arena. —Miré al joven delgado y sucio que se mecía detrás de la joroba escamosa—. ¿Tú de dónde eres? —pregunté.

Ojo-Verde me sonrió instantáneamente.

Nací de una madre solitaria
sin padre ni hermana ni hermano

Alcé los ojos, sorprendido.

Ella me espera a la orilla del agua
mi madre, mi madre de Molienda-del-mar

—¿Eres de Molienda-del-mar? —dije.

Ojo-Verde asintió.

—Entonces regresas.

Otro cabezazo.

Cabalgamos en silencio hasta que al fin me puse a tocar, con dedos cansados. Ojo-Verde cantó algunas cosas más mientras nos movíamos bajo la luna.

Me enteré de que la madre de Ojo-Verde era una verdadera dama en Molienda-del-mar, parienta de muchos importantes líderes políticos. A Ojo-Verde lo habían mandado a cuidar dragones durante un año, junto con Araña. Ahora volvía por fin a la casa materna; y este año de viajes y de trabajo era una especie de rito de pasaje. Había muchas cosas que yo no entendía en aquel muchacho delgado, peludo como un matorral, tan hábil con el rebaño.

—¿Yo? —dije, cuando me interrogó aquel ojo, a la última luz de la luna—. No tengo tiempo para las elegancias de Molienda-del-mar, tal como la describes. Me gustará verla, de paso. Tengo cosas que hacer.

Una pregunta muda.

—Busco a Niño Muerte, para recobrar a Friza, y detener a eso que está matando a todos los diferentes. Quizá signifique detener a Niño Muerte.

Ojo-Verde asintió.

—Tú no sabes quién es Friza —dije—. ¿Por qué dices que sí?

Ojo-Verde alzó la cabeza de un modo extraño; luego miró de través a la manada.

—Soy diferente, y así cuando canto traigo palabras para los cantantes.

Asentí con un movimiento de cabeza, y pensé en Niño Muerte.

—Lo odio —dije—. Tengo que aprender a odiarlo más, para poder encontrarlo y matarlo.

No hay muerte, sólo amor.

Eso me llegó oblicuamente.

—¿Cómo dijiste?

No quiso repetirlo. Y así pensé más en la frase. En la cara sucia de Ojo-Verde había ahora una mirada triste. Sobre el horizonte, unas nubes oscurecieron la luna abultada. Los hilos de sombra que le cruzaban a Ojo-Verde la maraña de pelos se le ensanchaban en el resto de la cara. Parpadeó; me volvió la espalda. Terminamos el recorrido, arreamos de vuelta dos dragones. La luna, descubierta otra vez, era una pulida articulación ósea, incrustada en el cielo. Despertamos a Cuchillo y a Fétido, que se levantaron y montaron los dragones.

No había otro color que el de las brasas. Y durante un momento, cuando Ojo-Verde se agachó para mirar una figura que serpeaba en las cenizas, la luz le dio en la cara de un solo ojo. Se tendió junto al fuego.

Yo dormí bien, pero me despertó un movimiento antes del alba. La luna se había puesto. La luz de las estrellas empalidecía la arena. Las brasas estaban apagadas. Un dragón silbó. Dos gimieron. Silencio. Cuchillo y Fétido volvían. Araña y Murciélago estaban levantándose.

Me dormí y volví a despertar cuando sólo había un tinte de luz azul en las dunas orientales. El dragón de Murciélago caminó alrededor del fuego. El de Araña lo siguió pesadamente. Alcé la cabeza, apoyándome en los codos.

—¿No duermes? —dijo Araña.

—¿Eh?

—Repasaba otra vez la cosa de Kodaly.

—Oh. —Podía oírla venir, sobre la arena fría—. Espera. —Me puse de pie. Comenzaban otra ronda—. Un segundo. Voy con ustedes. Quiero preguntarte algo. Ya estaba por levantarme.

Araña no esperó pero yo salté en mi dragón y los alcancé.

Me puse al lado de Araña, que rió débilmente.

—Espera a estar aquí unos días. No perderás por nada esos minutos finales de sueño.

—Me duele demasiado el cuerpo para dormir —dije, aunque aquel trote lento empezaba a aflojarme. Tenía las articulaciones duras de frío.

—¿Qué querías preguntarme?

—Sobre Niño Muerte.

—¿Qué quieres saber?

—Tú dices que lo conociste. ¿Dónde puedo encontrarlo?

Araña calló. Mi cabalgadura resbaló en el camino y recuperó el equilibrio antes que Araña respondiese.

—Aunque pudiera decírtelo, aunque decírtelo sirviese de algo, ¿qué obligación tengo? El Niño podría acabar así contigo. —El látigo chasqueó en la arena; volaron unos granos—. No creo que al Niño le guste que yo ande por ahí diciendo dónde está a la gente que quiere matarlo.

—Supongo que no importaría mucho si es tan fuerte como dices.

Pasé el pulgar por la boquilla del machete.

Araña alzó algunos de los hombros.

—Quizá no. Pero como te decía el Niño es amigo mío.

—A ti también te tiene bajo el talón, ¿eh? —No es fácil herir con una frase gastada. Lo intenté.

—Algo parecido —dijo Araña.

Toqué con el látigo a un dragón que parecía estar pensando en irse. El dragón bostezó, sacudió las crines, y se echó de nuevo.

—Creo que en cierto sentido también me tiene a mí. Dijo que yo trataría de buscarlo hasta haber aprendido bastante. Luego yo trataría de huir.

—Está jugando contigo —dijo Araña. Tenía una sonrisa burlona.

—En realidad nos tiene dominados a todos.

—Algo parecido —dijo otra vez Araña.

Fruncí el ceño.

—Algo parecido no es todos.

—Bueno —dijo Araña, mirando en una dirección que no era la mía—, hay unos pocos a los que no puede tocar, como su padre. Por eso tuvo que obligarme a matarlo.

—¿Quiénes?

—Ojo-Verde es uno. La madre de Ojo-Verde también.

—¿Ojo-Verde? —repitiendo el nombre yo había hecho una pregunta. Quizá Araña no me oyó. Quizá decidió no contestar.

Por lo tanto le hice otra:

—¿Por qué Ojo-Verde tuvo que irse de Molienda-del-mar? Me lo explicó a medias anoche, pero no entendí bien.

—No tiene padre —dijo en seguida Araña que parecía preferir este tema.

—¿No pueden llevar un registro de paternidad? Los médicos viajeros lo hacen siempre en mi aldea.

—No dije que no saben quién es el padre. Dije que no tenía padre.

Lo miré perplejo.

—¿Cómo estás en genética?

—Puedo dibujar un mapa de factores dominantes —dije.

La mayoría de la gente, aun en las aldeas más pequeñas, conocía genética, aunque no supiese sumar. El sistema humano de cromosomas era tan ineficiente en el nivel de radiación de entonces que la genética había llegado a ser una disciplina de supervivencia. Me he preguntado a menudo por qué no habremos inventado un método de reproducción más compatible con nuestra división (creo-que-usted-la-llamaría-sexual) triple. Pereza, nada más.

—Continúa —le dije a Araña.

—Ojo-Verde no tuvo padre —repitió.

—¿Partenogénesis? —dije—. Es imposible. El cromosoma que distingue el sexo lo lleva el macho. Las hembras y los andróginos sólo producen hembras. Ojo-Verde tendría que ser mujer, con cromosomas haploides, y estéril. Y ciertamente no es una mujer. —Pensé un momento—. Por supuesto, si fuera un pájaro sería diferente. En ese caso es la hembra la que lleva el cromosoma del sexo. —Miré por encima de la manada—. O un lagarto.

—Pero no es eso —dijo Araña.

Coincidí.

—Es asombroso —dije, mirando el fuego donde dormía el asombroso muchacho.

Araña asintió.

—Cuando nació vinieron a verlo sabios de todas partes. Es haploide. Pero es del todo potente y del todo macho, aunque una vida de acoso lo ha inclinado a la castidad.

—Qué lástima.

Araña asintió.

—Si participara activamente de las orgías del solsticio, o hiciese algún sacrificio propiciatorio en las celebraciones otoñales de las cosechas, evitaría parte del problema.

Alcé una ceja.

—¿Cómo se sabe que no participa en las orgías? ¿En Molienda no las hacen en la oscuridad, cuando no hay luna?

Araña lanzó una carcajada.

—Sí, pero en Molienda-del-mar se han transformado en hábitos refinados; se practican con inseminación artificial. Se da bastante publicidad a la entrega del semen, sobre todo si procede de un hombre de familia importante.

—Suena bastante frío e impersonal.

—Sí, pero funciona. Cuando una ciudad tiene más de un millón de personas, no basta con apagar las luces y dejar que todos corran desenfrenados por las calles como en una pequeña aldea. Probaron eso un par de veces, allá cuando Molienda-del-mar era mucho más chica, y aún entonces los resultados fueron...

—¿Un millón de personas? —dije—. ¿Hay un millón de personas en Molienda-del-mar?

—Cuando hicieron el último censo había tres millones seiscientas cincuenta mil.

Lancé un silbido.

—Es mucho.

—Más de lo que puedes imaginar.

Miré la manada de dragones; sólo un par de cientos.

—¿A quién le interesa participar en una orgía de inseminación artificial? —pregunté.

—En una sociedad más grande —dijo Araña— hay que hacer así las cosas. Hasta que haya un equilibrio general del depósito genético, lo único acertado es conseguir que los genes se mezclen, se mezclen y se mezclen. Pero nos hemos vuelto sectarios, más en los sitios como Molienda-del-mar que en las montañas. Cómo lograr que la gente no tenga más que un hijo de la misma pareja. En una apartada aldea de los bosques todo se arregla con unas pocas noches de licencia. En Molienda todo ha de ser verificado por computación matemática. Y se sabe de familias que duplicarían en seguida el número de hijos si se les diera media oportunidad. De

cualquier manera Ojo-Verde no se mete en lo que no le importa, y dice a veces cosas muy desconcertantes a las personas menos indicadas. El hecho de que sea diferente e inmune a Niño Muerte, de familia respetada, y bastante reservado en cuanto a costumbres rituales, ha hecho de él una persona muy controvertida. Todo el mundo echa la culpa al nacimiento partenogenético.

—Eso es mal mirado hasta en el sitio de donde vengo —le dije a Araña—. Significa que la estructura genética es idéntica a la de la madre. Así no se va a ninguna parte. Si eso ocurre muy seguido, en un abrir y cerrar de ojos volveremos todos al gran rock y al gran roll.

—Hablas como uno de esos tontos solemnes de Molienda-del-mar. —Araña parecía molesto.

—¡Es exactamente lo que me enseñaron!

—Piensa. Cada vez que lo dices, Ojo-Verde se acerca un poco más a la muerte.

—¿Qué?

—Ya intentaron matarlo. ¿Por qué crees que lo mandaron lejos?

—Oh —dije—. ¿Entonces por qué vuelve?

—Porque quiere volver. —Araña se encogió de hombros—. Y si es así, no puedo impedírselo.

Lancé un gruñido.

—Por lo que veo Molienda-del-mar no parece un sitio muy interesante. Demasiada gente, la mitad de ella loca, y ni siquiera saben cómo tener una orgía. —Tomé el machete—. No puedo perder tiempo en disparates.

De Araña salía una música fúnebre. Toqué sonidos agudos, alegres.

—Lobey.

Volví a mirarlo.

—Sucede algo, Lobey, algo que ya sucedió antes, cuando los otros estaban aquí. Muchos estamos preocupados. Tenemos las historias de lo que pasó, de lo que vino después, y esto quizá sea grave. Puede hacernos daño a todos.

—Estoy cansado de las viejas historias —dije—, las historias de ellos. No somos ellos; somos nuevos, nuevos en este mundo, en esta vida. Conozco las historias de Lo Orfeo y de Lo Ringo, las únicas que me interesan. Tengo que encontrar a Friza.

—Lobey...

—Esa otra no me importa. —Saqué una nota estridente—. Despierta a los pastores. Hay que arrear dragones.

Me adelanté galopando en mi cabalgadura. Araña no me llamó más.

Antes que el sol llegara a lo más alto, el borde de la Ciudad asomó en el horizonte. Mientras balanceaba el látigo en un mediodía de calor deficiente, permuté las últimas palabras del muchacho, y los pensamientos acompañaban el ritmo. Si había muerte ¿cómo podría recobrar a Friza? Que el amor bastaba, si era sabio, coherente y osado. Pensé en La Dira, que habría dicho (los dragones pasaron de arenas calientes a lomas frondosas) no hay muerte, sólo ritmo. Cuando la arena enrojeció detrás de nosotros, y las bestias tambaleantes pisaron tierra más firme y aceleraron el paso, saqué el machete y toqué. La Ciudad estaba detrás de nosotros.

Ahora los dragones galopaban fácilmente en el retamar. Un arroyo bordeaba las lomas nudosas y las bestias se detuvieron a mojarse las cabezas, restregando los pies en la orilla, atravesando hierba, atravesando arena, hasta la tierra oscura. El agua les lamió las rodillas, se enturbió cuando las bocas arrancaron plantas acuáticas. En una rama se meneaba una mosca, arreglándose el prisma quebrado de un ala (del tamaño de uno de mis pies), y pensando una música lineal de artrópodo. La toqué para ella en el machete, y la mosca volvió hacia mí el cuenco rojizo del ojo y susurró un elogio asombrado. Los dragones echaban las cabezas hacia atrás, gargarizando. No hay muerte. Sólo música.

Mientras caminaba a lo largo del estremecido sotavento, le resplandecía en la cabeza el encarnado silicato; al corazón se extendieron los vapores azules; se retorció con dolores tenebrosos y últimos. Cuando las llamas le consumieron la sangre de la vida, se desplomó como un montón de cenizas en la llanura.
Thomas Chatterton / Metamorfosis inglesa

—He aquí un ejemplo de exquisitez de gusto —dijo Durcet—. Y bien, Curval, ¿qué te parece?
—Maravilloso —respondió el presidente—; ahí tienes a un individuo que desea familiarizarse con la idea de la muerte, y perderle así el miedo, y que para lograrlo no ha encontrado nada mejor que asociarla a una idea libertina...
...Sirvieron la cena, siguieron las orgías de costumbre, la familia se retiró a dormir.
Marqués de Sade / Los 120 días de Sodoma

...cada burbuja contiene un ojo de agua completo.
Samuel Greenburg / Las burbujas de vidrio

Luego a las quebradas.

—Esto —Araña detuvo el dragón en la tarde de esquisto— es las quebradas. —Arrojó un pedrusco por encima del borde, al vacío. La piedra desapareció en el cañón. A nuestro alrededor los dragones estiraban el cuello, observando con curiosidad el granito, los riscos avetados, los abismos), aflojando el paso ahora. Las nubes empañaban el sol. Una neblina cálida flotaba alrededor de las rocas. Yo iba probando primero un músculo y luego otro, contra el hueso, para que el mal saliera de la pierna. La mayor parte del dolor (sorpresa) había desaparecido. Serpeamos entre las piedras; piedras fabulosas, y piedras simples.

Los dragones marchaban ahora a medio compás.

Araña dijo que quizá estábamos a unos cuarenta kilómetros de Molienda-del-mar. El viento nos calentaba las caras. Había vetas de vidrio en la roca. Cinco dragones iniciaron un forcejeo en la pizarra. Uno era la hembra del tumor. Ojo-Verde y yo nos acercamos desde lados opuestos. Araña estaba muy atareado a la cabeza de la manada; el alboroto ocurría cerca de la cola. Algo los había asustado, y galopaban ahora cuesta arriba. No se nos ocurrió que algo podía andar mal; se suponía que Araña (y Friza) estaba ahí para evitarlo. (Oh, Friza, ¡te buscaré en el eco de todas las piedras de duelo, de todos los árboles de alabanza!) Fuimos tras ellos.

Los dragones se escabullían entre cantos rodados. Les grité. Los látigos restallaron. Eran más rápidos que nosotros. Tuvimos la esperanza de que pelearan otra vez. Los perdimos por un minuto, luego oímos los siseos, detrás de las rocas, más abajo.

El cielo estaba tiznado de nubes; más adelante el agua barnizaba el sendero. Al cruzar por la roca mojada, mi cabalgadura resbaló.

Salí disparado, rasguñándome una cadera y un hombro. Oí que el machete se alejaba saltando ruidosamente en la piedra. El látigo se me había enredado alrededor del pescuezo. Durante un momento pensé que me ahorcaba. Rodé por una pendiente, traté de hacer pie y me rasguñé todavía más. Luego caí por el borde de algo. Extendí las manos y los pies buscando alguna cosa de qué tomarme. Golpeé boca abajo contra una piedra. Perdí el aliento en alguna parte, y tardó mucho en volverme a los pulmones. Al fin me bajó rugiendo a la garganta, en boqueadas, y giró en torbellino dentro del pecho magullado. ¿Costillas rotas? Sólo dolor. Y un nuevo rugido cuando volví a respirar. Los ojos se me llenaron de lágrimas.

Me tomé de una piedra con la mano izquierda, de una enredadera con la derecha; el pie izquierdo apretaba las raíces flojas de una plantita. La pierna derecha colgaba en el aire. Y yo sabía que hasta abajo había un largo camino.

Me froté un ojo contra el hombro y miré hacia arriba:

Sobre mi cabeza, el borde del sendero.

Encima, un cielo irritado.

¿Sonidos? El viento en las retamas, en algún sitio. No había música.

Mientras miraba comenzó a llover. A veces ocurren catástrofes dolorosas. Luego sigue algo pequeño, quizá agradable, y uno llora. Como la lluvia. Lloré.

—Lobey.

Miré de nuevo.

Arrodillado en una saliente de roca, a pocos metros sobre mi cabeza y a la derecha, estaba Niño Muerte.

—¿Niño?

—Lobey —dijo, apartándose el pelo mojado de la cara—. Pienso que puedes mantenerte ahí veintisiete minutos, antes de caer agotado al vacío. Esperaré pues veintiséis minutos antes de intentar salvarte la vida. ¿De acuerdo?

Tosí.

Viéndolo así de cerca pensé que tendría dieciséis o diecisiete años, o tal vez veinte con carita de niño. Tenía arrugada la piel en las muñecas, el pescuezo, y debajo de los brazos.

La lluvia seguía goteándome en los ojos; me ardían las palmas de las manos, y lo que me sostenía se estaba poniendo resbaladizo.

—¿Viste alguna buena del Oeste? —Niño Muerte meneó la cabeza—. Qué lástima. No hay nada que me guste más que una del Oeste.

Se pasó el dedo índice por debajo de la nariz, y aspiró. La lluvia le bailaba en los hombros cuando se inclinaba hacia adelante para hablarme.

—¿Qué es «una del Oeste»? —dije. Todavía me dolía el pecho—. ¿Y de veras me vas a dejar... —tosí otra vez— ...colgado aquí veintiséis minutos?

—Es una forma de arte de la vieja raza, los humanos, de antes que viniéramos nosotros —dijo Niño Muerte—. Y sí, te dejaré colgado. La tortura es también una forma de arte. Te rescataré en la última escena. Mientras, quiero mostrarte algo.

Señaló el borde del camino de donde yo había caído.

Friza, mirando hacia abajo.

Se me cortó la respiración. El dolor me estalló en el pecho, y en mis ojos desorbitados ardió la lluvia. Cara morena, hombros delgados y húmedos. Alzó la cabeza (bajo mi vientre resbalaban guijarros, el látigo me envolvía todavía el pescuezo, y el mango oscilaba golpeándome un muslo) para que el agua le entrase en la boca. Miró otra vez y la vi (¿oí?) extrañada por haber vuelto a la vida, confundida por la lluvia, esas rocas torcidas, esas nubes. La gloria batía detrás de aquellos ojos, sobre mí. Una voz articulada, y ella hubiese gritado mi nombre; me vio, y en un impulso me extendió una mano (¿oí el miedo?).

—¡Friza!

Fue un grito.

Tú y yo sabemos qué palabra grité. Pero ningún otro que escuchase el sonido áspero que me salió de los pulmones lo habría reconocido.

Todo eso, entiéndelo, en el tiempo que se tarda en abrir los ojos a la lluvia, lamer la gota que cayó en un labio, luego atender a lo que hay delante y descubrir que es alguien que amas y está a punto de morir y trata de gritar tu nombre. Eso hizo Friza allí, al borde del camino.

Y yo seguí gritando. Y Niño Muerte reía entre nosotros. Friza empezó a buscar a la derecha y la izquierda un camino para bajar. Subió, desapareció, volvió un momento después, y dobló una planta sobre el borde del camino.

—¡No, Friza!

Pero Friza ya descendía; los pies venían desprendiendo tierra y guijarros. Al fin, cuando estuvo colgando del borde mismo, la línea oscura del cuerpo doblada sobre la roca, tomó el mango del látigo —no con las manos ni con los pies, sino más bien como cuando había tirado aquella piedra, como Araña cuando había empujado un trozo de cemento—; tomó el mango, que me rozaba un muslo, lo alzó y tiró, trabajosamente, hasta que la lluvia le brilló en los costados, y ató el mango a la planta, arriba de la primera horcadura. Luego trepó,

retrocediendo: sacudida de un brazo, arriba un momento, sacudida, arriba, sacudida, de un punto de apoyo a otro, hacia el camino. No podía sacármelo de la cabeza: aquí ella despierta, después de cuántos días de muerte, y sólo tiene un instante de gloria antes de precipitarse a rescatar una vida que escapa ahí abajo. Todo lo hacía para salvarme. Quería que yo me tomara del látigo, trepando así hasta el árbol, y luego por el árbol hasta el camino. La lastimaba y la amaba; me aguanté y no caí.

Niño Muerte todavía reía. Apuntó a la cima del árbol torcido.

—¡Quiébrate! —susurró.

El árbol se quebró.

Friza cayó, soltando inmediatamente la rama; manoteando la piedra mientras caía, alcanzando la tira de cuero que me colgaba del pescuezo, y soltándola.

La soltó porque me hubiera arrastrado al precipicio.

—¡Bese...! ¡Bese...! —dijo Niño Muerte, imitando la voz de una cabra. Luego la risita de antes.

Golpeé la cara contra la pizarra.

—¡Friza! —No, nadie hubiese entendido lo que aullé.

La música de Friza estalló junto con su cabeza en las rocas del cañón, treinta metros más abajo.

Roca. Piedra. Traté de convertirme en la roca en que me apoyaba. Traté de ser una piedra. Menos destrozado por esa doble muerte, me hubiera dejado caer. Si ella no hubiese muerto tratando de salvarme, yo habría muerto con ella. Ahora, no podía permitir que ella fracasara.

Mi corazón era el rock. Mi corazón era el roll.

Entumecido, seguí colgado sobre el abismo un tiempo fuera del tiempo, hasta que las manos empezaran a soltarse, resbalando.

—Está bien. Arriba.

Algo me tomó de las muñecas y tiró con fuerza, alzándome. Los hombros me sonaban como gongos de dolor debajo de los oídos. Dejé de ver mientras me arrastraban y me dejaban caer sobre unos guijarros. Parpadeé y tomé aliento. Niño Muerte me había llevado de algún modo con él al borde del precipicio.

—Acabo de salvarte la vida —dijo Niño Muerte—. ¿No estás contento de conocerme?

Me eché a temblar. Iba a desmayarme.

—Estás a punto de gritarme: «¡La mataste!» —dijo Niño Muerte—. Y eso es lo que ocurrió: la maté. Y quizá tenga que hacerlo otra vez antes que te des cuenta...

Me abalancé sobre él, y era inevitable que resbalara y cayera al vacío. Pero Niño Muerte me sostuvo con una mano mojada, fuerte, y me abofeteó con la otra. Había dejado de llover.

Quizá hizo más que abofetearme.

El Niño dio media vuelta y se abrió paso hacia el camino. Lo seguí.

Trepé.

Mis dedos desgarraban la tierra. Es una suerte que me muerda las uñas; de lo contrario ya no me quedarían uñas. Desde el borde del precipicio se llegaba al camino. Niño Muerte saltaba y brincaba. Yo me arrastraba.

Hay un estado en que toda acción persigue un único fin. Uno se mueve/respira/se detiene a descansar, empieza de nuevo con un solo propósito. Así seguía yo a Niño Muerte. Pegando el vientre a la tierra, casi siempre. Conteniendo la respiración, casi siempre. No sé muy bien a dónde iba. Las cosas no se aclararon hasta que vi a dos figuras delante de mí: el pelirrojo de piel blanca y húmeda. Una melena negra, el sucio Ojo-Verde.

Yo estaba tendido en una roca, envuelto en la niebla de la fatiga y el esfuerzo, cuando aparecieron.

Niño Muerte le pasaba el brazo por los hombros a Ojo-Verde al borde del precipicio. Delante, el cielo se movía con violencia.

—Oye, compañero —decía Niño Muerte—, tenemos que llegar a alguna clase de acuerdo. No pensarás que vine hasta aquí a robarle cinco dragones a mi amigo Araña; sólo quería

recordarle que todavía ando por ahí. Pero tú. Tú y yo tenemos que unirnos. ¿Haploide? Fuera de mi alcance. Te necesito. Te necesito mucho, Ojo-Verde...

El sucio pastor se encogió de hombros sacándose de encima los dedos húmedos.

—Mira —dijo Niño Muerte, mostrando la furia del cielo.

Como cuando vi por vez primera la cara del Niño en la pantalla brillante de la cueva-manantial, vi ahora en las nubes deshilachadas: una llanura rodeada por una cerca de alambre (¿una kaula?), pero en el centro una aguja altísima apoyada en puntales y soportes. Tuve una idea del tamaño cuando advertí que los bloques junto a la cerca eran edificios, y los puntitos que se movían por allí hombres y mujeres.

—Una sonda estelar —dijo el Niño—. Están a punto de descubrir el método que usaban los humanos para ir de un planeta a otro, de una estrella a otra. Hace diez años que cavan en las ruinas, probando las viejas ideas, lamiendo pedacitos de alambre y metal. Está casi terminada. —El Niño movió la mano. Agua y agua; entró rodando en el sitio de la otra escena: un océano. Sobre el agua, unos pontones metálicos, una estación flotante. Había barcos que entraban y salían. Unas grúas bajaban una caja de metal al fondo del océano—. Un medidor de profundidad —explicó el Niño—. Pronto andar por el cieno de las profundidades oceánicas no será sólo un sueño; y llevaremos estos cuerpos al fondo del mundo, como ellos hacían. —Otro movimiento de la mano y miramos un lugar bajo tierra. Segmentos de gusanos, movidos por mujeres con cascos—. Perforación de rocas, en un sitio en que ellos llamaban Chile. —Luego, tras un último movimiento: millares de personas trabajando, moliendo granos, manejando instrumentos resplandecientes, desconcertantes y complejos—. Ahí —dijo Niño Muerte—, ahí está el trabajo de todos los hombres y mujeres y andróginos de este mundo, para recordar la sabiduría de los antiguos. Puedo darte la riqueza que producen todas esas manos. —Ojo-Verde abrió el ojo verde—. Puedo garantizártelo. Sabes que puedo. Todo lo que tienes que hacer es unirte a mí.

La mano blanca se había posado en el hombro de Ojo-Verde. Ojo-Verde se la sacó otra vez de encima.

—¿Qué poderes tienes? —exigió Niño Muerte—. ¡Qué puedes hacer con tu diferencia! ¿Hablar con unos pocos hombres sordos, hombres muertos, entrar en la mente de unos pocos idiotas?

Descubrí de pronto que el Niño estaba muy perturbado. Y quería convencer a Ojo-Verde.

El pastor echó a andar, alejándose.

—¡Eh, Ojo-Verde! —vociferó Niño Muerte. Vi cómo se le hundía el estómago a medida que el pecho se quedaba sin aire. Cerró las garras.

Ojo-Verde miró por encima del hombro.

—¡Aquella roca! —El Niño mostró el borde del precipicio—. Cambia esa roca en algo comestible.

Ojo-Verde se pasó el dedo sucio por detrás de una oreja.

—Hace veintisiete días que andas con esos dragones. Hace casi un año que saliste de Molienda-del-mar. Cambia ese tronco en una cama, como aquella en que dormías en el palacio de tu madre. Eres un príncipe en Molienda-del-mar, y apestas a excrementos de lagarto. Esa agua estancada, cámbiala en un baño de ónice con agua en cinco temperaturas, y una palanca con una cabeza de rata de cobre en la punta. Tienes callos en las palmas, y se te tuercen las piernas de tanto montar dragones jorobados. ¿Dónde están las bailarinas que bailaban para ti en las losas de jade de la terraza? ¿Dónde están los músicos que endulzaban las noches? Cambia la cima de esta montaña en un lugar digno de ti...

Creo que fue entonces cuando Ojo-Verde alzó los ojos y me vio. Echó a correr hacia mí, deteniéndose sólo para recoger el machete caído al pie de la roca, y de un salto estuvo a mi lado.

Al borde del precipicio el Niño se había puesto furioso. Se estremecía, apretando los dientes, apretando los puños cerrados contra las ingles. De pronto se volvió y gritó algo...

Un trueno.

El trueno me sobresaltó y me eché hacia atrás. Ojo-Verde lo ignoró y me ayudó a incorporarme. Junto al precipicio, Niño muerte sacudía los brazos. Los relámpagos estallaban bajo las nubes. Las hojas se desteñían, pasando del negro al alhucema. Ojo-Verde ni siquiera pestañeaba. Otro trueno; luego alguien echó baldes de agua.

Mientras Ojo-Verde me ayudaba a bajar la cuesta, la suciedad del hombro se le transformó en lodo. Algo no andaba bien en mí. Seguían pasando cosas. La lluvia era fría. Yo temblaba. De algún modo era más fácil aflojarse, soltarse...

Ojo-Verde me sacudió un hombro. Abrí los ojos a la lluvia y en seguida estiré la mano hacia el machete. Ojo-Verde no me lo dejó tocar; me miró un rato.

—¿Eh...? ¿Qué...? —Yo tenía un hormigueo en los dedos de las manos y de los pies—. ¿Qué pasó?

La lluvia me pinchaba las orejas, los labios.

Ojo-Verde lloraba, mostrando unos dientes blancos. La lluvia le rayaba la suciedad de la cara, le alisaba el pelo. No dejaba de sacudirme el hombro, furioso y desolado.

—¿Qué pasó? —dije—. ¿Me desmayé...?

¡Te moriste! Me clavó los ojos, incrédulo, enojado, mientras el agua le chorreaba por el cuerpo. ¡Maldita sea, Lobey! ¡Por qué tuviste que morir! Te diste por vencido; decidiste que no valía la pena y dejaste que se te detuviera el corazón y se te apagara el cerebro. ¡Te moriste, Lobey! ¡Te moriste!

—Pero no estoy muerto ahora...

No. Ojo-Verde me ayudó a caminar. La música continúa. Vamos.

Volví a estirar la mano hacia el machete. Ojo-Verde me lo dio. No había nada que cortar, pero me sentía mejor llevándolo en la mano. Llovía demasiado para tocar.

Encontramos a nuestras cabalgaduras que gemían en el torrente, y movían alegres las barbas. Ojo-Verde me ayudó a montar. Ir a horcajadas en un dragón mojado, con silla o sin silla, es tan difícil como cabalgar en un terremoto de grasa. Al fin encontramos la manada allá arriba, caminando lentamente bajo el aguacero.

Araña vino hacia nosotros.

—¡Hola! ¡Pensé que los habíamos perdido! Ahí, del otro lado, y que no se acerquen a las tunas. Se emborrachan y luego nadie puede manejarlos.

Fuimos pues al otro lado y no dejamos que se acercaran a las tunas. Yo armaba frases mentalmente para contarle a Araña lo que había pasado. Rumiaba las palabras, pero no conseguía darles sentido. En un momento, cuando la presión de la incredulidad fue tan grande que ya no pude contenerla, di vuelta con el dragón y corrí por la cuesta fangosa hacia Araña.

—Jefe, Niño Muerte cabalga...

Me había equivocado. La figura que se volvió no era Araña. El pelo rojo le caía sobre la frente descolorida. Los dientes afilados desgarraron el trueno que estalló detrás de los montes, cuando él echaba atrás la cabeza en una carcajada de perdición. Desnudo y montado en el dragón, agitaba por encima de la cabeza un sombrero negro y plateado. De las caderas le colgaban, enfundadas, dos antiguas pistolas de brillantes cachas blancas. Cuando el dragón se le encabritó (y el mío danzó, retrocediendo) le vi, atadas a los pies desnudos y terminados en garras, unas armazones metálicas de púas giratorias, que Niño Muerte hundía en los flancos de la bestia, cruel como una flor.

Aturdido, me limpié el agua de los ojos con la mano. Pero la ilusión (con sienes venosas que centelleaban en la lluvia) había desaparecido. Enmudecido por el misterio, cabalgué de vuelta hasta la manada.

¿Jean Harlow? Cristo, Orfeo, Billy the Kid, esos tres puedo entenderlos. ¡¿Pero qué hace un joven escritor negro como tú atrapado por la Gran Perra Blanca?!
Naturalmente, creo que es bastante obvio.
Gregory Corso / Conversando

No es que el amor yerre a veces, sino que es, por esencia, un error. Nos enamoramos cuando sobre otra persona nuestra imaginación proyecta inexistentes perfecciones. Un día la fantasmagoría se desvanece, y con ella muere el amor.
Ortega y Gasset / Estudios sobre el amor

El agotamiento me entumecía; la rutina me enkaulaba. Tardé casi una hora en darme cuenta de que había dejado de llover. Y la tierra había cambiado.

Habíamos dejado las rocas. Ante las garras de los dragones caían arbustos y zarzas mojados. A nuestra izquierda, más abajo y paralela a nosotros, corría una cinta de suelo gris. En un momento le pregunté a Fétido:

—¿Vamos siguiendo esa rara cinta de piedra?

Fétido farfulló, ahogando una risita:

—Eh, Lobey, apuesto que nunca viste un camino asfaltado, ¿no es cierto?

—Supongo que sí —dije—. ¿Qué quiere decir asfaltado?

Cuchillo, que iba cerca, rió entre dientes. Fétido se alejó de nosotros, para hacer alguna otra cosa. Nadie me dio más explicaciones. Tres o cuatro carros pasaron rodando por el camino antes que yo entendiese para qué usaban aquello. Muy ingenioso. Cuando apareció otro carro me acordé de mirar. Eran las últimas horas de la tarde. Estaba tan cansado que todas las maravillas del mundo hubiesen podido rebotar en mis ojos sin dejar una sola imagen.

La mayoría de los carros eran arrastrados por animales de cuatro o seis patas, que yo conocía vagamente. Pero los animales nuevos no parecen tan extraños cuando la propia manada es más exótica que cualquier monstruo. Sin embargo uno de los carros me sorprendió.

Era chato, de metal negro, y no tenía ninguna bestia, ni adelante ni atrás. Pasó zumbando por el camino, diez veces más rápido que los otros carros, y desapareció en una nube de humo antes que yo tuviese tiempo de verlo de veras. Unos pocos dragones que habían ignorado los otros vehículos ahora sisearon y silbaron. Yo no podía apartar los ojos y Araña me gritó:

—Una de las maravillas de Molienda-del-mar.

Regresé a calmar a los lagartos ofendidos.

Cuando miré de nuevo el camino, vi el cuadro. Estaba pintado sobre un tablero y montado en un pedestal al borde del pavimento, para que todos los viajeros lo vieran. Era el rostro de una mujer joven de pelo blanco de algodón, que miraba con una sonrisa aniñada, y encogida de hombros. Tenía una barbilla muy pequeña, y ojos verdes que parecían agradablemente sorprendidos. Los labios se le entreabrían apenas, mostrando en la sombra unos dientes pequeños.

La paloma dice: «¿uno está bien? ¡nueve o diez está mucho mejor!»

Deletreé las palabras y fruncí el ceño. Murciélago estaba al alcance de un grito, y le Grité:

—Eh, ¿quién es esa?

—¡La Paloma! —bramó Murciélago, sacudiéndose el pelo de los hombros—. ¡Quiere saber quién es la Paloma! —y los otros también se rieron. A medida que nos acercábamos a Molienda-del-mar yo era blanco de más y más bromas. Traté de quedarme cerca de Ojo-Verde; él no se burlaba de mí. Los primeros vientos del atardecer me soplaron en la espalda, la nuca, y me secaron el sudor antes que hubiese más sudor. Yo echaba una mirada escrupulosa a las escamas del dragón cuando Ojo-Verde se detuvo y señaló adelante. Miré arriba. O mejor dicho abajo.

Habíamos llegado a la cima de una montaña y la tierra descampada bajaba hasta... bueno, si aquello estaba a veinte metros era un juguete grande. Si estaba a veinte kilómetros era grande de veras. Unos caminos asfaltados se confundían en blanco y aluminio, junto a las aguas purpúreas. Alguien había comenzado a construirlo, y luego se les había escapado de las manos y había empezado a construirse a sí mismo. Había plazas amplias donde crecían y ondulaban cactos y palmeras; edificios solitarios en cerros ocasionales, con prados y árboles

alrededor; unas casas pequeñas se apretaban y amontonaban entre calles retorcidas. Más allá, en muelles satinados, salían y entraban los barcos. navegando la tarde acuosa.

—Molienda-del-mar —dijo Araña, a mi lado—. Ahí la tienes.

Pestañeé. El sol arrojaba adelante nuestras sombras, nos calentaba los pescuezos, y resplandecía en las ventanas altas.

—Grande —dije.

—Allá abajo —dijo Araña señalando no se qué, pues había tantas cosas que mirar; escuché lo que decía—: Allá abajo es a donde llevamos la manada. Todo este lado de Molienda vive del comercio de los dragones. El lado del mar depende de la pesca y el intercambio con las islas.

Los otros se agruparon alrededor. Acostumbrados a la magnificencia y a la suciedad de allá abajo, callaron mientras descendíamos la cuesta.

Pasamos junto a otro tablero, al borde del camino. Esta vez la Paloma aparecía en otro ángulo, y guiñaba un ojo en el crepúsculo.

La paloma dice: «¡diez está bien! ¡noventa y nueve o cien está mucho mejor!»

Yo estaba mirando cuando unas luces se encendieron encima de esa cara de siete metros de alto. La expresión indiferente y enorme saltó hacia nosotros. Yo parecía sin duda sorprendido, pues Araña señaló el cartel con un pulgar y dijo:

—Lo tienen iluminado toda la noche, así los que pasan ven qué dice la Paloma. —Sonrió, como si me estuviera hablando de algo levemente obsceno. Enrolló el látigo—. Pasaremos la noche en la meseta y bajaremos a Molienda al amanecer.

Veinte minutos después juntábamos la manada mientras Murciélago preparaba la cena. El cielo era negro más allá del océano, azul arriba. Molienda encendió unas luces, que centellearon como lentejuelas caídas en la costa. Quizá la causa era el terreno menos abrupto, o la calma de Araña, pero los dragones estaban perfectamente tranquilos.

Me eché en el suelo, pero no dormí. Me tocó la segunda guardia junto con Cuchillo. Cuando Ojo-Verde me sacudió el hombro con el pie rodé levantándome; la excitación me mantenía despierto. Pronto dejaría a los pastores; ¿a dónde iría después?

Cuchillo y yo rodeamos la manada desde direcciones opuestas. Yo pensaba, cabalgando: quedarse solo en los bosques no es demasiado incómodo. Quedarse solo entre piedras, vidrio, y unos pocos millones de gentes es muy distinto. La manada dormía. Unos pocos dragones gemían mirando a Molienda, menos brillante que antes, todavía un cedazo de luz en el océano. Tiré de las riendas para mirar el...

—¡Eh, dragonero!

Miré hacia abajo.

Un jorobado se había detenido en el camino; iba con un carrito tirado por un perro.

—Hola.

—¿Llevas esos dragones a Molienda, al amanecer? —El jorobado sonrió, buscó debajo del cuero que tapaba el carrito, y sacó un melón—. ¿Tienes hambre, pastor?

Abrió el melón e iba a tirarme la mitad.

Pero bajé de la montura y me esperó. Bajé gateando al camino.

—Gracias, Lo desconocido.

El hombre rió.

—No me digas Lo.

Entonces el perro, que miraba al hombre y me miraba a mí, se puso a lloriquear.

—Yo. Yo. Yo hambre. Yo.

El jorobado me dio la mitad, luego le acarició las orejas al perro.

—Tú ya cenaste.

—Le doy la mitad —dije.

El jorobado sacudió la cabeza.

—Trabaja para mí, y a mí me toca alimentarlo.

Librodot

Partió de nuevo el melón y le tiró un pedazo al animal, que le clavó los dientes, metiendo el hocico. Mientras yo mordía, el desconocido me preguntó:

—¿Tú de dónde eres, dragonero?

Le dije el nombre de mi aldea.

—¿Y esta es la primera vez que vienes a Molienda-del-mar?

—Sí, ¿cómo lo sabes?

—Oh. —El jorobado sonrió por encima de muchos dientes amarillos—. Yo también vine una primera vez a Molienda-del-mar. Hay unas pocas cosas que te distinguen de los nativos, un par de puntos que te hacen diferente...

—¿Diferente?

El hombre alzó una mano.

—No quise ofender.

—No estoy ofendido.

El jorobado rió de nuevo mientras yo arrancaba otro bocado mojado y dulce.

—Lo que aquí es diamante allá es estiércol —sentenció el hombre sabiamente—. Así lo dijo sin duda la Paloma, en algún momento.

—La Paloma —dije—. En realidad se llama La Paloma, ¿verdad?

El hombre parecía sorprendido.

—Aquí Lo, La y Le se confunden. No. —Raspó la cáscara con los dientes de adelante y escupió—. Diamante y estiércol. Por lo que veo en tu aldea pasa lo mismo que en la mía. ¿Los títulos Lo y La y Le se reservan para normales potentes y a veces se confieren a funcionales potentes?

—Así es.

—Era. Así era en Molienda-del-mar. No es así ahora. En las aldeas se sabe tan poco acerca de las diferencias que nadie se enoja de que lo llamen diferente.

—Pero yo soy diferente —dije—. ¿Por qué tendría que enojarme? Simplemente es así.

—Otra vez: así era en Molienda. No ahora. Una vez más: diamante y estiércol. Espero que tus costumbres aldeanas no te metan en dificultades. Las mías las castigaron con media docena de palizas cuando llegué a Molienda-del-mar, hace quince años. Y en aquella época el sitio era mucho más pequeño.

El hombre miró el camino.

Recordé lo que había dicho Araña acerca de poner títulos a los pastores.

—¿Y cómo funciona? —pregunté—. Esto, quiero decir. Molienda-del-mar.

—Bueno... —El jorobado se colgó los pulgares del cinturón—... unas cinco familias gobiernan todo lo que pasa en Molienda-del-mar, son dueñas de todos los barcos, cobran alquiler por la mitad de las casas, y quizá paguen tu salario y compren esos dragones. Los miembros de esas familias, junto con quince o veinte celebridades, como la Paloma, se llaman Lo o La cuando les hablas personalmente. Encontrarás a muchos bastante no funcionales con esos títulos.

—Bueno, ¿cómo voy a conocerlos si la funcionalidad obvia no importa?

—Los conocerás si los encuentras... lo que no es probable. Puedes pasarte toda la vida en Molienda-del-mar y no tener que usar el Lo o el La una sola vez. Pero si vas por ahí dando títulos a todos los que encuentras, o si te ofendes porque alguien no te da un título. pasarás por idiota, o por loco, o en el mejor de los casos un aldeano patán.

—¡No estoy avergonzado de mi aldea!

El hombre se encogió de hombros.

—No insinué que lo estuvieras. Sólo trataba de contestar tus preguntas.

—Sí. Entiendo. Pero ¿y la diferencia?

El jorobado torció la boca, y luego sacó la lengua.

—En Molienda-del-mar la diferencia es un asunto privado. La diferencia es el cimiento de esos edificios, los pilotes que sostienen los muelles, confundidos con las raíces de los árboles.

La mitad del lugar fue construida por la diferencia. La otra mitad vive de la diferencia. Pero mencionarla en público es de gente vulgar y mal educada.

—Ellos la mencionan. —Señalé la manada—. Los otros pastores, quiero decir.

—Y son gente vulgar. Ahora, si andas con pastores todo el tiempo, y la vida entera, si se te antoja, puedes hablar cuanto quieras de la diferencia.

—Pero yo soy diferente... —comencé de nuevo.

Luego de haberme prevenido una vez, yo y el tema acabamos con la paciencia del jorobado.

—...pero creo que mejor me lo callo —concluí.

—No es mala idea.

El tono fue severo.

¿Pero cómo podría hablarle de Friza? ¿Cómo podría buscar si las diferencias eran secretas?

—Tú —dije luego de un embarazoso silencio—. ¿Qué haces en Molienda-del-mar?

La pregunta le agradó.

—Oh, tengo un pequeño sitio donde se sientan los cansados, comen los hambrientos, beben los sedientos, y se entretienen los aburridos.

El jorobado terminó la declaración echándose la capa roja al hombro deforme.

—Iré a visitarte —dije.

—Bueno —reflexionó el jorobado—, a ese sitio no van muchos pastores; es un poco refinado. Pero después que hayas estado un tiempo en Molienda-del-mar, y creas que puedes comportarte como es debido, ven con alguna plata en la cartera. Aunque te la quitaré casi toda, pasarás un buen rato.

—Iré con toda seguridad —dije. Estaba pensando en Niño Muerte, viajando noche abajo, buscando a Friza—. ¿Cómo te llamas y dónde puedo encontrarte?

—Me llamo Pistola, pero puedes olvidarlo. Me encontrarás en La Perla: el nombre de mi tienda.

—Un nombre fascinante.

—Lo más fascinante que hayas visto en tu vida —dijo él modestamente.

—No puedo perdérmelo. ¿Qué haces en el camino asfaltado tan tarde?

—Lo mismo que tú, voy a Molienda-del-mar.

—¿De dónde vienes?

—Amigo forastero, tus modales son increíbles. Ya que me lo preguntas, vengo de visitar a unos amigos que viven fuera de Molienda. Les llevé regalos; ellos me agradecieron con regalos. Pero como no son amigos tuyos, no tienes por qué preguntar.

—Perdón.

Me sentí un poco ofendido; no entendía tanta formalidad.

—No entiendes, ¿eh? —El jorobado se ablandó un poco—. Pero cuando hayas calzado zapatos un tiempo y te hayas tapado el ombligo, lo encontrarás más comprensible. Un año en Molienda-del-mar te enseñará más que todas mis palabras.

—No pienso quedarme un año.

—Puede ser. Puede ser también que te quedes ahí el resto de tu vida. Es de esos lugares. Hay muchas maravillas, y las maravillas pueden atraparte.

—Estoy de paso —insistí—. Mi viaje termina en la muerte de Niño Muerte.

El jorobado torció la cara del modo más extraño.

—Aldeano —me advirtió—, olvida la lengua ruda del pastor. No jures por pesadillas a quienes son tus superiores.

—No estoy jurando. La peste pelirroja viene cabalgando con la manada, para infestarnos a Ojo-Verde y a mí.

El jorobado Pistola decidió que el zoquete (yo) estaba fuera de toda posible instrucción. Lanzó una carcajada y me palmeó el hombro. La veta vulgar que había en él, y que en un principio lo había impulsado a abrir la conversación, apareció otra vez.

—Buena suerte, Lo Carasucia, y que el demonio diferente muera pronto por tus manos.

—Por el cuchillo —lo corregí, mostrándole el machete—. Piensa una canción.

—¿Qué?

—Piensa en una canción cualquiera. ¿Qué clase de música tocan en tu perla?

Pistola frunció el ceño, y yo toqué.

Abrió mucho los ojos, luego se rió. Se apoyó contra el carro, palmeándose el estómago. La cosa que ríe o llora dentro de mí, rió con él un rato. Toqué. Pero cuando el humor del hombre escapó a mi comprensión, enfundé el machete.

—Dragonero —explicó él entre carcajadas—, esta es la alternativa: burlarme de tu ignorancia o suponer que te burlas de mí.

—Como dijiste, no tienes intención de ofenderme. Pero me gustaría que me explicaras la broma.

—Ya lo hice, varias veces. Insistes. —Examinó mi perplejidad—. Guárdate tus diferencias. Es cuestión tuya, y de nadie más.

—Pero es sólo música.

—Amigo, ¿qué pensarías de un hombre que acabas de conocer, y que a los tres minutos de conversación proclama la profundidad de su propio ombligo?

—No veo la relación.

Pistola se golpeó la frente con los dedos.

—Tengo que recordar mis orígenes. En una época era tan ignorante como tú; pero juro que no recuerdo cuándo.

El jorobado oscilaba del humor a la exasperación con demasiada rapidez para que yo pudiese seguirlo.

—Oye —dije—, no entiendo el sentido de tus formalidades. Lo que veo no me gusta...

—No eres quién para decidir —dijo Pistola—. Lo aceptas, o te vas, pero no irás por ahí desconociendo las costumbres de los otros, burlándote de lo profano y jactándote de lo maldito.

—Por favor, ¿puedes decirme qué costumbres he desconocido y de qué me he jactado? Sólo dije lo que me vino a la cabeza.

Aquella cara de campesino se endureció de nuevo (ya habría de acostumbrarme en Molienda a esas duras caras de campesinos).

—Hablas de Lo Ojo-Verde como si cabalgase contigo entre los lagartos, y exaltas a Niño Muerte como si le hubieses visto el revólver de seis tiros.

—¿Y dónde demonios —dije, enojado— crees que está Ojo-Verde? Durmiendo allá arriba, junto a las brasas. —Señalé la cuesta—. Y Niño Muerte...

Un fuego nos sorprendió y volvimos la cabeza. Detrás de nosotros, envuelto en llamas, estaba Niño Muerte, sonriendo. Echó hacia atrás el borde del sombrero con el caño del revólver, y el pelo rojo le cayó sobre la frente.

—Qué tal, compañeros —dijo con una risita. En el suelo danzaban las sombras de las rocas y la hierba. Donde las llamas tocaban la piel mojada, se movía un vapor encrespado.

—¡Ahhhhhh-ahhhh... ahhhh-iiiiii!

Eso fue Pistola. Cayó contra la carreta, con la boca abierta. La cerró para tragar saliva, y la boca se abrió sola de nuevo. El perro gruñó. Yo miraba.

El fuego se avivó, vaciló, murió. Luego sólo un olor a hojas. En mis ojos latía la imagen accidental, y la rabia. Miré alrededor. La oscuridad se movía y palpitaba con mis ojos. Detrás de la oscuridad, en la cuesta, estaba Ojo-Verde, pasándose un puño por la cara, quitándose el cansancio. La luz de un farol le rozaba las rodillas. Niño Muerte se había ido a dondequiera que se iba.

El carro se puso en marcha a mis espaldas.

Pistola trataba todavía de sentarse y guiar al perro al mismo tiempo. Pensé que se iba a caer. No se cayó, y se fue rodando. Subí al lado de Ojo-Verde. El pastor me miró... ¿triste?

A la luz del farol, los mechones de barba adolescente le suavizaban apenas los pómulos. La cuenca oscurecida del ojo parecía enorme.

Volvimos junto al fuego. Me acosté. La garra del sueño me cerró los ojos, y debajo de los párpados los globos estallaron hasta el alba con asombrosos sueños de Friza.

La Paloma se ha roto un ala, y no habrá más canciones de amor.
No estamos aquí para cantar; estamos aquí para matar a la Paloma.
Jacques Brel / La Paloma

Durante el relámpago y el trueno de los elementos que tanto la entusiasman, él se detiene y piensa. Hay un dragón allí. Ellos no oyen, tampoco él. Los elementos han hecho que la voz no se oiga. Hay un dragón allí.
Hunce Voelker / Los viajes de Hart Crane

Yo pienso en gente que suspira por la poesía, que la usa, Yo no sé para qué sirve... —¡Oh, os devolveré el tedio!
Joanne Kyger / Cerdos para Circe en mayo

Ella está conmigo en las tardes.
Mi oreja es un embudo para toda voz y trino y gorjeo que pueda concebirse en este día.
Ella está conmigo en las mañanas.

Volví temprano a la casa. Trajeron vino para Año Nuevo. Allá en la ciudad blanca había músicos. Recuerdo que hace año y medio, cuando terminé The Fall of The Towers, me dije: tienes veintiún años, y vas para veintidós: eres demasiado viejo para pasar por un niño prodigio: tus obras son más importantes que la edad a que fueron hechas; sin embargo, las imágenes de juventud me acosan, Chatterton, Greenburg, Radiguet. Cuando termine LIDE espero haberlas exorcizado. Billy the Kid es el último en desaparecer. Se tambalea a través de esta abstraída novela como esos niños locos de las colinas cretenses. Lobey te buscará y te cazará, Billy. Mañana, si el tiempo lo permite, volveré a Delos a explorar las ruinas en el centro de la isla, alrededor del Trono de la Muerte, y que miran a la necrópolis de la otra orilla, en Rhenia.
Diario del autor / Miconos, diciembre de 1965

A lo largo de casi toda la historia del hombre se ha reconocido claramente la importancia del ritual, pues es a través de los actos rituales como el hombre establece su identidad con las fuerzas restaurativas de la naturaleza y logra acceder a estados superiores de desarrollo personal y de experiencia.
Masters & Houston / Las variedades de la experiencia psicodélica

Las luces de molienda eran amarillas detrás de las nieblas y las zarzas mientras la noche, herida y azul, se retiraba a través del frío. El sol rayaba el este aunque en el oeste quedaban todavía estrellas. Murciélago reanimó el fuego. Tres dragones habían bajado al camino; fui y los traje de vuelta. Comimos entre gruñidos y silencios.

Tan cerca del mar la mañana era húmeda. Más allá de Molienda los barcos flotaban como papeles hacia las islas. Luego a mi cabalgadura, y a las suaves sacudidas de la pendiente. Siseos a derecha e izquierda de dragones aguijoneados, pero pronto patalearon y piafaron todos juntos.

Araña fue el primero en verlos.

—Allá adelante. ¿Quiénes serán?

Por el camino venía gente corriendo; detrás, gente caminando. Las luces del camino, preparadas para algún mes de noches más largas, se apagaron de pronto.

Tuve alguna curiosidad y cabalgué hasta la cabeza de la manada.

—Están cantando —grité hacia atrás.

Araña parecía nervioso.

—¿Oyes la música?

Asentí.

Araña no movía la cabeza; el resto del cuerpo se balanceaba bajo la cara. Pasó el mango del látigo de una mano a otra y a otra; era una manera hermosa y tranquila de estar nervioso, pensé. Toqué la melodía para él, pues no se oía aún el sonido.

—¿Cantan juntos?

—Sí —dije.

—Ojo-Verde —gritó Araña—. No te apartes de mí.

Bajé el machete.

—¿Pasa algo malo?

—Quizá —dijo Araña—. Es el himno de familia de Ojo-Verde. Saben que está aquí.

Lo miré.

—Queríamos traerlo de vuelta a Molienda sin hacer ruido. —El latigazo alcanzó al dragón en las branquias—. No sé cómo supieron que llegaba hoy.

Miré a Ojo-Verde. Ojo-Verde no me miró. Observaba a la gente que se acercaba por el camino. No se me ocurrió ninguna otra cosa, por lo tanto me puse a tocar. No le quería contar a Araña lo del hombre del carro la noche anterior.

Las voces llegaron a nosotros.

Y decidí en ese momento que de todos modos era mejor contárselo. Araña no dijo nada.

De pronto Ojo-Verde apuró al dragón. Araña trató de detenerlo. Pero el pastor eludió un brazo tras otro. En las cejas ambarinas de Araña se posó la preocupación. La montura de Ojo-Verde galopó adelante.

—¿Piensas que no debería ir hacia ellos? —dije.

—Ojo-Verde sabe lo que hace. —La gente era una masa tupida en el camino—. Eso espero.

Miré cómo se acercaban, y recordé a Pistola. El terror del hombre tenía que haberse extendido por la noche de Molienda como aceite de puerto. El rebaño de dragones iba camino abajo; el rebaño de gente camino arriba.

—¿Qué pasará?

—Lo felicitarán —dijo Araña—, ahora. Luego, ¿quién sabe?

—Conmigo —dije—. ¿Qué pasará conmigo?

Araña me miró sorprendido.

—Tengo que encontrar a Friza. Nada cambia. Tengo que destruir al Niño. Todo sigue igual.

Recordé el rostro de Pistola cuando huyó del Niño. El mismo miedo retorcía ahora el rostro de Araña; me sobresalté al verlo. Sin embargo, había tantas cosas más en aquel rostro: la fuerza desarrolla los mismos músculos que el terror. Sí, Araña era todo un hombre.

—No me importa Ojo-Verde ni ninguna otra persona —dije, y mis palabras tenían una caparazón de beligerancia—. Buscaré a Friza, y volveré con ella.

—Tú... —comenzó a decir Araña, y al fin me aceptó—. Que tengas suerte. —Miró otra vez a Ojo-Verde que se balanceaba a lo lejos, acercándose a la multitud. Había tanto de Araña que cabalgaba allá adelante con el muchacho. No supe entonces cuánto quedaba allí atrás conmigo—. Bien. hiciste tu trabajo, Lobey. Cuando entreguemos la manada te pagaremos... —Araña calló alguna otra idea—. Ven a buscar la paga a mi casa.

—¿A tu casa?

—Sí. A mi casa en Molienda-del-mar.

Recoció el látigo y golpeó las rodillas contra los lados del dragón.

Pasamos junto a otra pintura. La mujer de pelo blanco, labios fríos y ojos cálidos me miró pensativamente desde el borde del camino.

La paloma dice: «¿por qué tomar noventa y nueve si hay allí nueve mil?»

Volví la espalda a acuella cara burlona y me pregunté cuánta gente vendría allí subiendo en la mañana. Al fin reconocieron al joven pastor y la canción se deshizo en vítores. Entramos en la multitud.

Una jungla es una miríada de individuos: árboles, enredaderas, matorrales: sin embargo, cuando uno la atraviesa la ve como una única masa verde. En una multitud ocurre algo semejante: primero se ve una cara aislada aquí (la anciana que se envuelve en una bufanda verde), allá (el muchacho que parpadea y sonríe sobre un diente que le falta) y más allá (tres muchachas boquiabiertas que se amparan mutuamente con los hombros). Luego un enjambre de codos y orejas, lenguas que rascan palabras en el fondo de la boca y las echan al aire:

—¡...muévete! ¡Ay! Saca ese... No veo... ¿Dónde está? ¿Es aquél...? ¡No! Sí... —mientras los lomos de los dragones ondulan entre los bultos de las cabezas. La gente lanzaba vítores, y sacudía los puños en el aire. Mi tarea terminó, pensé. La gente tropezaba en mi cabalgadura—. ¿Es ése? Es... —Los dragones no estaban contentos. Seguían adelante, pacíficos, sólo porque Araña los tranquilizaba. Entramos en Molienda-del-mar entre apretujones. Y en ese momento ocurrieron muchas cosas.

No las entiendo todas. Al principio muchas de esas cosas le habrían ocurrido a cualquiera que nunca hubiese visto más de cincuenta personas juntas, y que de pronto se ve metido en calles y avenidas y plazas donde se apretujan miles. La manada de dragones me dejó (o yo la dejé a ella) y anduve dando vueltas y tropezando, boquiabierto y mirando hacia arriba. La gente me llevaba siempre por delante, y me gritaba «¡Mira por dónde vas!», que era exactamente lo que yo trataba de hacer; sólo que yo quería verlo todo al mismo tiempo. Lo que hubiese sido difícil aunque aquello no se moviera. Mientras miraba una parte, otra se me escabullía por detrás y casi me pasaba por encima. He aquí algunos fragmentos:

La música de millones fundida en un himno, como cuando te zumban los oídos y tienes ganas de dormir. En una aldea uno ve una cara y la conoce: la madre, el padre, en qué trabaja, cómo maldice, cómo ríe, cómo se complace en algunas expresiones y evita otras. Aquí una cara bosteza, otra rebosa de comida; una tiene cicatrices, otra se consume por algo que puede ser amor, otra grita: cada una entre otras mil, y ninguna se ve más de una vez. Uno empieza a acomodar el mobiliario en la cabeza para hacer sirio a esas caras, un sitio donde guardar todos esos retazos de emociones. Cuando uno entra en Molienda-del-mar y deja el campo, vuelve al campo a buscar el vocabulario que describirá a Molienda: ríos de hombres y torrentes de mujeres, tormentas de voces, lluvias de dedos y junglas de brazos. Pero esto no es justo con Molienda. Tampoco es justo con el campo.

Recorrí las calles de Molienda-del-mar columpiando el machete que yo no podía tocar, abriendo la boca ante las casas de cinco pisos hasta que vi las casas de veinticinco pisos, y abriendo otra vez la boca hasta que vi un edificio de tantos pisos que no pude contarlos, porque cuando iba por la mitad (alrededor de noventa) empecé a confundirme mientras la gente tropezaba conmigo y me empujaba.

Había unas pocas calles hermosas, donde los árboles frotaban las hojas contra las paredes. Había muchas calles sucias, donde la basura se amontonaba en las aceras, donde las casas eran cajas apiladas, sin lugar para el movimiento del aire o de las personas, la gente se estancaba, el aire se estancaba, y los dos se pudrían.

En las paredes había carteles destrozados con el rostro de la Paloma. Allí había otros también. Pasé junto a unos niños que se codeaban alrededor de uno de esos carteles, arrugado sobre una cerca. Me metí entre ellos para ver.

Dos mujeres miraban con expresión idiota desde un remolino de colores. El título: «estas mellizas idénticas no son iguales.»

Los jovencitos se empujaban y reían. Algo había en el cartel que se me escapaba. Me volví hacia uno de los muchachos.

—No entiendo.

—¿Eh? —Era pecoso y tenía un brazo prostético. Se rascó la cabeza con dedos de plástico—. ¿Qué quieres decir?

—¿Qué tiene de divertido esa foto?

Primero incredulidad: luego sonrió.

—Si no son iguales —dijo abruptamente—, ¡son diferentes!

Todos rieron. La risa tenía como filigrana una risita tonta, ese signo de que la risa está podrida.

Me aparté, Busqué música; no oí ninguna. Después que uno deja de escuchar, después que uno deja de buscar... cuando las aceras y las multitudes ya no toleran tus preguntas: eso es la soledad, Friza. Empuñando el machete me abrí paso en la tarde, solo, como si estuviera perdido en una ciudad.

¡Los tonos superpuestos de la sonata para cello de Kodaly! Di media vuelta. Había árboles en la esquina. Los edificios subían inclinados detrás de portales de bronce. La música se me desenredaba en la cabeza. Parpadeando, miré de un portal a otro. Elegí. Vacilante, subí por los cortos escalones de mármol y golpeé con el machete en los barrotes.

El estruendo saltó a la calle. El ruido me asustó pero volví a golpear.

Detrás del portal, la puerta tachonada de bronce giró hacia adentro. Hubo luego un chasquido en la cerradura y el portal mismo se abrió. Me acerqué, cauteloso, a la puerta abierta. Miré la sombra del umbral, entornando los ojos, y al fin entré, cegado por el sol y a solas con la música.

Los ojos se me acostumbraron pronto a aquella penumbra: a lo lejos había una ventana. Alto, en piedra negra, un dragón se retorcía entre incrustaciones plomizas.

—¿Lobey?

Pero esto tengo contra ti, que has dejado tu primer amor.
Apocalipsis / 2:4

Mi dificultad reside en que un tema así no puede ser observado seriamente sin que el tema mismo se intensifique en un centro que está más allá de lo que yo, o cualquier otro, pueda escribir... Tratar de escribirlo sólo en función de problemas éticos es algo que quizá supera mis posibilidades. Mi mayor anhelo es poner en claro desde un principio el tema central y mi ignorancia.
James Agee / Carta al padre Flye

¿Dónde está ese país? ¿Cómo se llega a él? Si uno es amante por naturaleza y tiene una inclinación innata hacia la filosofía, se llega a él.
Plotino / La Inteligencia, la Idea y el Ser

Araña alzó los ojos de la mesa donde había estado leyendo.

—Pensé que serías tú.

En las sombras, detrás de Araña, vi los libros. La Dira tenía varios cientos. Pero aquí los estantes iban desde el suelo hasta el cielo raso.

—Quiero... mi dinero.

Mis ojos volvieran a la mesa.

—Siéntate —dijo Araña—. Yo quiero hablar contigo.

—¿De qué? —pregunté. Nuestras voces retumbaban. La música casi había callado—. Tengo que ponerme en marcha para traer a Friza, y encontrar a Niño Muerte.

Araña asintió.

—Por eso te invito a que te sientes. —Apretó un botón, y las motas de polvo que flotaban en el aire definieron los límites de un largo cono de luz que apuntaba a un taburete de ónice. Me senté despacio, apretando el machete. Como la vez que había estado pasando el látigo de

una mano a otra, Araña jugaba ahora con la calavera descolorida y frágil de un roedor—. ¿Qué sabes de mitología, Lobey?

—Sólo las historias que me contaba La Dira, en la aldea. Contaba historias a todos los jóvenes, algunas muchas veces. Y luego nos las contábamos entre nosotros hasta que se nos clavaban en la memoria. Para ese entonces ya había más niños en la aldea, y La Dira las volvía a contar.

—Te repito la pregunta: ¿qué sabes de mitología? No te pregunto qué mitos conoces, ni de dónde han salido esos mitos, sino por qué los tenemos, y para qué los usamos.

—No... no sé —dije—. Cuando salí de la aldea La Dira me contó el mito de Orfeo.

Araña alzó el cráneo de roedor y se inclinó hacia adelante.

—¿Por qué?

—No... —De pronto pensé—. ¿Para guiarme?

No se me ocurrió nada más. Araña preguntó:

—¿La Dira era diferente?

—Era... —Recordé la lascivia que se ocultaba en la risa de los jóvenes, boquiabiertos delante del cartel; no la entendía, pero sentía el fuego en las orejas. Recordé la forma en que Fácil, Pequeño Jon y Lo Halcón habían tratado de que yo no pensara en Friza, y cómo había actuado La Dira: como los otros... pero de un modo diferente.

—Sí —confesé—, lo era.

Araña asintió y golpeó en la mesa con aquellos nudillos ásperos.

—¿Tú entiendes la diferencia, Lobey?

—Vivo en un mundo diferente, donde muchos la tienen y muchos no. Lo descubrí hace unas pocas semanas. Sé que el mundo va hacia ella con cada latido del gran rock y el gran roll. Pero no la entiendo.

Araña miró a través de una expresión estirada e impaciente.

—En eso hablas como todos nosotros. Sabemos bien lo que no es.

—¿Qué cosas no es? —pregunté.

—No es telepatía; no es telequinesis: aunque ambos son fenómenos accidentales que se acrecientan junto con la diferencia. Lobey, la Tierra, el mundo, el quinto planeta desde el sol, la especie que se sostiene en dos piernas y que anda por esta delgada y húmeda corteza está cambiando. Ya no es la misma. Algunas personas caminan bajo el sol y aceptan ese cambio, otras cierran los ojos, se llevan las manos a los oídos, y niegan el mundo con la palabra. La mayoría se ríe, se burla, se mofa, y señala con el dedo cuando le parece que nadie mira; así obraron los humanos a lo largo de toda la historia. Hemos tomado por nuestra cuenta ese mundo abandonado, y algo nuevo le ocurre ahora a los fragmentos, algo que ni siquiera podemos definir con el vocabulario que nos legaron los hombres. Tienes que darle esta exacta importancia: es indefinible; te implica necesariamente; es maravilloso, terrible, profundo, inefable si quieres explicarlo; opaco si quieres ver a través; sin embargo te incita a viajar, decide tus puntos de escala y de partida, puede impulsarte con amor y odio, aun a buscar la muerte de Niño Muerte...

—...a hacer música —acabé la frase por él—. ¿De qué estás hablando, Araña?

—Si pudiera decírtelo, o si lo entendieras por mis propias deducciones, perdería todo valor. Hace muchas guerras y caos y paradojas, en el tiempo de nuestros anfitriones, el fantasma que llamamos Hombre, dos matemáticos dieron fin a una época y comienzo a otra. Uno fue Einstein, que en la teoría de la relatividad definió los límites de la percepción, al expresar matemáticamente hasta qué grado la condición del observador influye en la cosa observada.

—La conozco —dije.

—El otro fue Godel, un contemporáneo de Einstein, el primero en darnos un enunciado de precisión matemática acerca del reino que se extiende más allá de los límites de Einstein: En cualquier sistema matemático cerrado (podrías leer «el mundo real y las inmutables leyes de la lógica») hay un número infinito de teoremas verdaderos (podrías leer «fenómenos perceptibles y mensurables») que aunque estén contenidos en el sistema original no pueden

deducirse de ese sistema (léase «probar con lógica ordinaria o extraordinaria»). Lo que significa que hay más cosas en el cielo y en la Tierra de las que puedes soñar en tu filosofía, Lo Lobey. Hay un número infinito de cosas verdaderas en el mundo que no pueden probarse. Einstein definió el límite de lo racional. Godel clavó un alfiler en lo irracional y lo fijó a la pared del universo para que se quedara así un tiempo y la gente supiese que estaba allí. Y el mundo y la humanidad comenzaron a cambiar. Y lentamente fuimos arrastrados aquí, desde el otro lado del universo. Los efectos visibles de la teoría de Einstein saltaron hacia arriba en una curva convexa, enormemente productiva en el primer siglo de su descubrimiento, que se hizo luego horizontal. El producto de la ley de Godel subió arrastrándose en una curva cóncava, al principio microscópica; luego saltó e igualó la curva de Einstein, la atravesó y la dejó atrás. En el punto de intersección, la humanidad pudo alcanzar los límites del universo conocido, con naves y fuerzas de proyección que aún están disponibles para quien quiera usarlas...

—Lo Halcón —dije—. Lo Halcón hizo un viaje a los otros mundos...

—...y cuando la línea de la ley de Godel se remontó sobre la de Einstein, la nueva sombra cayó en una Tierra desierta. Los humanos se habían ido a alguna otra parte, a mundos que no son de este continuo. Llegamos nosotros, tomamos los cuerpos, las almas: cáscaras que habían quedado aquí al alcance de cualquier vagabundo. Las ciudades, en otro tiempo animados centros de comercio interestelar, se deshicieron en esa arena que ves hoy. Y una vez fueron más grandes que Molienda-del-mar.

Pensé un instante.

—Para eso tiene que haber pasado mucho tiempo —dije lentamente.

—Hace mucho —dijo Araña—. La Ciudad que cruzamos tiene quizá treinta mil años. El sol ha capturado dos nuevos planetas desde que los Viejos empezaron aquí.

—¿Y la cueva-manantial? —pregunté de pronto—. ¿Qué era la cueva-manantial?

—¿Nunca se lo preguntaste a tus mayores?

—No se me ocurrió —dije.

—Es una red de cuevas que corre por casi todo el planeta; los niveles inferiores contienen la fuente de radiación que permite, cuando la población se estanca demasiado, una mezcla casual y dirigida de genes y cromosomas. Hace casi mil años que no la usamos. Aunque la radiación está todavía ahí. A medida que nosotros, templados en el molde del hombre, nos volvemos criaturas más complejas, más nos cuesta seguir siendo perfectos: hay más variación entre los normales y las kaulas están repletas de rechazados. Y aquí llegamos a tu caso, Lobey.

—¿Todo esto qué tiene que ver con la mitología?

Estaba cansado del monólogo.

—Recuerda mi primera pregunta.

—¿Qué sabes de mitología?

—Y quiero una respuesta godeliana, no einsteiniana. No quiero saber qué hay dentro de los mitos, ni cómo se entrechocan y resuenan, ni sus concentrados resplandores, ni sus límites y génesis. Quiero la forma, la textura, lo que sientes cuando los rozas en un camino oscuro, cuando ves cómo se alejan en la niebla, el peso que sientes en los hombros cuando te saltan desde atrás; quiero saber cómo te acostumbras a llevar tres cuando ya soportabas dos. ¿Tú quién eres, Lobey?

—Yo soy... ¿Lobey? —pregunté—. La Dira me llamó una vez Ringo y Orfeo.

La barbilla de Araña se alzó. Los dedos, que enjaulaban la cara huesuda, se juntaron.

—Sí, eso mismo pensé. ¿Tú sabes quién soy yo?

—No.

—Soy el Judas Iscariote de Ojo-Verde. Soy el Pat Garret de Niño Muerte. Soy el juez Minos que está a la puerta, a quien tendrás que encantar con tu música si pretendes llegar al Niño. Soy todos los traidores que imaginaste alguna vez. Y soy un barón de dragones, tratando de mantener dos mujeres y diez hijos.

—Eres un hombre grande, Araña.

Araña asintió.

—¿Tú qué sabes de mitología?

—Ya es la tercera vez que me lo preguntas.

Saqué el machete. Ese amor triturante que quería poner una canción en los silencios de Araña —toda música había callado— incliné la hoja contra los dientes.

—Muerde las cáscaras de mis significados, Lobey. Sé tantas cosas más que tú. Los culpables tienen el consuelo del conocimiento. —Alzó la calavera sobre la mesa. Pensé que me la ofrecía—. Sé dónde puedes encontrar a Friza. Puedo dejarte pasar. Aunque Niño Muerte quizá me mate, quiero que lo sepas. Niño Muerte es más joven, más cruel, y mucho más fuerte. ¿Quieres seguir adelante?

Bajé el machete.

—¡Está decidido! —dije—. ¡Fracasaré! La Dira dijo que Orfeo fracasó. Tú tratas de decirme que esos cuentos hablan de lo que va a ocurrir. Estuviste diciéndome que somos mucho más viejos de lo que pensamos; ¡nada más que esquemas en una realidad que no puedo cambiar! Ahora mismo me dices que fracasé en el momento en que empecé.

—¿Tú lo crees?

—Eso es lo que has dicho.

—A medida que somos capaces de retener más y más el pasado, tardamos también más tiempo en envejecer; Lobey, todo cambia. Hoy el laberinto no sigue la misma trayectoria que en Cnosos hace cincuenta mil años. Tú puedes ser Orfeo; puedes ser cualquier otro que se atreve a la muerte y vence. Quizá Ojo-Verde vaya al árbol esta tarde, se cuelgue allí, se pudra, y no baje nunca más. El mundo no es el mismo. Eso es lo que he estado tratando de decirte. Es diferente.

—Pero...

—Hoy hay tanto suspenso como cuando el primer cantante despertó de su canción y descubrió el valor del sacrificio. Tú no sabes, Lobey. Esto puede ser una nota falsa, una disonancia en las armonías del gran rock y el gran roll.

Me quedé pensando un rato. Luego dije:

—Quiero huir.

Araña movió afirmativamente la cabeza.

—Un albañil puso el labrys de dos cabezas en las piedras de Feistos. Tú llevas un cuchillo de dos filos que canta. Uno se pregunta si Teseo no habrá construido el laberinto a medida que entraba en él.

—No lo creo —dije con sequedad, a la defensiva—. Las historias te dan una ley para seguir...

—...que puedes violar u obedecer.

—Te dan una meta...

—...y tú no llegas a ella, o llegas, o vas más allá.

—¿Por qué? —pregunté—. ¿Por qué no puedes ignorar las viejas historias? Iré a sondear el océano, y encontraré al Niño sin tu ayuda. ¡Puedo ignorar esos cuentos!

—Ahora vives en el mundo real —dijo Araña con tristeza—. Viene de algo. Va hacia algo. Los mitos están siempre en los sitios que es más difícil ignorar. Confunden todo el amor y el odio de la familia. Te perturban a la entrada o la salida de cualquier trabajo... —Araña puso la calavera en la mesa—. ¡Sabes por qué el Niño te necesita tanto como a Ojo-Verde?

Sacudí la cabeza.

—Yo sí.

—¿El Niño me necesita?

—¿Por qué te parece que estás aquí?

—¿La razón es... diferente?

—Sobre todo. Siéntate bien y escucha. —El mismo Araña se recostó en la silla. Yo me quedé como estaba—. El Niño puede cambiar cualquier cosa dentro de los límites de su

inteligencia. Puede transformar una piedra en un árbol, un ratón en un puñado de musgo. Pero no puede crear algo de la nada. No puede tomar esta calavera y dejar un vacío. Ojo-Verde puede. Y por eso el Niño necesita a Ojo-Verde.

Recordé el encuentro en la montaña, donde el pelirrojo maligno había querido probar la visión insondable del príncipe-pastor.

—La otra cosa que necesita es música, Lobey.

—¿Música?

—Por eso te persigue... o hace que lo persigas. Necesita orden. Necesita pautas, relación, el conocimiento que llega cuando seis notas predicen una séptima, cuando tres notas golpean una contra otra y definen un modo, como una melodía define una escala. La música es el lenguaje puro de la relación temporal y co-temporal. Él nada sabe de todo esto, Lobey. Niño Muerte puede dominar, pero no puede crear, y por eso necesita a Ojo-Verde. Puede dominar, pero no puede ordenar. Y por eso te necesita a ti.

—¿Pero cómo...?

—Ni tu vocabulario de aldea ni mi refinamiento urbano podrían expresarlo. De un modo diferente, Lobey. Lo que ocurre en un mundo diferente tiene su corolario surrealista en la actualidad. Ojo-Verde crea, pero como efecto secundario e indirecto de otra cosa. Tú recibes y concibes música: nada más, tampoco, que un signo indirecto de quién eres tú...

—¿Quién soy yo?

—Tú eres... alguna otra cosa.

Mi pregunta exigía. En la respuesta de Araña había un dejo de burla.

—Pero los necesita a los dos —siguió diciendo Araña—. ¿Tú qué vas a darle?

—Mi cuchillo en el vientre hasta que la sangre inunde los agujeros y salga por la boquilla. Lo perseguiré en el fondo del mar hasta que los dos caigamos en la arena. Y... —Abrí la boca; aspiré de pronto tan bruscamente que el aire oscuro me lastimó el pecho—. Tengo miedo —susurré—. Araña, tengo miedo.

—¿Por qué?

Miré detrás de aquel parpadeo que se repetía a intervalos regulares sobre los ojos negros.

—No me había dado cuenta de que en esto estoy solo. —Mis manos juntas bajaron por la empuñadura del machete—. Si quiero traer a Friza, tengo que ir solo; no con el amor de Friza: solo. Tú no estás de mi lado. —Sentí que la voz se me ponía áspera, pero no de miedo. Era la tristeza que empieza en el fondo de la garganta y te hace toser antes que te eches a llorar—. Si llego a Friza, no sé qué encontraré, aunque la traiga de vuelta.

Araña esperó mi llanto. No le di esa satisfacción. Luego de un rato Araña dijo:

—Entonces creo que puedo dejarte pasar, si sabes eso de veras.

Alcé los ojos.

Araña dijo que sí con la cabeza a mi muda pregunta.

—Hay alguien en esta ciudad a quien tienes que ver.

Se puso de pie. En la otra mano tenía un saco pequeño. Lo sacudió. Adentro tintinearon unas monedas. Me arrojó el saquito. Lo atrapé.

—¿Quién?

—La Paloma.

—¿Esa de los carteles? ¿Pero quién...?

—¿Quién es la Paloma? —preguntó Araña—. La Paloma es Helena de Troya, Star Anthim, María Montes, Jean Harlow.

Esperó.

—¿Y tú? —pregunté—. ¿Tú eres Judas y Minos y Pat Garrett? ¿Quién eres tú para ella?

El bufido de Araña fue de diversión, y de desprecio.

—Si la Paloma es Jean Harlow yo soy Paul Burn.

—¿Pero por qué...?

—Vamos, Lobey. En marcha.

—Ya me voy —dije—. Ya me voy.

Librodot

Me sentía confuso. En parte por las mismas razones que ustedes. Aunque no exactamente las mismas. Fui hacia la puerta, mirando a Araña por encima del hombro. De pronto Araña me arrojó el cráneo de roedor. El cráneo pasó a mi lado, pareció detenerse un instante en el aire, y se deshizo contra las piedras; Araña rió. Fue una risa amistosa, sin el centelleo malicioso de escamas de pescado y alas de mosca que cegaba la risa del Niño. Pero me asustó mucho. Salí corriendo por la puerta. En el primer escalón los fragmentos de hueso me mordieron los pies. La puerta se cerró detrás de mí. El sol me abofeteó la cara.

Esta mañana escapé a la llovizna en una casa de té con los trabajadores del muelle. Unas nubes amarillas manchaban el cielo, sobre el Bósforo. Encontré un hombre que hablaba francés, otros dos que hablaban griego. Charlamos de viajes y nos calentamos los dedos en vasos de té. Entre los cuatro habíamos dado la vuelta al mundo. La radio, sobre la estufa, alternaba repetitivas modulaciones turcas con Aznavour y los Beatles. Lobey emprende la última jornada. Aquí no puedo seguirlo. Cuando dejó de llover caminé por la pescadería del puerto, donde los pescados plateados tenían las branquias afuera y dobladas sobre la boca, de modo que cada cabeza estaba coronada por una flor de sangre. Una calle de casas de madera subía retorciéndose por la colina hasta la ciudad. La furia de un incendio había pasado no hacía mucho por allí. En realidad habían ardido unas pocas casas, pero las tablas carbonizadas, altas y relucientes se inclinaban sobre los guijarros y el lodo, donde jugaban unos niños con cáscaras de naranjas. Miré cómo otros niños perseguían a un pelirrojo. El pelirrojo tenía la cara mojada; tropezó en el lodo, luego corrió delante de mí. Tenía los lacones de los zapatos gastados. Quizá al reescribir el libro le cambie el pelo a Niño Muerte, de negro a rojo. Seguí la muralla del palacio Topkapi, pateando hojas mojadas en el pavimento. Me detuve en el Sultanahmet lammi. Los dibujos azules subían por la cúpula sobre mi cabeza. Era un sitio tranquilo. En una semana otro cumpleaños, y comenzaré el proceso meticuloso de poner una nueva filigrana en el palimpsesto de la novela. Las piedras estaban frías bajo mis pies descalzos. Los dibujos continuaban, llevando los ojos arriba y fuera. Salí, me puse las botas, y atravesé el patio. En el segundo piso de la vieja casa de té, al otro lado del parque, me senté en un rincón, lejos de la estufa, y traté de mover a mis personajes hacia sus finales. Pronto volveré a empezar. Los buenos finales no proponen conclusiones.

Diario del autor / Estambul, marzo de 1966

Deja Creta y ven a este templo sagrado.
Safo / Fragmento

¿Qué cualidades tiene usted? ¿Se atreve a vivir en el Este, donde vivimos nosotros? ¿Le tiene miedo al sol? Cuando oiga la violeta nueva que sube abriéndose paso entre los terrones, ¿habrá en usted resolución?
Emily Dickinson / Carta a K.S. Turner

La perla me sorprendió. Un millón de personas es demasiada gente para distinguir al individuo de un barrio bajo. Pero las clases establecidas están más centralizadas. Allí, en el furioso atardecer, vi el cartel en la calle. Miré en el saquito. Pero Araña debía de haberme dado suficiente.

Las puertas negras se abrieron bajo un estallido de luz solar carmesí. Subí la escalera, alumbrado por luces anaranjadas. Había perfume. Había ruidos. Yo apretaba con fuerza el machete. Las cabezas de tachuelas de quién sabe cuántos zapatos habían gastado la pelusa de la alfombra. Alguien había pintado una naturaleza muerta en la pared de la izquierda; trompe l'oeil: fruta, plumas e instrumentos de medición sobre un cuero arrugado. Sí, voces. Pero en el

punto en que el nervio auditivo se une al cerebro y los sonidos se transforman en música, había silencio.

—¿Lo? —preguntó el perro al final de la escalera.

Yo estaba desconcertado.

—Lo Lobey —le dije a aquella cara helada, y sonreí. La cara siguió helada.

Y en el balcón, al otro extremo del cuarto de la fiesta, atestado de gente, ella se levantó, se inclinó sobre el pasamano y gritó:

—¿Quién eres? —derramando sobre las palabras una risa de contralto.

Era bonita. Llevaba un vestido plateado, ajustado al cuerpo, y que dejaba al descubierto una V profunda entre pechos pequeños. La boca parecía acostumbrada a las emociones, principalmente a la risa, pensé. El pelo era tan exuberante y reluciente como el de Pequeño Jon. Era a mí a quien ella llamaba.

—Umhm. Tú, bobo. ¿Quién eres?

Había olvidado que cuando le hablaban a uno, uno contesta. El perro tosió, y anunció:

—Eh... Lo Lobey está aquí. —Y en este instante toda la gente enmudeció. Entonces, en ese silencio, supe cuánto ruido había habido en el cuarto. Vasos, susurros, risas, charla, pies en el suelo, crujidos de sillas; deseé que todo empezase otra vez. En una puerta donde dos serpientes se enroscaban en el dintel, a un lado del cuarto, vi la figura obesa y familiar del jorobado Pistola. Era evidente que venía de algún lado a ver qué pasaba; me vió, cerró los ojos, respiró y se apoyó en el marco de la puerta.

Entonces la Paloma dijo:

—Bueno, ya era hora, Lo Lobey. Pensé que no llegarías nunca. Pistola, trae una silla.

Yo estaba sorprendido. Pistola estaba asombrado. Pero después que cerró la boca, trajo la silla. Con el machete desenvainado seguí a la Paloma entre las mesas, las flores, las velas y las copas talladas; los hombres con perros sujetos a cadenas de oro, echados junto a las sandalias; las mujeres con párpados enjoyados, los pechos sostenidos en jaulas de alambre de plata o malla de bronce. Todos se dieron vuelta para mirarme.

Subí por una escalera hasta el balcón de la Paloma. Apoyando una cadera en la baranda, la Paloma me tendió la mano.

—Tú eres amigo de Araña —dijo sonriendo, y haciéndome sentir muy bien—. Pistola —la Paloma miró alrededor; unas arrugas de luz se le deslizaron por el vestido—, acércame ese asiento.

Teniendo a la Paloma delante, me era un poco difícil mirar a los demás. La Paloma se inclinó hacia mí, respirando. Creo que era eso lo que hacía.

—Se supone que tenemos que hablar. ¿De qué quieres hablar?

Es siempre fascinante observar cómo respira una mujer.

—Eh... ah... bueno... —Volví a atender a la cara de la Paloma—. ¿Nueve mil son de veras mucho mejor que noventa y nueve? —(¿Ustedes creen que yo sabía de qué estaba hablando?) La Paloma se echó a reír, sin ningún sonido. Lo que es todavía más fascinante.

—¡Ah! —respondió—, prueba y averígualo.

Y en ese momento todos empezaron a hablar otra vez. La Paloma estaba todavía mirándome.

—¿Qué haces? —pregunté—. Araña dice que puedes ayudarme a buscar a Friza.

—No sé quién es Friza.

—Era... —La Paloma respiraba otra vez— ...hermosa también.

El rostro de la Paloma había bajado ahora a una emoción más profunda.

—Sí —dijo.

—No creo que podamos hablar aquí. —Le eché una mirada a Pistola, que todavía rondaba cerca de nosotros—. El problema no es exactamente el que tú podrías suponer.

La Paloma alzó una ceja oscurecida.

—Es un poco...

—Oh —dijo ella, y levantó la barbilla.

—¿Pero tú? —dije—. ¿Tú qué haces? ¿Quién eres?

El arco de la ceja se hizo más pronunciado.

—¿Hablas en serio?

Asentí.

Confusa, la Paloma miró a la gente que había alrededor. Como nadie le ofreció una explicación, me miró de nuevo.

Los labios se le abrieron, se tocaron; las pestañas subieron y bajaron.

—Dicen que soy lo que le permite a todos seguir amando.

—¿Cómo? —dije.

Alguien dijo junto a ella:

—¿De veras no lo sabe?

Del otro lado:

—¿No sabe cómo mantener la fertilidad de las líneas confusas?

La Paloma se llevó un dedo perpendicular a los labios. El suspiro hizo callar a la gente.

—Tendré que contárselo. Lobey, ese es tu... nombre.

—Araña me dijo que hablase contigo... —dije. Yo quería asegurarme a aquel mundo con ganchos informativos.

La sonrisa de la Paloma cortaba en dos a los hombres.

—Simplificas demasiado. Araña. ¿El gran Señor Lo Araña? El traidor, el falso amigo, el que ya ha firmado el decreto de muerte de Ojo-Verde. No te metas con ese hombre condenado. Cuida de ti mismo, Lobey. ¿Qué quieres saber...?

—Decreto de muerte...

La Paloma me tocó la mejilla.

—Sé egoísta. ¿Qué quieres?

—¡Friza!

Me levanté a medias de la silla.

La Paloma se echó hacia atrás.

—Ahora te haré una pregunta. ¿Quién es Friza?

—Friza... —Entonces dije—: Friza era casi tan hermosa como tú.

La Paloma bajó la barbilla. Los ojos claros, claros, se oscurecieron, y bajaron también.

—Sí.

La palabra llegó con el solo sonido del aliento que yo había estado observando, sin voz. Había tantas preguntas en la cara de ella. que la expresión era ahora cáustica.

—Yo... —Palabra equivocada—. Ella...

Un puño me golpeó las costillas. Luego se detuvo, se abrió, subió hasta mi cabeza y me rascó la cara por dentro: sentí un fuego en la frente y en las mejillas. Los ojos me picaban.

La Paloma contuvo el aliento.

—Entiendo.

—No, no entiendes —Batallé—. No entiendes.

La gente estaba observándonos de nuevo. La Paloma echó una ojeada a la derecha, la izquierda, se mordió el labio, y volvió a mirarme.

—Tú y yo... bueno, no nos parecemos mucho.

—¿Eh?... oh. Pero, Paloma...

—¿Sí, Lobey?

—¿Dónde estoy? He venido de una aldea, de la remota y boscosa nada, entre dragones y flores. Me he despojado del Lo, buscando a mi muchacha muerta, persiguiendo a un cowboy desnudo tan maligno como el látigo de Araña. Y en algún sitio un príncipe sucio y tuerto va a... morir, mientras yo prosigo mi camino. ¿Dónde estoy, Paloma?

—Así de cerca de un viejo sitio llamado Infierno. —La Paloma hablaba rápidamente—. Puedes entrar en ese sitio muriéndote o cantando. Tal vez necesites ayuda para salir.

—Busco a mi muchacha morena y te encuentro a ti plateada.

La Paloma se puso de pie y las hojas de luz del vestido me golpearon. La mano suave se le balanceó junto a la cadera. La tomé con mi mano áspera.

—Ven —dijo.

Yo fui.

Mientras bajábamos del balcón ella se apoyó en mi brazo.

—Vamos a dar una vuelta por el cuarto. Supongo que tendrás que elegir: oír u observar. No creo que puedas hacer las dos cosas a la vez. Yo no podría, pero inténtalo.

Nos pusimos a caminar y me golpeé la tibia con el plano del machete.

—Nos hemos agotado tratando de ser humanos, Lobey. Para sobrevivir al menos doce generaciones más, los genes tienen que seguir mezclándose, mezclándose, mezclándose.

Un viejo había apoyado el vientre contra el borde de la mesa y miraba embobado a la muchacha de enfrente, de pómulos burlones, y de ojos extraños, azules y hermosos. La muchacha se lamía los labios.

—No se puede obligar a la gente a que tenga hijos con muchas personas. Pero podemos tratar de que la idea sea lo más atractiva —bajó la mirada— posible.

En la mesa de al lado la cara de la mujer era demasiado holgada para los huesos de abajo. Pero reía. La mano se le arrugaba sobre los dedos suaves del joven que tenía delante. Miraba envidiosamente con ojos arrugados los párpados inquietos y oliváceos del joven, el pelo alborotado, más lustroso que el de ella, peinado a la laca.

—¿Yo quién soy, Lobey? —sugirió (más que preguntó) retóricamente la Paloma—. Soy la imagen clave de una campaña publicitaria. Soy la cosa exótica y buena-mala que todos desean, a la que todos desean parecerse, y que prefiere noventa y nueve en vez de uno. Soy la que buscan los hombres de inseminación en inseminación. Las mujeres imitan mi peinado, y suben o bajan los ruedos y cuellos de sus vestidos cuando yo subo o bajo los ruedos y cuellos de mis vestidos. El mundo me roba mis chistes, mis gestos, y hasta mis errores, para probarlos en cada nuevo amante.

La pareja de la mesa de al lado había olvidado quizá casi por completo lo que es tener cuarenta años. Parecían felices, ricos y satisfechos. Sentí envidia.

—Hubo una época —continuó diciendo la Paloma, mientras me apretaba el dorso de la mano con el dedo índice—, en que las orgías y la inseminación artificial resolvían el problema. Pero todavía nos cuesta mezclarnos. Y esa es mi tarea. Creo que te queda una pregunta.

Los jóvenes del otro extremo de la sala estaban tomados de las manos y reían. Una vez pensé que veintiuno era la edad de la responsabilidad; tenía que serlo, estaba tan lejos. Aquellos muchachos podían hacer cualquier cosa y estaban aprendiendo cómo, y la perspectiva los lastimaba, los asombraba, y los hacía felices.

—La respuesta —y miré a la Paloma— está en ese talento particular que tengo y que me facilita la tarea.

El dedo que me había apretado la mano me tocó los labios. La Paloma me indicó que no hablara. La otra mano levantó mi machete.

—¿Tocas, Lobey?

—¿Para ti?

La Paloma hizo un ademán abarcando el cuarto.

—Para ellos. —Se volvió hacia la gente—. ¡Todos! Quiero que todos callen. Quiero que escuchen. Quédense quietos...

Todos se quedaron quietos.

—...y escuchen.

Escucharon. Muchos apoyaron los codos en la mesa. La Paloma se volvió hacia mí y asintió. Miré el machete.

Al otro lado del cuarto Pistola se sostenía la cabeza. Le sonreí. Luego me senté en el borde de una mesa desocupada, y puse en los agujeros del machete los dedos de los pies y los dedos de las manos.

Soplé una nota. Miré a la gente. Soplé otra nota. Después de esa nota me reí.

Los jóvenes también rieron.

Soplé dos notas, una grave y una aguda.

Batí palmas, en un ritmo lento y duro. Toqué la melodía sólo con los pies. Los muchachos pensaron que aquello era también muy divertido. Yo me balanceaba en el borde de la mesa; cerré los ojos, golpeé las manos, toqué. A mis espaldas alguien empezó a batir palmas conmigo. Reí dentro de la flauta (difícil) y el sonido fue más alegre. Recordé la música que había sacado de Araña, y traté de hacer algo que nunca había hecho. Dejé que una melodía continuase por su cuenta, y yo toqué otra. Los tonos se empujaron entre ellos buscando un acorde, saltando de palmada en palmada. Dejé que esas dos notas continuasen y saqué una tercera por encima. Empujé la música hasta que fue un balanceo en los cuerpos, una sacudida, hasta que los dedos tamborilearon en los manteles. Toqué mirando duramente, viendo cómo les pesaba el peso de la música, y cuando me pareció suficiente, bailé. Los movimientos se repetían a sí mismos; crear un baile no se parece nada a oír un baile. Bailé sobre la mesa. Duramente. Los azoté con música. Los sonidos se desprendían como pieles de otros sonidos. Los acordes caían abiertos como flores saciadas. La gente gritaba. Les aullé mis ritmos con el machete hueco, les metí el sonido en los espinazos como quien empala una rana. Se retorcían en las sillas. Puse en la música una cuarta línea, disonante con muchas de las otras notas. Tres personas habían empezado a bailar conmigo. Hice que la música los creara. El ritmo les sostenía los movimientos. El viejo sacudía los hombros mirando a la muchacha de ojos azules. Clap. Los jóvenes se sacudían —Clan— hombro contra hombro. La pareja mayor se apretaba las manos. Clap. El sonido se amontonó detrás —Clap— de sí mismo. Silencio por un momento. Clap. Entonces se soltó extendiéndose por el cuarto. Como dragones entre las retamas, salvajes, gimieron juntos, y sacudieron los muslos y los vientres siguiendo cuatro melodías.

En el estrado, donde había estado la Paloma, alguien abrió los amplios ventanales. El viento me golpeó la espalda sudorosa y me hizo toser. La tos gruñó en la flauta. Una brisa en un cuarto cerrado te hace saber cuánto calor hace. Los bailarines fueron al balcón. Los seguí. Las baldosas eran rojas y azules. Por la tarde dorada corrían heridas azules. Uno o dos de los bailarines se apoyaron en la baranda. La espada se me cayó de los labios cuando miré alrededor del...

Me alcanzó en los ojos. El vestido plateado ondeaba en el viento. Pero no era la Paloma. Se llevó unos nudillos morenos a la mejilla parda, y la boca se le abrió en un suspiro. Pestañeó, se pasó una mano por el pelo, buscando entre los bailarines. Uno y otro la ocultaron un momento, se apartaron.

La morena Friza...

Friza regresaba entre los bailarines...

La hermosa y añorada Friza descubrió...

Una vez yo tuve tanta hambre que cuando comí sentí miedo. Ahora sentía el mismo miedo. Pero más. La música se tocaba sola. El machete me colgaba de la mano. Una vez Friza había tirado una piedra...

Eché a correr por el laberinto de bailarines.

Friza me vio. La tomé de los hombros, me abrazó, la mejilla en mi mejilla, el pecho en mi pecho, los brazos apretándome la espalda. El nombre de Friza me nadó en la cabeza. Sé que la estaba lastimando. Los puños de ella me lastimaban la espalda. Yo tenía los ojos muy abiertos, y me lloraban. Quería estar preparado para todo lo que ella traía. Nada temblaba en ella. Sostuve entre mis brazos aquella fuerza esbelta. Mis brazos apretaron, aflojaron, apretaron de nuevo.

Al otro lado del parque había un solo árbol, curtido por el sol demente. Atado por las ingles, un brazo en cada horcadura, la cabeza tan caída hacia adelante que tenían que haberle roto el pescuezo, colgaba Ojo-Verde. La cuerda le había abierto una herida, la sangre le brillaba a lo largo del brazo.

Friza se retorció entre mis brazos, me miró, miró lo que yo miraba, y me puso las manos sobre los ojos. En esas manos morenas reconocí la música. Cantada y danzada por extraños, era la canción fúnebre de la muchacha que ahora me tapaba los ojos, y que ella tocaba para el príncipe agarrotado.

Por debajo de la música sentí el susurro de una voz:

—Ten cuidado, Lobey. —Era la voz de la Paloma.¿Quieres mirar tan de cerca?

Los dedos seguían sobre mi cara.

—Puedo mirar en tu cabeza como si fuese un cuarto. Has muerto, Lobey. En algún lugar, entre las rocas y la lluvia, has muerto. ¿Quieres mirar de cerca...?

—¡No soy un fantasma!

—¡Oh, eres real, Lobey! Pero quizá...

Torcí otra vez la cabeza, pero la oscuridad siguió.

—¿Quieres saber algo del Niño?

—Quiero saber todo lo que me ayude a matarlo.

—Entonces escucha. Niño Muerte sólo puede devolver a la vida a los que se lleva de la vida. Sólo puede conservar los ombligos que él mismo cosecha. ¿Pero sabes quién te trajo de vuelta...?

—Saca las manos.

—Tienes que elegir, Lobey, ¡rápido! —susurró la Paloma—. ¿Quieres ver lo que tienes delante? ¿O sólo quieres ver lo que ya has visto?

—Las manos. No puedo ver nada con tus manos delante de mis...

Callé, horrorizado por lo que acababa de decir.

—Yo soy muy talentosa en lo que hago, Lobey. —La luz se filtró apenas; la presión cedió—. Tuve que perfeccionar ese talento, y así he sobrevivido. No puedes ignorar las leyes del mundo que tú mismo elegiste...

La tomé por las muñecas y tiré de las manos hacia abajo. Las manos de la Paloma resistieron un momento, luego bajaron. Ojo-Verde estaba todavía atado al árbol.

Apreté los brazos de la Paloma.

—¿Dónde está? —Miré de un lado a otro el balcón. La sacudí y ella retrocedió, apoyándose en la baranda.

—Yo me convierto en la cosa que amas. Lobey. Eso es parte de mi talento. Por eso puedo ser la Paloma.

Meneé la cabeza.

—Pero tú...

La Paloma se frotó un hombro. La mano se deslizó bajo la tela plateada. La tela se movió con los dedos.

—Y ellos... —Mostré los bailarines. Los jóvenes, todavía tomados de la mano, señalaban el parque y reían entre dientes—. Te llaman La Paloma.

Paloma ladeó la cabeza, echando hacia atrás el pelo de plata.

—No, Lobey. —Sacudió la cabeza—. ¿Quién te dijo eso, Lobey? ¿Quién te lo dijo? Yo soy Le Paloma.

Sentí un escalofrío. Paloma me tendió una mano delgada.

—¿No lo sabías? Lobey, ¿quieres decir que no...

Retrocedí, levantando el machete.

—¡Lobey, no somos humanos! Vivimos en el planeta de los hombres porque ellos lo destruyeron. Hemos tratado de tomar la forma, los recuerdos, los mitos de los hombres. Pero no nos vienen bien. Una ilusión, Lobey. Tantas cosas son una ilusión. El te trajo de vuelta: Ojo-Verde. Y él es quien podría haber traído de vuelta, de veras, a tu Friza.

—¿Ojo-Verde...?

—Pero no somos exactamente lo que ellos fueron, Lobey. Nosotros somos...

Di media vuelta y salí corriendo del balcón.

En el cuarto derribé una mesa, esquivé el perro, que ladraba.

—¡Lo Lobey! —El perro estaba sentado en el estrado, el sitio de la fiesta de la Paloma—. Ven aquí. ¿Te gustó el espectáculo de la Perla?

Antes que yo pudiese decir algo, el perro tocó con el hocico un interruptor en la pared.

El suelo comenzó a girar. A través de mi histeria entendí qué estaba ocurriendo. El piso era dos hojas de plástico polarizado, una sobre otra. La de arriba giraba; la de abajo estaba quieta. A medida que se volvían transparentes fui viendo unas figuras que se movían en las grietas de la piedra, debajo de las patas de las mesas y sillas.

—La Perla está construida sobre uno de los corredores que llevan a la kaula de Molienda-del-mar. Mira: allá están entre los peñascos, aquél cayendo, aquél otro aferrado a la pared, mordiéndose la lengua y babeando sangre. Aquí no tenemos guardián de kaula. El viejo sistema de computación que los humanos usaban para la Felicidad Espiritual y los Desórdenes de las Reacciones de Asociación cuida de todas las ilusiones. Allá abajo hay un verdadero infierno de deseo satisfecho.

Me arrojé al suelo, y apreté la cara contra la transparencia.

—¡FEDRA! —grité—. ¿Dónde está FEDRA?

—¡Hola, muchacho!

Allá abajo, entre las sombras, aparecieron unas luces. Al pie de la máquina parpadeante había una pareja con demasiados brazos, abrazada en silencio.

—FEDRA...

—Te sigues equivocando de laberinto, muchacho. Aquí abajo puedes encontrar otra ilusión. Te seguirá hasta la puerta, pero cuando te vuelvas para asegurarte de que ella te acompaña, comprenderás otra vez, y te irás solo. ¿Para qué tomarte la molestia de pasar por eso? —El suelo de plástico adelgazaba la voz de la máquina—. Mamá está a cargo de todo aquí abajo. No venas a tocar aquí ese maldito cuchillo. Tienes que tratar de recuperarla de algún otro modo. Sois unos agregados de manifestaciones psíquicas, de muchos sexos, e incorpóreos, tratando todos de ponerse la máscara limitadora de la humanidad. Busca en otra dirección, Lobey. Busca en algún sitio fuera del marco del espejo...

—¿Dónde...?

—¿Le rogaste al árbol?

Debajo del piso los perdidos se babeaban y se tambaleaban y farfullaban, en los abismos de la kaula, bajo el parpadeo de FEDRA. Me alejé de allí. El perro ladró cuando llegué a la puerta.

Le erré a un escalón y me sostuve del pasamano cuatro escalones más abajo. El edificio me arrojó al parque. Recobré el equilibrio. En las torres de metal que rodeaban la plaza rugían los espectadores, danzando en los balcones, cantando desde ventanas atestadas.

Me detuve ante el árbol y toqué, implorando. Colmé acordes en una escala de séptimas implorantes. Comencé humildemente, y la canción me vació, hasta que sólo quedó el pozo. Me arrojé a él. Había rabia. Era mi rabia, y se la di. Había amor; notas estridentes bajo el canto que venía de las ventanas.

En el antebrazo, por donde lo habían atado a la rama, el hueso estaba roto. La mano caía, apartándose ligeramente de la corteza del árbol y...

...y nada. La atrocidad estalló, y grité. Tomando la empuñadura con ambas manos, hundí la punta en el muslo, hasta enterrarla en la madera. Volví a gritar, arranqué el machete y me alejé de allí estremeciéndome.

> Sintiendo piedad por el oscurecido pensamiento humano caminó en aquel cuarto y salió con turbulencia galilea; la luz de las estrellas babilónicas trajo unas tinieblas fabulosas e informes.
>
> William Butler Yeats / Canción para una obra de teatro

Librodot

Me he enterado de que usted dará mil dólares por mi cuerpo, según tengo entendido para que sirva de testigo... si yo pudiera aparecer de algún modo en la corte, daría la información deseada, pero hay acusaciones contra mí por cosas que pasaron en la guerra del Condado de Lincoln, y temo entregarme pues mis enemigos me matarían.
William H. Bonney (Billy the Kid) / Carta al gobernador Wallace

Intento, con guirnaldas enderezar ese mal.
Andrew Marvel / La corona

El mar se quebró. La mañana corrió sobre las aguas. Caminé por la playa, solo. Había montones de conchillas alrededor. Yo seguía pensando, sólo un día antes habíamos entrado en Molienda montados en dragones. Ahora su vida y mi ilusión se habían ido. A mi espalda Molienda-del-mar decrecía en el amanecer. La punta de mi machete iba rayando la arena mientras yo caminaba.

No estaba cansado. Había caminado toda la noche. Pero algo había retorcido tanto los extremos de la fatiga que no podía detenerme. La playa era hermosa al alba. Subí a una duna coronada por hierbas altas y susurrantes.

—Eh, Lobey.

Fuese lo que fuese, aquello que había estado retorcido se desenroscó como una cuerda de reloj.

—¿Qué tal?

Niño Muerte estaba sentado en un tronco clavado en la tierra húmeda, al pie de la duna. Me miró de reojo y se echó hacia atrás el pelo con la mano. El sol le encendía los cristales del hombro, del brazo: sal.

—Hace mucho, mucho tiempo que espero. —Se rascó una rodilla—. ¿Cómo estás?

—No sé —dije—. Cansado.

—¿Vas a tocar? —Señaló mi machete—. Ven, baja.

—No quiero —dije.

La arena se escurría a mis pies. Miré hacia abajo en el momento en que se desprendía un pedazo de duna. Me tambaleé. El miedo se desató. Caí, y arañé en la arena. El Niño se reía y resbalé por la pendiente. Llegué al fondo y di media vuelta. El Niño, todavía sentado en el tronco, me miró.

—¿Qué quieres? —susurré—. Perdiste a Ojo-Verde. ¿Qué quieres de mí?

El Niño se frotó una oreja, sonriendo por encima de muchos dientes pequeños.

—Necesito eso. —Señaló mi machete—. Me parece que Araña... —Hizo una pausa. Araña decidió que Ojo-Verde, tú y yo no podíamos estar vivos en el mismo mundo; era demasiado peligroso. Entonces firmó el decreto de muerte y ordenó que ahorcaran a Ojo-Verde mientras tú tocabas y yo lloraba bajo el mar donde no se pueden ver las lágrimas; ¿es eso lo que crees?

—No... no sé.

—Yo creo que Ojo-Verde vive. No sé. No puedo seguirlo como al resto de ustedes. Podría estar muerto.

Apreté la espalda contra la arena.

—Dame la espada.

Eché el brazo hacia atrás. De pronto me precipité hacia adelante y le tiré un golpe con el machete. El Niño lo esquivó. Saltaron unas astillas.

—Si me acertaras —dijo— supongo que sería desagradable. Sangro de veras. Pero si sé lo que piensas, entonces estos esfuerzos por deshacerte de mí son realmente inútiles.

Se encogió de hombros, sonriendo, estiró una mano y tocó la hoja.

Mi mano saltó. El Niño tomó el machete, tocó los agujeros.

—No —suspiró—. No, eso no me sirve. —Me ofreció de vuelta el machete—. ¿Me enseñas?

Tomé el machete porque era mío y no me gustaba que lo tuviera en sus manos.

Se rascó el talón derecho con el pie izquierdo.

—Vamos. Enséñame. No necesito el cuchillo. Necesito la música que tiene dentro. Toca, Lobey.

Movió la cabeza, asintiendo.

Aterrorizado, me llevé el mango a la boca.

—Sigue.

Salió una nota, un trino.

El Niño se inclinó hacia adelante, bajando las pestañas doradas.

—Tomaré ahora todo lo que queda.

Tenía los dedos de las manos entrelazados y apretados, y los dedos de los pies se le retorcían arañando el polvo.

Otra nota.

Comencé una tercera...

Fue un sonido y un movimiento y una sensación, todo a la vez. Fue un crujido: el Niño torció la espalda y se tomó del pescuezo; la sensación era terror, unos pocos grados más allá de lo que yo creía posible. Araña, desde la cima de la duna gritó:

—¡Sigue tocando, maldito sea!

Grazné con el machete.

—¡Mientras hagas música no puede usar la mente para ninguna otra cosa!

El Niño estaba de pie. El látigo de dragones chasqueó sobre mi cabeza. La sangre le corría por el pecho. Tropezó en el tronco, cayó. Salté a un lado, manteniendo los pies bajo el cuerpo: para mí es un poco más fácil que para la mayoría. Aún sacaba algún ruido del machete.

Araña, haciendo cantar el látigo, bajó por la duna como un cangrejo.

El Niño se arrojó al suelo, bajo el látigo, y trató de arrastrarse. Las branquias que tenía en el cuello, debajo del pelo, se desplegaron. Araña le abrió la espalda a latigazos, y luego me gritó:

—¡No pares de tocar!

El Niño siseaba y mordía el suelo. Rodó poniéndose de lado; tenía arena en la boca y en la barbilla.

—Araña... ay, Araña. ¡No! Por favor no... no...

El látigo le abrió la mejilla; el Niño trató de protegerse la cara con las manos.

—¡Sigue tocando, Lobey! ¡Sigue tocando, maldito sea, o me matará!

Las octavas traspasaban la mañana, dispersándose.

—Ahhhhh... no, Hombre-araña. ¡No me lastimes más! —La lengua ensangrentada desfiguraba las palabras—. No... ahhhhhh... duele. ¡Duele! ¡Se supone que eres mi amigo, Araña! Se supone que eres mi...

Sollozos un rato. El látigo le abrió la carne al Niño una y otra vez.

El sudor le corría a Araña por los hombros.

—Está bien —dijo.

Enrolló el látigo, respirando con fuerza.

Yo tenía la lengua dolorida, las manos entumecidas. Araña me miró, luego miró al Niño.

—Ya está —dijo.

—¿Era... necesario? —pregunté.

Araña bajó la vista.

Entre las malezas hubo un chasquido. Un trozo de espino se retorció en la arena, arrastrando un capullo.

Araña echó a correr hacia la cresta de la duna.

—Vamos —dijo.

Lo seguí. Desde arriba miré. Sobre la cabeza del cadáver se apretaba un ramo de flores, que buscaba afanosamente los ojos, la lengua. Seguí a Araña cuesta abajo.

Al pie de la duna se volvió hacia mí. Frunció el entrecejo.

—Despierta, muchacho. Te salvé la vida. Eso es todo.

—¿Araña...?

—¿Qué?

—Ojo-Verde... creo que he descubierto algo.

—¿Qué?... Vamos, tenemos que regresar.

—Como el Niño; puedo traer de vuelta a los que maté yo mismo.

—Como en las tierras quebradas —dijo Araña—. Te trajiste a ti mismo de vuelta. Te dejaste morir, y volviste. Ojo-Verde es el único que puede traer de vuelta a tu Friza... ahora.

—Ojo-Verde —dije otra vez—. Está muerto.

Araña asintió.

—Tú lo mataste. Fue el último golpe de tu... —Señaló el machete.

—Oh —dije—. ¿Y qué pasa en Molienda-del-mar?

—Tumultos.

—¿Por qué?

—Están hambrientos de futuro propio.

Por un momento vi el jardín de la cara del Niño. Me sentí mal.

—Yo regreso —dijo—. ¿Tú vienes?

El mar se retiró dejando espirales de espuma en la arena.

Pensé un instante.

—Sí. Pero no ahora.

—Ojo-Verde —Araña aplastó algo en la arena con el pie— esperará, supongo. Y la Paloma también. La Paloma encabeza ahora la danza, y no estará tan dispuesta a perdonar tu elección.

—¿Qué elección?

—Entre lo real y... el resto.

—¿Y qué elegí?

Araña me apretó un hombro, sonriendo.

—Quizá lo sepas cuando regreses. ¿A dónde vas? —Dio media vuelta.

—¿Araña?

Miró hacia atrás.

—En mi aldea había un hombre que un día se cansó. Entonces dejó este mundo, trabajó un tiempo en la luna, en los planetas exteriores, luego en mundos que estaban a estrellas y estrellas de distancia. Tal vez yo vaya allá.

Araña asintió con la cabeza.

—Yo hice eso una vez. Cuando volví todo me estaba esperando.

—¿Cómo será?

—No como tú esperas.

Araña sonrió, luego dio media vuelta y echó a andar.

—¿Va a ser... diferente?

Araña siguió caminando arenas abajo.

A medida que la mañana definía el mar, las tinieblas caían en el otro extremo de la playa. Me volví para seguirlas.

FIN